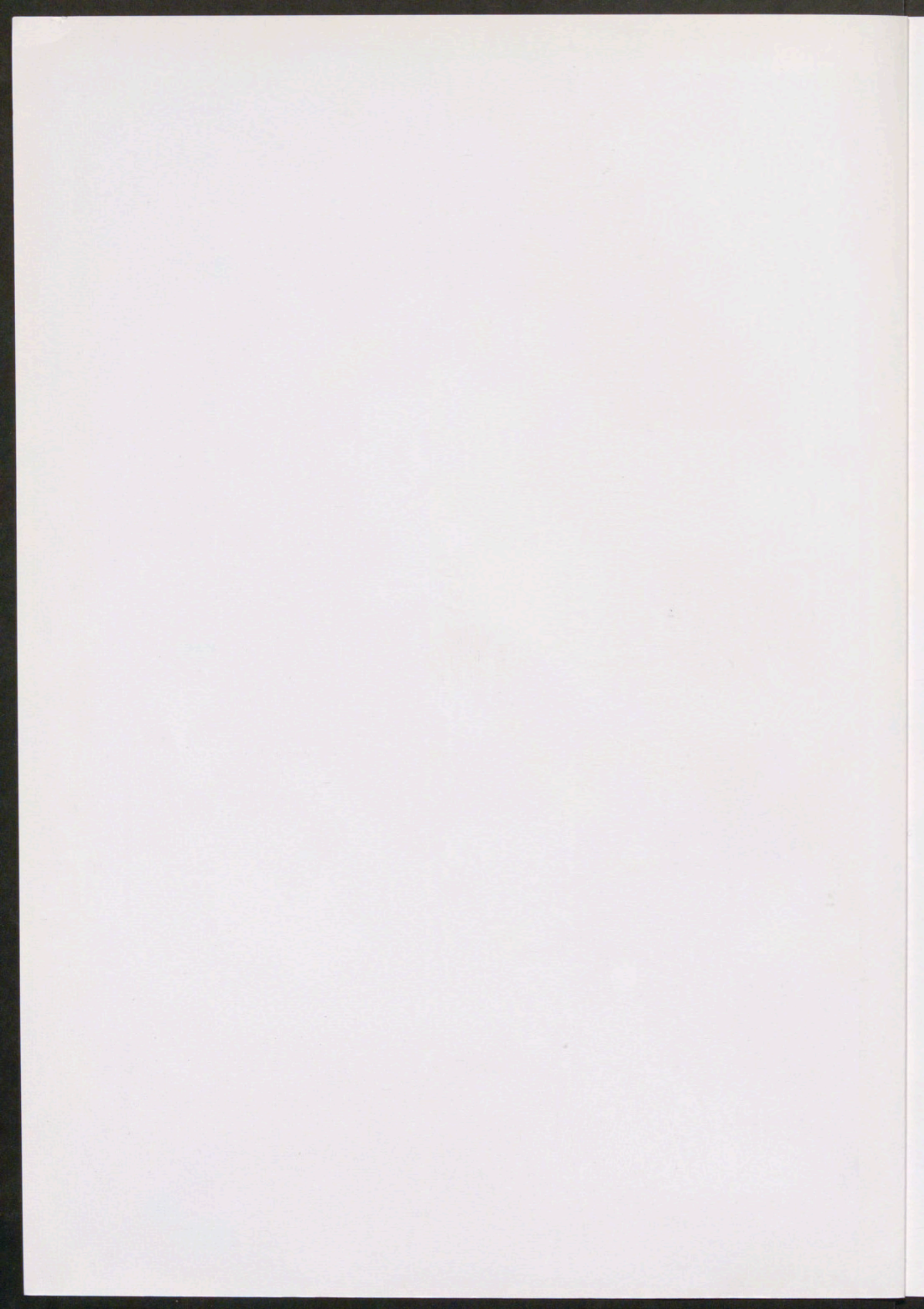


Reales Sitios

REVISTA DE PATRIMONIO NACIONAL AÑO XLVIII N° 187 PRIMER TRIMESTRE DE 2011 ESPAÑA 6€ (IVA INCLUIDO)



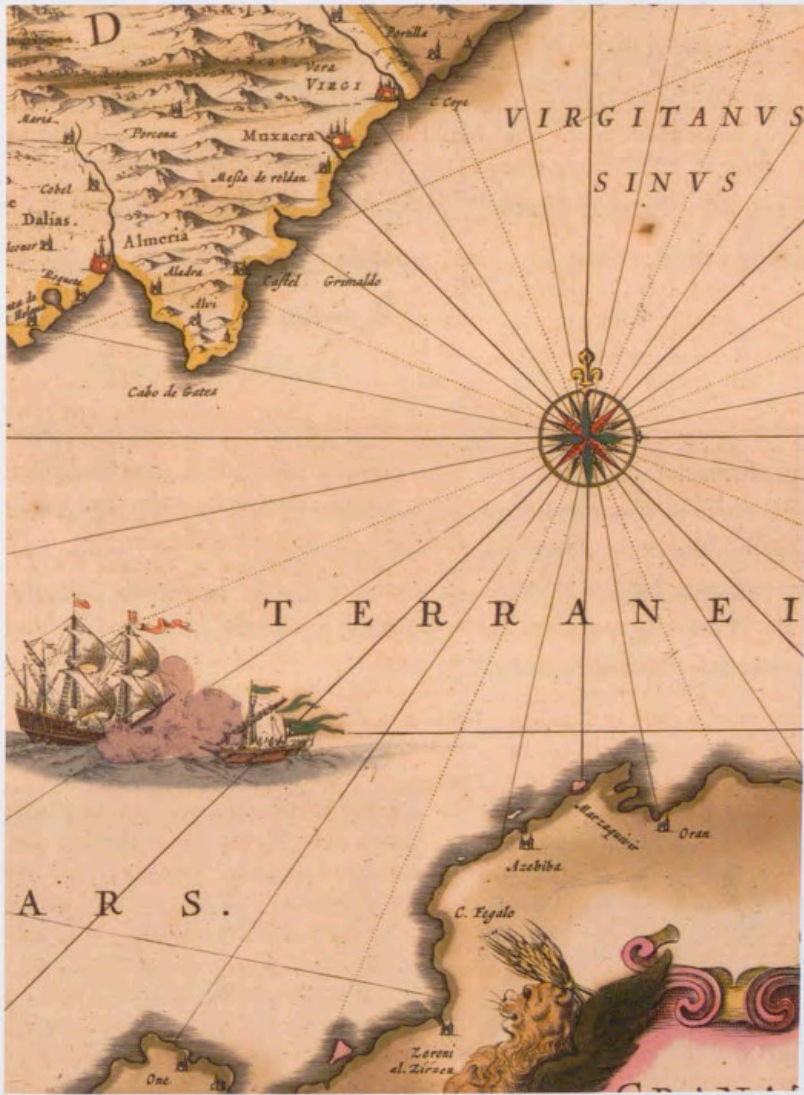


XII/1

RS

Reales Sitios

AÑO XLVIII Nº 187 PRIMER TRIMESTRE DE 2011



Mapa de Granada y Murcia, en Joan Blaeu, Parte de Atlas Mayor o Geographia Blaviana..., detalle, 1672, Real Biblioteca, Sign. VIII/M/29, Madrid, Patrimonio Nacional.



PATRIMONIO NACIONAL

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

Presidente

Nicolás Martínez-Fresno y Pavía

Gerente

José Antonio Bordallo Huidobro

Vocales

María Ángeles Albert de León

Aina María Calvo Sastre

María de las Mercedes Díez Sánchez

María del Carmen Iglesias Cano

Cristina Latorre Sancho

Soledad López Fernández

Luis Reverter Gelabert

José Manuel Romero Moreno

Alberto Ruiz-Gallardón Jiménez

José Luis Vázquez Fernández

Secretario

Juan García González-Posada

Comisión Asesora de Cultura

José Luis Álvarez Álvarez

Gonzalo Anes y Álvarez de Castrillón

Miguel Ángel Artola Gallego

Antonio Bonet Correa

María del Carmen Iglesias Cano

José María Pérez González

Sumario

REALES SITIOS REVISTA DE PATRIMONIO NACIONAL AÑO XLVIII N° 187 PRIMER TRIMESTRE DE 2011

4

VALENTÍN MORENO
GALLEGO

*Corona y cartografía.
La Colección de la Real
Biblioteca*

El presente artículo estudia el valioso patrimonio cartográfico, con ejemplares de los siglos XVI al XVIII, custodiado en la Real Biblioteca de Madrid, y su relación con la Corona. Asimismo, analiza los sistemas de catalogación empleados para dicho material y su emplazamiento en la Colección.



30

AMAYA MORERA
VILLUENDAS

*El escaparate.
Ostentación y devoción en el Madrid
barroco (1630-1730)*

El escaparate es quizá el mueble que con mayor fidelidad refleja, en el ámbito civil y religioso, el modo de vida barroco. Su especial atractivo deriva de representar por sí mismo a la sociedad que lo utiliza. Este artículo estudia su momento de máximo esplendor y posterior decaimiento.



50

REYES UTRERA GÓMEZ

*Viaje a Tierra Santa a través del
objetivo de los Bonfils.
Álbum con vistas de los Santos Lugares
dedicado a la Reina María Cristina por
el Procurador General de Tierra Santa
Fray Antonio Cardona*

En este artículo se examina un extenso y preciado álbum de la Real Biblioteca, realizado en 1891 por la emblemática saga fotográfica de los Bonfils, que documenta toda la riqueza religiosa, cultural, paisajística y humana de Tierra Santa.



71

Crónica Cultural

75

Actos Oficiales



¿Qué ofrece el CD?

- Mayor número de ilustraciones.
- Reproducción de documentos.
- Traducción al inglés.

La versión en CD de algunos de los artículos puede incorporar una numeración diferente en las notas.

Reales Sitios

REVISTA DE
PATRIMONIO NACIONAL

DIRECTORA
Pilar Martín-Laborda y Bergasa

CONSEJO DE REDACCIÓN
Fernando Fernández-Miranda
Rosa García Brage
Carmen García-Frías Checa
Lourdes de Luis Sierra
Juan Carlos de la Mata González
José Luis Sancho Gaspar
Sol Semprún Martínez
Santiago Soria Carreras
José Luis Téllez Videras
Javier Trueba Gutiérrez

ADJUNTA A LA DIRECCIÓN
Carmen Cabeza Gil-Casares

REDACCIÓN
Begoña Mardones Gómez

GESTIÓN ADMINISTRATIVA
Francisca Morilla Soriano
Tel.: 91 547 53 50. Ext.: 57250
Fax: 91 454 88 69

FOTOGRAFÍAS
© Patrimonio Nacional

SUSCRIPCIONES Y PUBLICIDAD
Santiago Gil Castro
Tel.: 91 454 87 00. Ext.: 57256
Fax: 91 454 88 75

EDITOR
Patrimonio Nacional
Palacio Real
C/ Bailén, s/n - 28071 Madrid
www.patrimoniomnacional.es

Todos los artículos publicados en esta Revista han sido previamente evaluados por expertos, y las opiniones manifestadas en los mismos son responsabilidad de sus autores.

DISEÑO: Fernando Villaverde Ediciones
FOTOMECÁNICA: Lucam
IMPRESIÓN: Julio Soto

PRECIO DEL EJEMPLAR: España, 6 euros
Extranjero, 12 euros.

PRECIO SUSCRIPCIÓN: España, 19 euros
Extranjero, 38 euros.

NIPO: 006-11-001-5
DEPÓSITO LEGAL: M-11.160-64
ISSN: 0486-0993

Prohibida la reproducción total o parcial de todos los artículos e imágenes que se publican en esta Revista.

CORONA Y CARTOGRAFÍA

La Colección de la Real Biblioteca

Valentín Moreno Gallego

Patrimonio Nacional

Cuenta Pedro Mejía, sobre las naves de Magallanes que fueron «a descubrir la especiería por mandamiento de su Majestad», y queriendo transmitir cierta emoción, que una de ellas «dio una vuelta en torno a toda la Tierra [...] hasta volver a Guadalquivir y aquí a Sevilla, en Europa, de do había salido, y de donde en verdad yo la vi antes que partiese y después ya de vuelta, de manera que si esta nave hiciera rastro por do pasó dejara un cerco a toda la Tierra...»¹. En efecto, la conformación de la Monarquía Hispánica en el tiempo altomoderno y su peso europeo es indisociable de la expansión oceánica y su instrumento, el conocimiento cartográfico. A su vez, el impulso que recibieron entonces las cartas náuticas en su ejecución es inseparable del creciente poder real. Desde luego, el tratado de Tordesillas supuso un antes y un después en la nueva conciencia geográfica de la Monarquía², que culminó en el reinado del segundo Felipe³. Ello se aprecia en la Casa de la Contratación sevillana, de la que por cierto fue cosmógrafo Mejía, y en el cuidado relativo a las cartas de marear que en la misma se observó durante todo el siglo XVI, como reveló por ejemplo la Real Cédula de 25 de febrero de 1565 sobre visita y sellado de las cartas y resto de instrumentos para la navegación⁴. Pero no sólo la circunstancia de la navegación fue entonces elemento capital en el auge cartográfico, también a instancia real la cartografía de interior se vio incrementada a causa de proyectos regios, como demuestran las *Relaciones Topográficas* de Felipe II, en las cuales se hallan representaciones cartográficas «de calidad notabilísima»⁵.

En el siglo XVII, cabe recordarse, hubo algún cosmógrafo mayor de Indias y catedrático de matemáticas, como Juan de Cedillo, que leía en Palacio sus lecciones recogiendo los avances cartográficos. Era sucesor de Pedro Ambrosio Ondériz y de Andrés García de Céspedes, autores de regimientos de navegación y otras obras, los cuales se encontraban antes en Madrid precisamente por el mismo motivo, lograr el favor de la Corona en estos saberes científicos⁶. Y es que las representaciones cartográficas tenían también una importante significación política, así, las vistas y planos en perspectiva de las ciudades europeas presentes en las pronto afamadas *Civitates Orbis Terrarum* de Braun y Hogenberg (figura 1) llevaban con frecuencia tipos naturales de cada tierra no por mero elemento de ilustración sino para que los turcos no se sirvieran de dichas representaciones en sus posibles campañas militares contra Europa, al tener vedada la figuración humana⁷. Los magna-

1. Cfr. P. Mejía, *Diálogos*, ed. de I. Lerner y R. Malpartida, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2006, p. 149, «Coloquio del Sol». [●].

2. Véase J. Varela Marcos (coord.), *El Tratado de Tordesillas en la cartografía histórica*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1994.

3. Véase M. Cuesta Domingo (coord.), *Descubrimientos y cartografía en la época de Felipe II*, SIDC-Ayuntamiento, Valladolid, 1999.

4. Véase J. Pulido Rubio, *El Piloto Mayor de la Casa de la Contratación de Sevilla. Pilotos Mayores, Catedráticos de Cosmografía y Cosmógrafos*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1950. [●].

5. J. López Gómez y A. López Gómez, «Dos interesantes mapas en las *Relaciones Topográficas* de Felipe II: el Campo de Montiel (Ciudad Real) y alrededores de Pastrana (Guadalajara)», *Boletín de la Real Academia de la Historia* (en adelante *BRAH*), tomo CXC, cuaderno II, 1993, pp. 173-205. [●].

6. Véase C. Pérez Pastor, *Bibliografía Madrileña*, Pamplona, Analecta, 2000, ed. facsímil, vol. III, p. 363 para Cedillo en 1621; pp. 436-437 para Ondériz. [●].



Fig. 1. Vistas de Toledo y Valladolid, en Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitatis orbis terrarum: liber primus*, 1612, RB, Sign. MAP/406, Madrid, Patrimonio Nacional.

tes y hombres de Corte, por otra parte, no podían dejar de tener en sus bibliotecas esferas celestes y terrestres y grandes volúmenes impresos y manuscritos de atlas o trazas de lugares y plazas de la Monarquía, no sólo por ser símbolos de poder, sino debido a que en realidad eran necesarios y de uso para la decisión política⁸. También los grandes prelados poseían estas piezas en sus librerías, junto a tablas astronómicas y geográficas⁹. Los libros de viajes a las tierras de la especiería no sólo eran leídos por el vulgo por lo que tenían de aventura sino por los hombres principales por lo que tenían de información, caso de la exitosa *Historia del Gran Reino de la China*, de fray Juan González de Mendoza, cuyo privilegio de impresión no tardó en ser comprado al autor por el avisado librero y editor Blas de Robles¹⁰. La curiosidad geográfica, en efecto, era por lo más lejano, pero también por lo más cercano, en especial en lo relativo a localidades, daba igual que fueran grandes urbes que villas venidas a menos, como se ve a mediados del XVI en el misceláneo *Floreto de anécdotas y noticias diversas...*, donde tras describirse a Carrión de los Condes se pasa a Colonia¹¹. Sin duda, el interés por la corografía, centrada en la descripción de ciudades, era muy alto¹².

La significación que adquiere lo geográfico es tal en el siglo XVI que incluso estudiosos muy ocupados en otras cuestiones decidieron dar a la luz sus apor-

7. En la Real Biblioteca de Madrid (en adelante RB) hay un juego completo, con los seis libros, en diferentes ediciones, en MAP/406-411, y de algún libro se conservan más ejemplares. [●].

8. [●].

9. Cfr. AHPM, prot. 1811 (vol. IV), por muestra, en la del cardenal García de Loaysa, véase su ingente inventario de 1599, fols. 1495-1721.

10. Cfr. AHPM, prot. 1279, fols. 660-662v, 24 de julio de 1586. [●].

11. Cfr. *Floreto de anécdotas y noticias diversas que recopiló un fraile dominico residente en Sevilla*, Real Academia de la Historia (en adelante RAH), Madrid, 1948. [●].

12. Véase R. L. Kagan, «La corografía en la Castilla Moderna. Género, Historia, Nación», *Studia Historica. Historia Moderna*, vol. XIII, 1995, pp. 47-59.

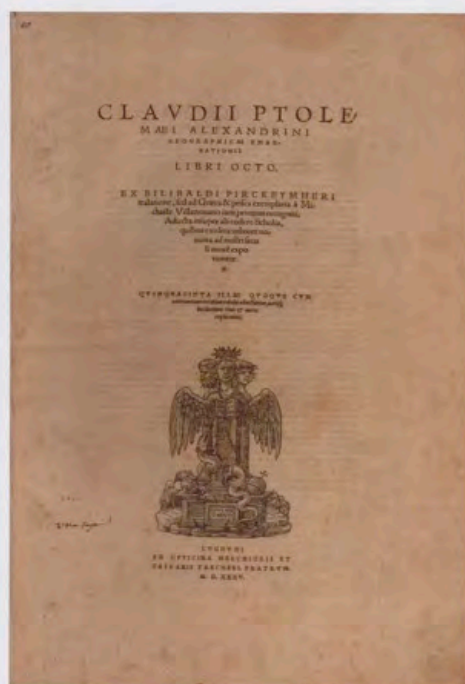


Fig. 2. Miguel Servet, Claudii Ptolemaei Alexandrini Geographicae enarrationis libri octo, portada, 1535, RB, Sign. VI/2251, Madrid, Patrimonio Nacional.

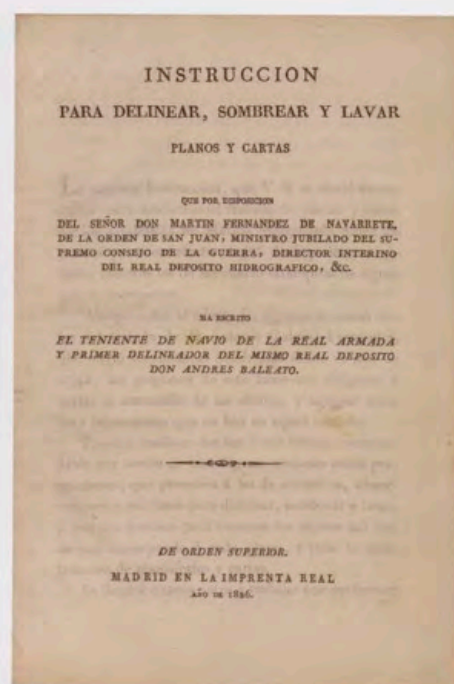


Fig. 3. Andrés Baleato, Instrucción para delinear, sombread y lavar planos y cartas, portada, 1826, RB, Sign. VIII/11196, Madrid, Patrimonio Nacional.

taciones, caso de Miguel Servet, que realizó una novedosa edición de Ptolomeo¹³ en 1535 (figura 2), reimpressa en 1541. Ptolomeo fue el origen del despegue de la cartografía en los siglos XV y XVI, en la búsqueda de la proyección correcta, recuérdese el ejemplar de la Real Academia de la Historia de la edición de Roma de 1478 con anotaciones autógrafas de Cristóbal y Bartolomé Colón¹⁴, y gracias a Ptolomeo se entienden las aportaciones tan singulares de Mercator y los Blaeu¹⁵. Sin embargo, la misma confesionalización de la que fue objeto Servet fuera de España produjo a la larga un hieratismo científico en tierras españolas que paralizó el avance de los conocimientos en torno a la Tierra, caso del heliocentrismo en el ámbito académico. Todavía en el siglo XVIII se trataba en disputas universitarias el sistema copernicano en términos de polémica, como se observa en fuentes de la Universidad de Salamanca, que por otra parte nos indican que de 1726 a 1758 no hubo alumno alguno matriculado en matemáticas, hasta que llegó de Sevilla —la capital hispalense una vez más— Diego de la Barrera y Torres¹⁶. El mismo Gerard Mercator, del que se conservan cartas en la Real Biblioteca dirigidas a Antoine Perrenot¹⁷, cardenal Granvelle, fue objeto de una censura, hoy en la Sección de Inquisición del Archivo Histórico Nacional, realizada por el abad de Fitero, lo que revela la percepción de peligro ideológico que podía ofrecer la cartografía¹⁸. Y ello pese a que hubo monarcas que no abandonaron el interés por el conocimiento de la Tierra y el resto de los astros, como Felipe IV, escrutador de la Luna, a quien se le dedicó la primera cartografía lunar con toponimia en 1645 y en la que se halla un Océano Filípico, como nos ha recordado Bouza¹⁹, que ha localizado en Simancas tres piezas documentales bien elocuentes del trato del Monarca con Joan Blaeu y viceversa, a raíz de quererle dedicar éste la edición castellana del *Atlas Maior*²⁰. Hasta que la Corona no volvió a comprender lo rele-

13. Véase E. Bullón y Fernández, *Miguel Servet y la geografía del Renacimiento*, discurso de recepción en la RAH, Madrid, 1928. [●].

14. Véase R. Contreras, «Diversas ediciones de la *Cosmografía* de Ptolomeo en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia», *BRAH*, tomo CLXXX, cuaderno II, 1983, pp. 245-323.

15. Véase F. Bouza (coord.), *De Mercator a Blaeu. España y la Edad de Oro de la cartografía en las Diecisiete Provincias de los Países Bajos*, Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 1995. [●].

16. Cfr. Biblioteca de la Universidad de Salamanca, Ms. 387, fols. 9-10 y 96.

17. Por ejemplo en RB, II/2297 y II/2298. [●].

18. Cfr. Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), Inquisición, leg. 4472, expdte. 7. [●].

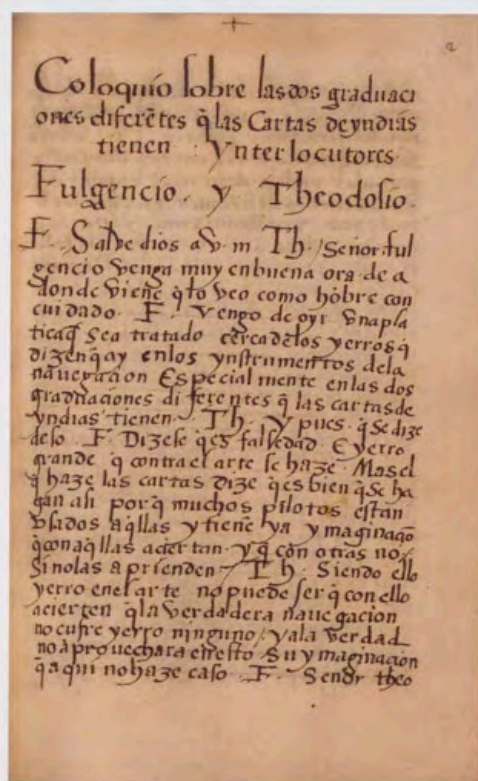


Fig. 4. Coloquio sobre las dos graduaciones de las cartas de marear, folio 1, siglo XVI, RB, Sign. II/652 (7), Madrid, Patrimonio Nacional.

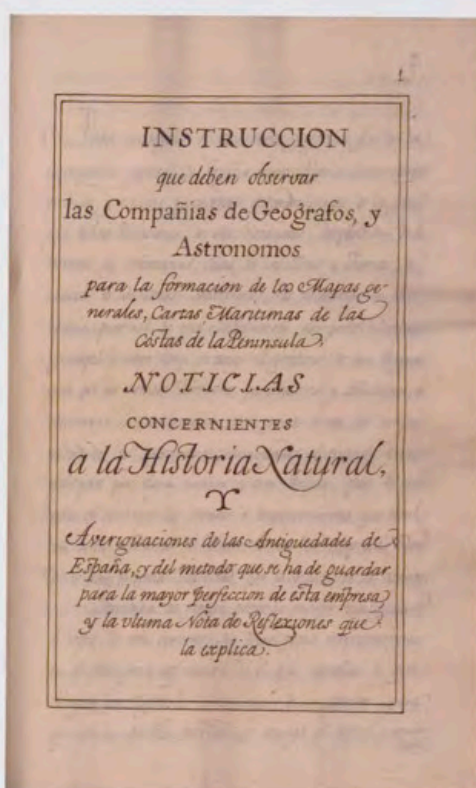


Fig. 5. Instrucción que deben observar las Compañias de Geógrafos..., en Miscelánea de Manuel José Ayala, folio 1, siglo XVIII (1767-1797), RB, Sign. II/2865, Madrid, Patrimonio Nacional.

vante del saber cartográfico, ya en el siglo XVIII, no se reimpulsó la cartografía, siempre vinculada a lo político, como se apreció con la cuestión de los límites fronterizos y la fidelidad de su representación cartográfica, que fue un asunto de Estado, como muestra la Real Orden de 1778 para que todos los mapas que obtengan licencia de impresión pasaran la censura científica de la Real Academia de la Historia²¹. El saber cartográfico se vio fortalecido ya desde inicios de esta centuria con la llegada de la nueva dinastía borbónica, que comprendió la necesidad de una política naval más activa y que por ello dio nuevos aires a la construcción naval y a la industria militar, para poder mantener las pretensiones que primero Alberoni, luego otros ministros, y a la postre el mismo Felipe V, querían en el Mediterráneo, Atlántico y Pacífico. Se crearon los departamentos marítimos de El Ferrol, Cádiz y Cartagena y en ellos se establecieron factorías de construcción naval a partir de varios arsenales, a mediados del reinado de dicho Monarca. Mientras, de La Habana salía un tercio de los navíos construidos hasta 1759. En esos años cincuenta Jorge Juan y un grupo de arquitectos navales ingleses trajeron nuevas técnicas, modificadas en los setenta por el francés Gautier. Todos estos avances potenciaron la navegación y consecuentemente la cartografía a través de nuevas cartas náuticas. A lo largo del siglo aparecieron novedosas instituciones creadas bajo los auspicios y el interés de la Corona e impulsadas por ministros como Patiño, Campillo o Ensenada, caso de la Academia de Guardias Marinas (1717), el Real Observatorio Astronómico (1753), la Escuela de Ingenieros de Marina (1772), el Depósito Hidrográfico (1770) y luego la Dirección

19. Véase «Semblanza y aficiones del monarca. Música, astros, libros y bufones», en VV AA, *Felipe IV. El hombre y el reinado*, RAH-CEEH, Madrid, 2005, pp. 27-44, se refiere a los *Lumina Austriaca Philippica* de van Langren (1645), ver p. 31. [●].

20. Cfr. Archivo General de Simancas, Estado, leg. 3283, fol. 186. El mismo Bouza glosa estos documentos en F. Bouza (coord.), 1995, p. 153 [op. cit. n. 15].

21. Cfr. AHN, Consejos, leg. 10162. Interesa de C. Fernández Duro, «Catálogo sucinto de censuras de obras manuscritas pedidas por el Consejo a la Academia antes de su impresión», *BRAH*, t. XXXV, cuaderno V, 1899, pp. 369-434.



22. Andrés Baleato escribió, según dispuso Fernández de Navarrete, una *Instrucción para delinear, sombreado y lavar planos y cartas*, Madrid, Imprenta Real, 1826, en RB, VIII/11196.

23. Véase E. Baldoín Ruiz, *Historia del Cuerpo y Servicio de Estado Mayor*, Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, 2001, pp. 103-201.

24. Interesa de M. Alonso Baquer, *Aportación militar a la cartografía española en la historia contemporánea*, Madrid, CSIC, 1972. [●].

25. Véase C. Herrero Fabregat, «La Geografía Militar Española (1819-1936)», *Estudios Geográficos*, vol. LXIII, n° 247, 2002, pp. 237-259. En el n° 233 (1998) publicó una aproximación al período 1939-1945.

26. Caso de RB, MAP/CAJ/6 a MAP/CAJ/15.

27. El original, manuscrito y coloreado, se localiza en RB, ROLL/124, y hay ejemplares de la tirada litográfica en RB, MAP/913, MAP/817, ARCH1/CART/5 y ARCH4/CART/5.

de Hidrografía (1797). Al socaire de estos organismos pudieron desarrollar sus trabajos científicos personalidades como el mencionado Jorge Juan y otros, como Antonio de Ulloa, Tofiño de San Miguel, Mendoza y Ríos, Ciscar, y luego Vargas Ponce y Fernández de Navarrete²² (figura 3), los dos últimos desde una Academia de la Historia consciente de la necesidad de nuevas perspectivas de estudio.

La Corona también activó la realización de expediciones científicas, como por ejemplo la de Juan Pérez (1774) en la costa noroeste de la América septentrional, y otras que no mencionamos, aunque debemos indicar la célebre de Malaspina y Bustamante, que con las corbetas *Descubierta* y *Atrevida* cruzaron el Atlántico y Pacífico entre 1789 y 1794, uno de los hitos transoceánicos junto a las de Cook (1769-1778), Bougainville (1766-1769) y La Pérouse (1785-1788). Este ambiente científico se disipó en gran parte con Fernando VII y su reinado, tan conflictivo y, tras crearse por entonces un incipiente Depósito de la Guerra²³, Sánchez Cerquero reorganizó en 1831 el Real Observatorio de San Fernando. Muy poco a poco, la realidad geonaval, sus técnicas e instrumentos cartográficos fueron mejorando, aunque hasta tiempos de Alfonso XII no se sintió una mejora generalizada, sin llegar al esplendor dieciochesco. La Real Sociedad Geográfica se fundó en 1876, pero fueron acontecimientos militares los que dieron impulso a una nueva cartografía, muy topográfica, a raíz de la tensión bélica con Marruecos desde 1886 y especialmente con el ataque a fortificaciones de Melilla en octubre de 1893. Las guerras de África, de las que estuvo tan pendiente la Corona, generaron así una significativa cartografía del norte del continente africano²⁴, alcanzando la cartografía militar entonces, y después, un nivel alto en producción y calidad²⁵. La vinculación de la Corona con la cartografía, por tanto, es natural a lo largo del tiempo, baste indicar el interés de Alfonso XIII en que los altos mandos militares le enviaran mapas y planos de las sucesivas campañas norteafricanas, por lo que hay tantas representaciones de ellas en la Real Biblioteca, incluso tridimensionales²⁶ o, como curiosidad, el plano topográfico de 1925 que Don Alfonso, Príncipe de Asturias, levantó de la Casa de Campo²⁷. Esta sola realidad hacía necesaria la catalogación de fondos cartográficos presentes en la Real Biblioteca, y que se halla hoy en la totalidad de sus registros, tanto manuscritos como impresos, unos 7.000, en la base de datos Ibis (localizada en <http://www.realbiblioteca.es>), tras la conclusión en su momento de la catalogación de dichos fondos. No obstante, el mayor acicate durante la ejecución de dicho proyecto fue el actual interés existente desde el punto de vista de la investigación.

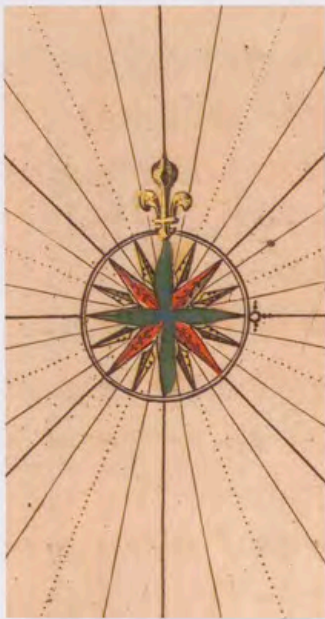
En este sentido de investigación, el documento cartográfico presenta hoy un carácter interdisciplinar y multianalítico. Por una parte, refleja realidades territoriales que han ido cambiando con el paso del tiempo y que son explicativas de lo actual, y, por otra, es testimonio de la acción histórica de nuestros antepasados a través de campos como la historia militar o la de los descubrimientos. La historia del urbanismo, por ejemplo, que tanto se ha expandido, no se entiende sin la de la territorialidad. Es así hoy la cartografía fuente de investigación bajo nuevas consideraciones metodológicas: en historia cultural para apreciar la imagen que de sí mismo ha generado el mundo en cada tiempo, en momentos históricos en que



Fig. 6. Mapa de Granada y Murcia, en Joan Blaeu, Parte de Atlas Mayor o Geographia Blaviana..., 1672, RB, Sign. VIII/M/29, Madrid, Patrimonio Nacional.

el conocimiento geográfico era capital, caso de épocas como la de los descubrimientos o, más tarde, la de los imperios coloniales. En historia política no se puede dissociar la cartografía de la expansión nacional y marítima que se produjo en varias coronas europeas durante el prerrenacimiento, pero, asimismo, lo cartográfico es fundamental en lo social para la comprensión y estudio de movimientos demográficos provocados por migraciones o efectos de pestes, y en lo económico para localizar los lugares productores de materias primas. También en campos de otra dimensión, como la historia del arte, al permitir observar la evolución del arte del grabado y de sus artistas. Nos parecía así de interés, dentro del proyecto de catalogación, que uno de los campos secundarios en el registro de descripción de las piezas de la Real Biblioteca, el 700, estuviera dedicado a recoger los grabadores, dibujantes o ilustradores, según el caso, cuando se supiera, mención previa a la función de cada uno (abreviada, grab., dib. o il.), para que quien quisiera pudiera estudiar a tal grabador, por ejemplo, y su producción. Ya en el siglo XVIII se comprendió lo relevante de la cartografía en la historia del grabado, como muestra el *Essai* de Hendrik Jansen²⁸. Estas múltiples perspectivas indicadas necesitan por tanto que los fondos existentes en las grandes colecciones públicas estén

28. Véase H. Jansen, *Essai sur l'origine de la gravure en bois et en taille-douce, et sur la connoissance des estampes des XV^e et XVI^e siècles...*, Paris, F. Scoell, 1808, en RB, I/1/329-330.



29. La actual Directora, María Luisa López-Vidriero, tiene varias aproximaciones a la historia y génesis de la RB, por ejemplo, «La biblioteca del Palacio Real de Madrid», *Archives et bibliothèques de Belgique*, tomo 63, nº 1-4, 1992, pp. 85-118; «La Librería de Cámara en el Palacio Nuevo», en *El libro Antiguo Español. Tomo III. El libro en Palacio y otros estudios bibliográficos*, Universidad de Salamanca-Patrimonio Nacional-Sociedad Española de Historia del Libro, Salamanca, 1996, pp. 167-183; «Apuntes sobre la Librería de Cámara», *Arbor*, tomo CLXIX, nº 655, 2001, pp. 287-295.

30. Cfr. RB, II/2154, doc. 237. Carta al I Conde de Gondomar, don Diego Sarmiento de Acuña, sobre «la planta de la ciudad» de Valladolid encomendada al remitente (4 de noviembre de 1603). [●].

31. El *Coloquio* referido, entre Fulgencio y Teodosio, en RB, II/652 (7), y la *Instrucción* en RB, II/2865, fols. 1-26.

catalogados idóneamente para facilitar las aproximaciones científicas. Las dimensiones que hemos referido son de interpretación, algunas de las posibles, pero el documento cartográfico tiene sus propias dimensiones derivadas de su naturaleza: primero, una dimensión documental, pues la representación documenta una realidad geográfica que existió en el momento de producción de la pieza, y que, por tanto, nos habla de la evolución de un territorio específico, con todos sus elementos urbanos, agrícolas, militares o de otra tipología. Otra dimensión es técnico-científica, pues la propia pieza nos habla de las técnicas de reproducción empleadas en ella y de su evolución, expresándose un modo de representar y medir una superficie terrestre en un momento concreto. La mejora de la expresión cartográfica ha sido siempre el anhelo de las técnicas de reproducción y siempre ha tenido que ver con la idea de difusión del material cartográfico que se ha producido en cada período. Y no hay que olvidar la dimensión artística y estética de la pieza cartográfica. Ya hemos indicado que documenta la historia del grabado, pero asimismo de los estilos y sus usos, como se puede observar a través de las cartelas, o de orlas. Además, el material cartográfico puede ser fuente en estudios etnológicos o antropológicos, pues son muy comunes las representaciones antiguas con tipos naturales de la región o de animales propios de cada área representada, y en historia de la navegación también, al ser frecuentes las cartas náuticas en las que figuran muy distintos tipos de navíos, a veces con gran detalle. Por ello, el campo de ilustración 599 en el registro se ha dedicado a recoger la presencia de navíos bajo la nota: «Ilustración de barcos», para el posible estudioso. También es de interés la cartografía para investigadores en representación heráldica, pues son muchas las piezas con escudos de dedicatarios o territoriales de los espacios representados. Existe así un mayor interés por la cartografía histórica cimentado en los elementos referidos y que ha propiciado que desde los años ochenta se sucedan ediciones facsímiles de grandes piezas, de los portulanos y de los atlas más conocidos o bellos, siendo precisamente uno de los primeros que fue objeto de esta fiebre editorial el llamado *Atlas de Oliva*, al que más adelante nos referimos.

LOS FONDOS CARTOGRÁFICOS DE LA REAL BIBLIOTECA

La Real Biblioteca, por la riqueza de sus fondos, además de los propios fondos de cartografía, custodia piezas que complementan documentalmente a los materiales cartográficos. Así, gracias a las sucesivas incorporaciones de colecciones y de determinados ingresos, ha ido acumulando un depósito que, directa o indirectamente, es relativo a cartografía y documenta su evolución en España²⁹. En el mismo, además de las propias piezas cartográficas, caben mencionarse por su notabilidad un *Coloquio sobre las dos graduaciones de las cartas de marear*, del siglo XVI (figura 4), o alguna carta de João Baptista Lavanha presente en la colección epistolográfica gondomariense³⁰, o instrucciones del siglo XVIII, como la de la formación de los mapas generales y cartas marítimas de las costas de la Península, que debían observar las compañías de geógrafos y astrónomos (figura 5), presente en la colección



Fig. 7. Mapa de Granada y Murcia, en Joan Blaeu, Parte de Atlas Mayor o Geographia Blaviana..., detalle, 1672, RB, Sign. VIII/M/29, Madrid, Patrimonio Nacional.

Ayala³¹. Esta colección de manuscritos, que contiene asimismo no pocos mapas de mano y de excelente ejecución, perteneció al jurista y archivero del Consejo de Indias Manuel José de Ayala, grafómano impenitente³², y es fundamental dentro de las colecciones americanistas de la Real Biblioteca por el número de volúmenes y la relevancia de los textos que contiene, en buena parte perdidos en su original, caso de muchos documentos de génesis medieval. Con el ingreso de

32. Interesa J. Fábrega, *Manuel Joseph de Ayala, «el más distinguido jurista indiano»*, Editorial Jurídica Panameña, Panamá, 1986. El indicado RB, II/2865, por ejemplo, es el tomo LII de la serie de *Miscelánea* de esta colección, que consta a su vez de diversas subcolecciones.

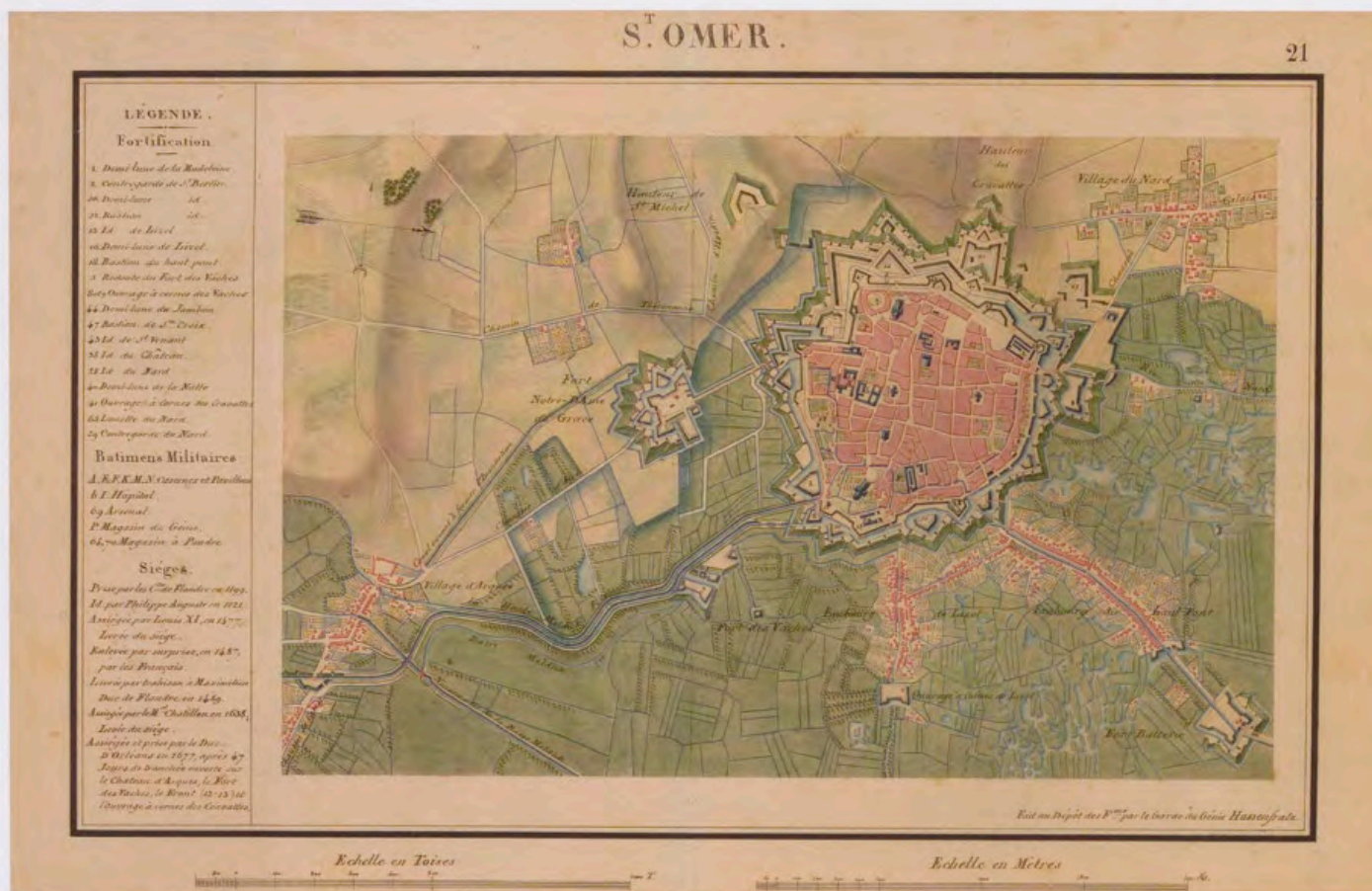


Fig. 8. Pierre Lapie, Atlas pour Servir au Voyage du Roi au Camp de St. Omer..., 1827, RB, Sign. MAP/576, Madrid, Patrimonio Nacional.

fondos de la Secretaría del Despacho Universal de Indias y de Gracia y Justicia, entraron otros manuscritos americanistas que son del mismo modo valiosos³³, aunque no contengan representaciones cartográficas³⁴.

Pero estos fondos palatinos eran básicamente desconocidos hasta que, en 1889, en la madrileña imprenta de Fortanet, apareció la *Noticia breve de las cartas y planos existentes en la Biblioteca Particular de S.M. el Rey*, a cargo de Cesáreo Fernández Duro³⁵. Don Cesáreo (1830-1908), a pesar de haber nacido en Zamora y ocuparse mucho de ella en sus trabajos, tuvo, sin embargo, desde siempre inclinación por el mar y fue capitán de navío. Su pasión se plasmó en diversas publicaciones de gran erudición, baste recordar, pues lo merecen, las *Disquisiciones náuticas*, en seis volúmenes (1876-1881), o la *Historia de la Armada española desde la unión de Castilla y Aragón*, en nueve (1895-1903), que le hicieron acreedor de convertirse en académico de la Historia en 1881, siendo desde 1898 secretario perpetuo. Tuvo también vinculación con Alfonso XII, pues fue su ayudante de campo. Al morir dejó unas cuatrocientas publicaciones eruditas sobre Zamora, la Armada española y otras cuestiones de la mar, sus materias predilectas. Desde que vio la luz la *Noticia breve...*, que es un índice de 98 páginas con varios centenares de entradas correspondientes a unas cuatrocientas signaturas —con frecuencia, diversas representaciones recogidas son de volúmenes facticios, caso de las de Tomás López—, éste ha sido el instrumento que ha manejado todo curioso en saber qué fondos cartográficos podía haber en la Real Biblioteca.

33. Un *Índice de parte de la Biblioteca de la Secretaría del Despacho...*, fechado en Madrid a 12 de agosto de 1799, se halla en RAH, Ms. 9/4855, fols. 581-598, son tanto manuscritos como impresos. [●].

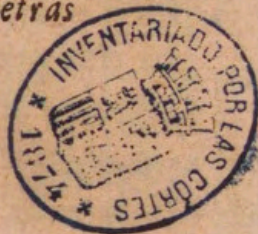
34. Recordemos las colecciones Mutis de vocabularios americanos, la de papeles de trabajo de Juan Bautista Muñoz y otras, que complementan a menudo fondos de la RAH. [●].

35. Apareció en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, vols. XXVI-XXVII, 1889, pero se hizo una tirada aparte de pocos ejemplares.

PRINCIPIOS
GEOGRAFICOS,
APLICADOS
AL USO DE LOS MAPAS,

POR D. TOMAS LOPEZ,

*Geógrafo de los dominios de S. M. de la Real
Academia de S. Fernando, de la Real Sociedad
Bascongada de los Amigos del Pais, y de la
Real Academia de Buenas Letras
de Sevilla.*



MADRID. M.DCC.LXXV.

Por D. JOACHIN IBARRA, Impresor
de Cámara de S. M.

Con las licencias necesarias.

Fig. 9. Tomás López de Vargas Machuca, Principios geográficos, aplicados al uso de los mapas, portada, 1775, RB, Sign. V/122, Madrid, Patrimonio Nacional.

Sin embargo, el volumen de fondos es mucho mayor y no se ha podido saber exactamente qué criterio selectivo guió al erudito decimonónico, pues junto a grandes piezas hay otras modestas en categoría y fisicidad, como el mismo mapa celeste de Baena e Ibáñez (1878) que abre el índice; tampoco la procedencia, pues



al final hay una breve mención de los exlibris encontrados en las piezas, que son diversos, aunque casi todos de distintos miembros de la Familia Real. Además de autor, título y pie de imprenta, se indica de forma somera la encuadernación, si es holandesa, pasta, cartoné o pergamino. A pesar de reflejar muy parcialmente la realidad cartográfica de la Real Biblioteca en sus fondos, se recogen piezas muy emblemáticas de la misma. Es el caso del Oliva/Vesconte (II/1271), el *Atlas Mayor* de Joan Blaeu en su tirada en castellano (VIII/M/20-29; figuras 6 y 7), cuyos juegos completos son raros por el incendio de los almacenes de 1672, fundiéndose las planchas de cobre y completándose los ejemplares por tanto con planchas en otras lenguas. El ejemplar de la Real Biblioteca, con los diez volúmenes tirados de los doce previstos, y con su encuadernación original en pergamino a la romana luciendo la esfera editorial en la lomera³⁶, fue del I Marqués de la Regalía, Antonio José Álvarez Abreu³⁷. El esfuerzo de Blaeu en el *Atlas Maior* fue enorme, con nueve grandes prensas que llevaban el nombre de cada una de las musas, y se veía reflejado en el precio de los juegos. También se recogen en el Fernández Duro otros Blaeu, el ejemplar completo de las *Civitates Orbis Terrarum* (MAP/406-411), varios Mercator-Hondius y Ortelius, los volúmenes facticios de Tomás López (MAP/391-392, MAP/555), el Sanson (MAP/74-76) y otros más como Delisle y otros autores, muy significativos de la cartografía francesa del siglo XVIII; no olvida, por supuesto, los Lafreris, Camocios y Gastaldis, etc. Y junto a estas grandes piezas incorpora otras menores del XIX, como indicamos. Primero se ofrecen entradas de «Planisferios celestes», luego de «Atlas geográficos», luego «Mapamundi», y, por fin, por continentes y a su vez por naciones. En alguna ocasión se hace algún comentario sobre la pieza, ajeno a la descripción.

Por parte de la Real Biblioteca, hubo después algún acercamiento aislado a la cartografía, como el del Conde de las Navas, director de la misma durante tantos años, que en la segunda serie de *Cosas de España* (Madrid, 1895) se ocupó de Juan de la Cosa y su célebre mapamundi, aunque tuvieron que pasar décadas hasta que específicamente alguien se ocupara del fondo cartográfico. Fue Justa Moreno Garbayo quien lo hizo, identificando primero las entradas del Fernández Duro con las propias piezas, pues el índice no llevaba firmas, e incorporándolas en algún ejemplar para facilitar la localización a los investigadores. Se observa su mano asimismo en la signaturización de volúmenes facticios, aunque también la de otra bibliotecaria de la Real Biblioteca, Consolación Morales. Dio a conocer algunas piezas concretas de singular relevancia, como en «Mapas de la época de Carlos V», donde comenta los Lafreris, Camocios o Gastaldis³⁸. Aparte de volúmenes facticios con representaciones sueltas, hay en la Real Biblioteca un atlas Lafreri (MAP/464) que contiene 160 hojas de mapas, planos y vistas y portada muda, procedente de la biblioteca del Conde de Gondomar. El atlas Lafreri y los volúmenes con las representaciones de Camocio, Gastaldi y otros italianos, a buen seguro proceden a su vez de la librería del cardenal Granvela³⁹. Este atlas es el primero considerado por los estudiosos como con portada propia y se realizó entre 1550 y 1572, que son las fechas-tipo que ofrece el ejemplar de referencia, el de la Universidad de Helsinki, aunque hay algunos con representaciones

36. Los grandes atlas de los Blaeu solían llevar la esfera o el atlante soportando la esfera armilar en las cubiertas o lomera, lo que se hizo tan habitual que otras casas editoriales los imitaron luego. [●].

37. Fernández Duro lo recoge en el breve listado final de poseedores, por este juego. [●].

38. Véase *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo LXIV, nº 2, 1958, pp. 717-741. Se reproducen al final algunas representaciones, pero curiosamente no se indican firmas en ningún lugar del artículo. [●].

39. Con el fondo Gondomar ingresaron en la RB piezas que a su vez fueron del cardenal Antoine Perrenot de Granvelle. [●].



Fig. 10. Jacob Aertz Colom, Pascaarte van Vrancrijck Biscaijen en Galizen..., 1633, RB, Sign. MAP/456 (10), Madrid, Patrimonio Nacional.

de la escuela de Antonio Lafreri, de fechas anteriores y posteriores, como el nuestro, que contiene desde 1532, y por muchos tenido como el más completo. La mayoría de las representaciones se imprimieron en Roma pero hay de Venecia. La portada, atribuida a Etienne Dupérac desde 1970, tiene un frontón partido con el Atlante⁴⁰ con la bola del mundo y a los lados figuras varoniles con instrumentos cartográficos. Al pie hay dos figuras en pedestal, probablemente Ptolomeo y Salomón. Aunque al final del artículo se ofrecen algunas descripciones, tiene mucho de divulgativo, al igual que el de 1964 en *Reales Sitios*, «Mapas y planos de la Biblioteca del Palacio de Oriente», donde se pretende dar a conocer la colección cartográfica sin más, a través de determinadas piezas⁴¹. En su última época de servicio en la Real Biblioteca dedicó una serie de siete artículos en *Reales Sitios* a vistas de España⁴². En el último de ellos trata de las *Civitates Orbis Terrarum* y sus vistas españolas. Pero donde de verdad realizó Moreno Garbayo un esfuerzo investigador fue en su tesis, que nada tiene que ver con la cartografía, *La imprenta en Madrid, 1626-1650: materiales para su estudio e inventario*, con la idea de continuar el repertorio de Pérez Pastor⁴³.

La Colección de cartografía tiene varios depósitos correlativos en su orden topográfico y luego posee un gran volumen de piezas dispersas en su ubicación. La signatura MAP/ agrupa en torno a mil piezas, son atlas de gran formato y formatos menores y mapas plegados en cartera, españoles y franceses, sobre todo franceses, pues encontramos representaciones de los Delisle, Nicolas Sanson padre e hijo, los Fer, Nicolas Langlois, los Jaillot, Nolin padre e hijo, Chatelain, Gueudeville, Bourguignon d'Anville, Du Halde, De la Haye, Buache, Bellin, los Vaugondy, Buy de Mornas, Mentelle, Delamarche, en piezas mayoritariamente

40. El origen de la figura no es por el ser mitológico, sino por un rey de la cordillera norteafricana del Atlas, astrólogo, cuyo anhelo era convertirse en montaña para tocar los cielos, según explica el propio Gerard Mercator en la introducción de su *Atlas* en la edición de 1602. Véase E Bouza (coord.), 1995, p. 34, n. 28 [op. cit. n. 15], como recoge R. Núñez de las Cuevas.

41. Véase *Reales Sitios*, año 1, n.º 2, 1964, pp. 70-75.

42. Van del n.º 64, 1980, pp. 53-64, 1-12, al n.º 70, 1981, pp. 25-36, 56-68.

43. Arco/Libros, Madrid, 1999. Apareció a título póstumo y se ocupó de la edición Fermín de los Reyes, que dedica unas páginas preliminares a doña Justa.



44. Un completo repertorio de cartógrafos galos y su producción se localiza en <http://www.bentleys.co.za/frenchcart.html>. Hay en menor medida, aunque se acompaña de los de otras naciones, particularmente de los Países Bajos, en <http://www.vobam.se/kartografer.htm>.

45. Para la de la RAH, véase C. Manso Porto, «La colección de mapas y planos manuscritos de España y los atlas de Tomás López en la Real Academia de la Historia», *BRAH*, tomo CXCIX, cuaderno I, 2002, pp. 105-115. [●]

46. Véase «El geógrafo Tomás López y sus obras. Ensayo de biografía y de cartografía», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, 4º trimestre, 1908, pp. 402-543. [●]

47. Madrid, por Joachin Ibarra, 1775-1783, en RB,V/122-123.

del siglo XVIII. Hay alguna manuscrita de relieve, como el atlas de Pierre Lapie (1827), de finura extrema, realizado para un itinerario por Francia de Carlos X, llevando su super libros (MAP/576; figura 8). En efecto, el elenco de cartógrafos franceses es muy amplio y lógico dado el origen de la dinastía y el peso de la cartografía gala⁴⁴. Pero asimismo hay mucha cartografía hispana del XVIII, debe destacarse la producción de Tomás López de Vargas Machuca, continuada por sus hijos Juan y Tomás Mauricio, en especial por el primero, se formó de ellos una de las colecciones más relevantes de España junto a la de la Biblioteca Nacional y la Real Academia de la Historia⁴⁵. Desde siempre, Tomás López ha atraído la atención de los estudiosos, baste recordar la extensa aproximación de Gabriel Marcel, donde además describe 221 mapas y planos suyos, ofreciendo referencia de muchos como existentes en la «Biblioteca Particular del Rey de España»⁴⁶. El interés por la producción de López tiene diversos motivos, pero especialmente por el detalle cartográfico y el rigor en sus fuentes, manejando en muchas ocasiones manuscritos o referencias hoy perdidas, las cuales solía indicar en amplias cartelas. En la Real Biblioteca hay obras que complementan su cartografía, agrupada fundamentalmente en MAP/391-392, MAP/555 y MAP/85 y 87, y que nos dan idea de sus conceptos, como los *Principios geográficos, aplicados al uso de los mapas* (figura 9)⁴⁷. También del siglo XVIII es de gran interés la producción de la Dirección de Hidrografía, con obra de Cosme Damián Churrucá⁴⁸ y de Vicente Tofiño de San Miguel, sobresale de este último su *Atlas Marítimo de España*, de 1789, en MAP/9-10 y una selección en MAP/54. También el *Portulano de las costas de la Península de España, Islas adyacentes y parte de la costa de África*, ya de 1813, con cartas náuticas que corrían sueltas, pero que se agruparon hasta un número de 60 en un ejemplar de la Real Biblioteca, al que se le puso portada propia (MAP/356). Otros atlas significativos del XVIII son el de Juan Manuel Girón (MAP/586), y para Alemania las representaciones contenidas en el facticio MAP/27, numerosas. Del mismo siglo hay también diversos atlas ingleses, como el de Carey de 1795 (MAP/348) o el de la India de Rennell de 1780 (MAP/440 y 903), o los atlas generales de Kitchin y de Dunn. Hay que subrayar la cartografía producida en los Países Bajos, la patria de la misma en los siglos XVI y XVII, contando con los referidos Ortelius, Mercator-Hondius, Waghenauer, Janssonius y los Blaeu en distintas ediciones, y otros ejemplos notables, como el volumen con cartas náuticas y vistas de ciudades americanas publicado en 1671 en Ámsterdam a cargo de Arnoldus Montanus (*De Nieuwe en Onbekende...*, VI/419, con su encuadernación original). Una muy grata sorpresa fue la aparición al final de un atlas, durante su catalogación, de un conjunto de *paskaert*, o *pascaarte* (figura 10), cartas de paso, náuticas, impresas sobre pergamino para mejor preservación al doblarse pues eran muy utilizadas para pilotar, obra de Willem Jansz. Blaeu en su mayoría, y que se conservan en perfecto estado e iluminadas⁴⁹. Son piezas que, además de su alta significación en lo cartográfico, tienen una enorme belleza por su finura calcográfica y el colorido de las iluminaciones, debidas a las hábiles manos de un *afsetter* o iluminador, los cuales sin duda son merecedores de estudios. También está representada la cartografía italiana, del siglo XVIII sobre



Fig. 11. Giorgio Widman, *L'America meridionale nuouamente corretta...*, 1677, RB, Sign. MAP/19 (3), Madrid, Patrimonio Nacional.

todo, aunque hay obras anteriores (figura 11). Cabría destacarse el monumental *Nuovo Atlante geografico universale*, de Cassini (Roma, 1792-1801), en soberbio ejemplar, localizado en VI/952-954. Para el siglo XIX el fondo es muy abundante, debe señalarse el altísimo número de hojas pertenecientes al *Atlas de España y sus posesiones de ultramar* de Francisco Coello, aparecidas entre 1848 y 1870, el *Mapa Topográfico de España 1:50.000*, realizado entre 1874 y 1935, bajo la dirección de Ibáñez Ibero, del que hay cientos y muchos duplicados, y el *Mapa militar itinerario de España*, que empezó a publicar el Depósito de la Guerra en 1886, hasta 1935. Muchos registros del XIX y principios del XX son también de volúmenes que son guías de viaje para visitar determinadas ciudades o países europeos, que suelen contener abundantes mapas y planos, caso de las guías Baedeker, Hickmann o Michelin.

La signatura ROLL/ agrupa los rollos, casi doscientos, con frecuencia de grandes dimensiones, y alguno de ellos pieza singular, como el plano topográfico de Madrid de Pedro Texeira, de 1656 (ROLL/109), que es uno de los pocos existentes y ejemplo de representación mural, tan común en el siglo

48. Hay producción de Churruga editada por la Dirección de Hidrografía en 1794, 1802 y 1811, en los facticios RB, MAP/14, MAP/55 y MAP/61.

49. Cfr. RB, MAP/456 (2-10), son diez, de 1618 a 1643, algunas no son de él, como la de 1643, de Joan Blaeu, y otras pocas son de Colom.



Fig. 12. Lucas de Quirós, *Description Corographica de las provincias del Piru Chile nuevo Reyno i tierra firme...*, 1618, RB, Sign. ARCH1/CART/46 (2), Madrid, Patrimonio Nacional.

XVII desde que Willem Jansz. Blaeu las popularizara hacia 1600 y que se aprecian en cuadros de interior, por ejemplo de Vermeer. En la misma sala, en planeras especiales bajo llave, se hallan las trazas originales del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, con los planos y vistas del mismo, pero que fueron objeto de proyecto de catalogación propio y específico, dada la entidad única de dichas piezas⁵⁰. Otro grupo numeroso de representaciones son las agrupadas bajo las signaturas ARCH1/CART/, ARCH2/CART/, ARCH3/CAJ/ y ARCH4/CART/, grandes hojas sueltas con materiales desde el siglo XVII, aunque la mayoría son del XIX. Muchas hojas son del *Topográfico de España* 1:50.000, pero hay no pocas representaciones manuscritas que aquí se recogen. A lo largo de las salas históricas, de la III a la X —sigue la numeración en romanos en otras salas—, hallamos muchos libros de historia militar, tratados de fortificaciones y de cosmografía o libros de viajes incorporados en el proyecto de catalogación por contener representaciones de entidad cartográfica y no de ilustración, y también atlas propiamente dichos. En la cámara de seguridad hay algunas representaciones, no muchas pero de relieve, como, por ejemplo, las contenidas en el *Trujillo del Perú*, obra emblemática de la Real Biblioteca (II/343-351) o alguna en las *Fiestas Reales* de Carlo Broschi (II/1412). Son notables las tres, de mano, procedentes de la *Noticia general de las provincias del Pirú* de Francisco López de Caravantes, del siglo XVII, que no se hallan en la cámara junto a los manuscritos (II/1632-1635) sino que de antiguo se separaron y están hoy en ARCH1/CART/46 (1-3). Son de Lucas de Quirós, al menos el plano de población de El Callao (Perú), de 1631, y el mapa general de América del Sur, fechado en Lima en 1618, ambas sobre pergamino en colores muy vivos (figuras 12 y 13). La otra pieza es una vista a plumilla de Potosí (Bolivia), de 1633. También hay otras representaciones singulares, asimismo relativas a América, dentro de este

50. A raíz de su restauración, se catalogaron, describiéndose y comentándose las piezas en M. L. López-Vidriero (dir.), *Las trazas de Juan de Herrera y sus seguidores*, Patrimonio Nacional-Fundación Marcelino Botín, Madrid-Santander, 2001.

51. El tercer Conde de Torrepalma y cuarto Marqués de los Trujillos, don Alonso Verdugo y Castilla Ursua (1706-1767), fue un bibliófilo distinguido que en Granada tenía una academia, llamada del Trípode, muy activa en los años cuarenta. Fue diplomático e individuo de número de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia. [6].



Fig. 13. Lucas de Quirós, *Description Corographica de las provincias del Piru Chile nuevo Reyno i tierra firme...*, detalle, 1618, RB, Sign. ARCH1/CART/46 (2), Madrid, Patrimonio Nacional.

Catálogo de cartografía manuscrita, como los mapas y plano contenidos en la *Historia General y Natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo, presentes en los manuscritos II/3041-3042, en copia temprana del siglo XVI que fue del Conde de Torrepalma⁵¹. No tienen el detalle y belleza de los mapas de la colección Ayala pero sí alto valor documental⁵². Muchas de las piezas manuscritas, por tanto, están relacionadas con el continente americano, la mayoría dieciochescas (figura 14), aunque también hay planos de fortificaciones europeas del siglo XVII (figura 15). Todos los manuscritos estaban antaño en la sala II, de ahí que hoy en día conserven la signatura II/ pese a que ya no se encuentren

52. En RB, II/3041, hay dos mapas, uno de la laguna de Maracaibo y otro de la desembocadura y curso bajo del Orinoco; y en II/3042 un plano del palacio de un cacique.



allí. Obviamente, de los volúmenes de manuscritos han salido gran cantidad de representaciones cartográficas. De algunos incunables y postincunables, varios significativos y en la cámara, también se ha hecho registro cartográfico por contener vistas de ciudades, caso de varias ediciones de la *Peregrinatio in Terram Sanctam*, de Bernardus de Breidenbach⁵³, y de Pietro Martyr d'Anghiera en la edición sevillana de 1511 de sus *Opera*, en I/B/30 (1), o del célebre *Liber chronicarum* de Hartmann Schedel, según la edición de Núremberg, 1493, en I/15, éste fuera de la cámara. Tal vez la pieza más conocida por los estudiosos de la cartografía, de las de la cámara, sea el llamado *Atlas Náutico del Mundo*, de Joan Riczo o Riezo de Oliva, ejecutado en 1580 en Nápoles, y con 17 representaciones (figuras 16 y 17). Hay encuadernadas, en el mismo volumen (II/1271), dos cartas de Baldasar da Maiolo Vesconte, que son de 1588. Se hizo una edición facsímil muy fiel en 1987, con volumen de estudio⁵⁴. Desde finales del siglo XIX es conocido pues, además de venir en el Fernández Duro —en sus *Disquisiciones Náuticas*, vol. VI, de 1881, ya se ocupa en p. 561—, estuvo presente en la Exposición Histórico-Europea de Madrid (1892-1893) junto con el López de Caravantes. Procede de la biblioteca del Conde de Gondomar, como muchas otras piezas singulares de la Real Biblioteca, pero en lo cartográfico es la más notable con esta procedencia, y podemos afirmar que del total de piezas cartográficas. Se halla en II/2619, índice de la biblioteca del Conde, con esta entrada: «Mapa y descripción de las islas de Levante. Mapa-Mundo en vitela fina con varios colores», en fol. 162.

En efecto, con procedencia gondomariense hay piezas distinguidas, que se encuentran asimismo en los índices de dicha biblioteca conservados en la Real Biblioteca. Don Diego Sarmiento de Acuña, embajador varias veces en Gran Bretaña, en la Corte de Jacobo I, era bibliófilo y apasionado guardador de todo tipo de correspondencia y papeles que acumuló en Valladolid, en la llamada Casa del Sol⁵⁵. Aparte del alto número de impresos, entre los que se hallaban los atlas más reputados, la librería era célebre por su cantidad de manuscritos, muchos de valor inapreciable para la historia literaria hispana y entre los que asimismo había material cartográfico⁵⁶. A fines del siglo XVIII sus herederos vendieron la rica biblioteca a Carlos IV y con este motivo ingresó finalmente en la Real Biblioteca en 1806, aunque no fue pagada hasta tiempos de Fernando VII⁵⁷. Hay un *Índice* de 1623 de la biblioteca gondomariense en la Biblioteca Nacional (Mss. 13593-13594), pero en la Real Biblioteca hay otros posteriores, como II/2618-2619. El primero es un índice topográfico de 1769 y vemos cómo se organizaba el material cartográfico en sus salas. Todos los volúmenes llevan a mano la localización de sala, estante y cajón de mano de Diego de Arratia, un bibliotecario dieciochesco, pero por ese índice podemos apreciar una ubicación panorámica. Así, en la sala 1ª, estante 6, cajones 1-2, estaban los libros de cosmografía y en el cajón 3 los de astronomía y topografía (fols. 62v-73v del índice), al igual que en los cajones 5-6. En estos dos cajones también había tratados de fortificaciones (fol. 76) y *Geografías* de Ptolomeo (fol. 81). Otra parte de tratados de cosmografía y de la esfera, astronomía y arquitectura militar, se hallaban en la

53. Mainz, 1486, en RB, I/179; Lyon, 1489-90, en RB, I/180; y Zaragoza, 1498, en RB, I/181.

54. Cfr. RB, XVII-XXII/34, y volumen de estudio en XVII-XXII/35. [●].

55. Véase E. Fernández de Córdoba, *La Casa del Sol del Conde de Gondomar en Valladolid*, Ayuntamiento de Valladolid, [Valladolid], 2004. En general, C. Manso Porto, *Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar (1567-1626): erudito, mecenas, bibliófilo*, Xunta de Galicia, [Santiago de Compostela], 1996.

56. Véase P. Andrés Escapa y J. L. Rodríguez Montederramo, «Manuscritos y saberes en la librería del Conde de Gondomar», en *El Libro Antiguo Español. Tomo IV. Coleccionismo y Bibliotecas (siglos XV-XVIII)*, Universidad de Salamanca-Patrimonio Nacional-Sociedad Española de Historia del Libro, Salamanca, 1998, pp. 13-81.



Fig. 14. Antonio de Arévalo, Mapa general del Golfo del Darién o de Vrabá..., 1761, RB, Sign. II/2818, Madrid, Patrimonio Nacional.

sala 3ª, estante 13, cajón 1º (fols. 433v-439). En el cajón 3º de ese estante 13 se ubicaban libros de grabados en gran formato y de mapas, como la *Descripción del Reyno de Sicilia...* (MAP/350, en fol. 440), en fol. 441 el *Ptolomeo* de Colonia, 1584 (V/1307). En los cajones 4-7 hay diversos libros «de mapas y pinturas» o «de mapas y láminas», incluyendo la serie americana de Theodore de Bry (I/B/249-250, que son dos partes en la edición de Fráncfort, 1590 y 1599). En el cajón 6 los Ortelius en español (fols. 448v-449). Algún atlas comprado sin duda en Inglaterra aparece, como el de John Speed, *Theatrum Imperii Magnae Britanniae* (Ámsterdam, 1616, en V/904), que es un ejemplo de cómo se describen las piezas: «Theatro del Reyno de Bretaña con la explicación en ynglés impreso en Londres en sesenta y siete mapas negras en papel de marca tomo en folio grande y pasta» (fol. 449). Sigue el *Atlas Mercator* de Ámsterdam, 1616, hoy en MAP/340, en el cajón 7, estante 14; hay siete cajones más en ese estante con más libros de cosmografía y arquitectura militar, aunque ya no específicamente con atlas o mapas. El índice II/2619 recoge las mismas piezas, como los Ortelius (en fol. 19v son los hoy VIII/368, V/1552 y 1553), los Ptolomeos (en fol. 45v los hoy VI/282, VI/2540 y VI/3017), las *Civitates Orbis Terrarum* (en fol. 57, MAP/406-411), en el fol. 69v el Speed mencionado pero en edición inglesa (Londres, 1611 en MAP/441) junto a otra pieza muy notable que asimismo

57. Véanse I. Michael y J.A. Ahijado, «La Casa del Sol: la biblioteca del Conde de Gondomar en 1619-1623 y su dispersión en 1806», en *El Libro Antiguo Español. Tomo III. El libro en Palacio y otros estudios bibliográficos*, Universidad de Salamanca-Patrimonio Nacional-Sociedad Española de Historia del Libro, Salamanca, 1996, pp. 185-200; E. Fernández de Córdoba, «Noticias sobre la venta de la librería del conde de Gondomar al rey Carlos IV y su traslado al Palacio Nuevo de Madrid», *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*, n° 24, 1999, pp. 309-328. [●].



58. Se trata de RB, MAP/416 (1-53), son planos de fortificaciones de ciudades italianas, francesas y de los Países Bajos, de mano de Pierre le Poivre, Giovan Maria Olgiato, Giacomo Gastaldi y otros cartógrafos italianos. F. Bouza lo comentó en *Avisos. Noticias de la Real Biblioteca*, n° 5, 1996.

59. Abraham Ortelius fue designado en 1575 geógrafo real de Felipe II y publicó con el nombre de *Theatrum orbis terrarum* la primera obra calificada propiamente de atlas, a la que dio dicho nombre a instancias de su amigo Mercator. Las sucesivas ediciones fueron incorporando novedades. [●].

60. Véase *Succinta methodus mappae geographicas explosis consuetis hactenus erroribus construendi...*, Tubingae, ... typis Joachimi Heineii, 1674, RB, I/D/126.

trajo de Inglaterra Sarmiento de Acuña, la *Descriptio angliae...* de Saxton y que contiene a continuación el itinerario de la Gran Armada que realizó Adams (IX/7223), en un ejemplar iluminado de modo primoroso. A veces falta el frontispicio en color con la imagen sedente de la reina Isabel, pero este ejemplar lo conserva. Otros atlas ingleses de la Real Biblioteca, del siglo XVII, también tienen sin duda esta procedencia gondomariense e inglesa, como la *Britannia* de Camdem, de 1607, completo en VI/20. En los fols. 69v-70, hay «volúmenes de mapas sin colorear», muy probablemente los Lafreris, Camocios y Gastaldis, uno con 81 mapas, otro con 161, otro con 98, otro con 158. Tras recoger un par de Mercator en fols. 98 y 98v (hoy MAP/349 y VII/2375), se señala un cuerpo de «Diseños de algunos castillos y fortalezas y otras cosas semejantes», en fol. 155v, que bien puede ser el que perteneció al cardenal Granvela, dado a conocer por Bouza⁵⁸. En francés también tuvo Gondomar piezas sobre navegación, caso de la *Instruction nouvelle des poincts... touchant l'art de naviger*, de Michel Coignet (Amberes, 1581, IX/1574), en fol. 159v, o de una edición del *Arte de navegar* de Pedro de Medina, la de Lyon de 1554 (en fol. 188, VIII/332). Y otras obras como la *Cosmographie universelle* de Sebastián Munster (Basilea, 1568, VIII/1593 en fol. 208v) o tratados de fortificaciones como el de Jacques Pret (Fráncfort, 1602, IV/57 en fol. 209v), que aparecen junto a otras en italiano, caso de la *L'isole piu famose del mondo* (Venecia, 1604, V/1815 en fol. 217v, y la de 1576 en VII/150).

En total, hay unas seiscientas piezas que son atlas y que tienen diversa procedencia. Una colección en la que abundan los grandes atlas de los siglos XVI al XVIII es la de Mayans y Siscar, caracterizados por llevar con frecuencia entre sus hojas una planta, disecada, de edelweiss, por lo que es fácil deducir que los encargaba a Centroeuropa a colegas eruditos. Hallamos de él nada menos que cuatro Ortelius⁵⁹ impresos entre 1573 y 1684 (MAP/413, V/1546, XIX/4290 y VIII/3483), un volumen de las *Civitates...* (MAP/411bis), Ptolomeos (de 1574, V/1947, y de 1541, V/1308) o el *Nuevo Atlas* de Joannes Janssonius, obra de especial relieve cartográfico, impresa en 1653 en Ámsterdam (MAP/460-463). Estos ejemplares llevan, como es habitual, su sello en tinta negra con las dos «G» enfrentadas sobre la «M». De esta rica colección la Real Biblioteca cuenta con medio millar de volúmenes y la totalidad de la misma debió de ser enorme, pues nos hemos encontrado el característico sello en volúmenes de bibliotecas muy diversas, como la del Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Don Gregorio Mayans (1699-1781) no sólo estaba interesado en la cartografía como instrumento en sí misma sino en el levantamiento y construcción de las representaciones, a tenor de determinados libros suyos, como el de Wilhelm Shickard (figuras 18 y 19)⁶⁰. También en tratados de cosmografía, como atestigua el de Joannis Honter de 1546 (I/C/277bis). Hay otras piezas de procedencia dieciochesca, alguna singular, como el *Atlas Russicus*, de 1745, regalo de la Academia Imperial de Ciencias de Rusia a Monsieur Titon du Tillet, en mayo de 1759, y que ostenta en plano anterior la cifra real de la Emperatriz Isabel I; y en el posterior, el emblema heráldico de la Casa Imperial rusa (MAP/429). En efecto, algunas piezas tienen excelentes

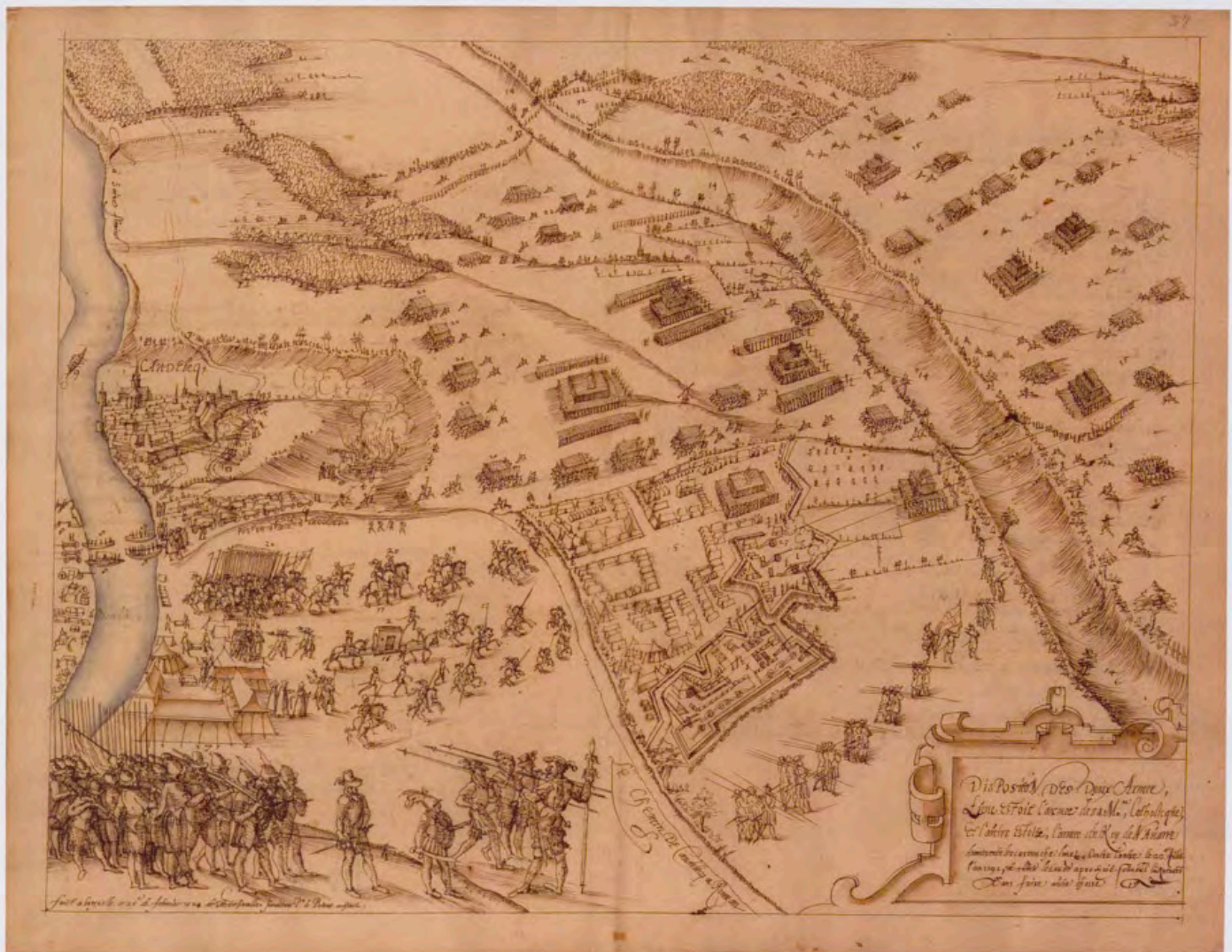


Fig. 15. Pierre le Poivre, *Disposition des deux Armées...*, 1614, RB, Sign. II/523, Madrid, Patrimonio Nacional.

encuadraciones dieciochescas, como el MAP/643, firmada por Padeloup, o las alegóricas de Pascual Carsí y Vidal para la Dirección de Hidrografía y sus atlas, con anclas y peces en ángulos y lomerías, caso de MAP/428 (1-16). En la colección libraria que fue del Conde de Mansilla, Manuel Antonio de Campuzano y Peralta, hay muchos de historia militar, libros de viajes o tratados de fortificación que se han incorporado al proyecto de catalogación al tener mapas, pero hay pocos atlas o piezas cartográficas clásicamente entendidas por tales. Por último, un grupo interesante de piezas son las que no tienen un valor cartográfico singular, pero sí por ser material escolar con que Infantes o Príncipes de Asturias aprendieron nociones elementales de geografía. Son pequeños atlas escolares, como los PAS/3601-3602, que llevan en la hoja de guarda la firma del Infante Don Jaime de Borbón y Battenberg, o ARM29/209-210 y 225-226, un *Atlas de Geografía Universal* de 1921 en las dos primeras signaturas y, en el segundo caso, el *The school geography and atlas* de George Carter (ca. 1920), con las firmas de Beatriz de Borbón y Battenberg y su hermana María Cristina, que firma Crista.



Fig. 16. Mapamundi, en Joan Riczo Oliva, Atlas Náutico del Mundo, carta 4, 1580, RB, Sign. II/1271, Madrid, Patrimonio Nacional.

LA CATALOGACIÓN DE MATERIAL CARTOGRÁFICO EN LA REAL BIBLIOTECA

Desde principios de los años noventa, y en relación a la catalogación, hay conciencia en España, desde ámbitos biblioteconómicos custodios de colecciones especiales, de la necesidad de abordar una correcta descripción de los fondos cartográficos, hasta entonces objeto por lo general de criterios descriptivos someros, en un nivel 1 en su mayor parte. De ahí la publicación en 1993 de la *Descripción Bibliográfica Internacional Normalizada para Material Cartográfico* (ANABAD/Arco Libros, Madrid). La realidad asimilada de que la descripción documental de la cartografía antigua entrañaba dificultades específicas a causa de cuestiones normativas, de incorporación de determinados datos en el registro o de indización, hizo que se hicieran aportaciones concretas por parte de especialistas para intentar solventar estas dificultades. Cabe recordarse el artículo de Jiménez Pelayo: «La descripción documental del fondo cartográfico antiguo: análisis de los aspectos conflictivos», publicado en 1996, o la ponencia de un grupo de miembros del Instituto de Economía y Geografía del CSIC en las VI Jornadas Españolas de Documentación (1998), titulada «Nuevos modelos descriptivos de materiales cartográficos»⁶¹. En este sentido de mayor clarificación en los criterios descriptivos de catalogación, fue una útil aportación la de

61. El primer artículo apareció en la *Revista Española de Documentación Científica*, vol. 19, n° 2, 1996, pp. 131-149. [61].



Fig. 17. Mapamundi, en Joan Riczo Oliva, Atlas Náutico del Mundo, detalle de carta 4, 1580, RB, Sign. II/1271, Madrid, Patrimonio Nacional.

Carmen Líte Mayayo y Carmen García Calatayud⁶², *Materiales Cartográficos: Manual de catalogación* (Arco Libros, Madrid, 1999), complementada con la aproximación a determinadas cuestiones, más en profundidad, de Jiménez Pelayo y otros en *La documentación cartográfica: tratamiento, gestión y uso* (Universidad de Huelva, Huelva, 2001).

Paralelamente a esta preocupación, en la Real Biblioteca se desarrollaron durante la década de los noventa diversos proyectos de catalogación en ISBD (CM), adaptados al formato Ibermarc para Absys y con lenguaje de marcas XML, alguno de los cuales ha merecido acercamientos por su ambición y resultados, como el de la correspondencia del I Conde de Gondomar, don Diego Sarmiento de Acuña, cuyas 18.000 cartas, aproximadamente, tienen registro propio en red, accesible a través de Ibis⁶³, la base de datos de la Real Biblioteca. Tras la conclusión de esos proyectos se decidió iniciar otros⁶⁴, de modo que se ha ejecutado el proyecto de catalogación de material cartográfico en formato MARC21 para Millenium, en la

62. García Calatayud realizó una aportación propia, «Material cartográfico», en el volumen colectivo coordinado por C. Díez Carrera, *Los materiales especiales en las bibliotecas*, Trea, Gijón, 1998.

63. Véase M. Somers, *Online platform for future studies of correspondance from the Conde de Gondomar: user manual*, s.l., ca. 2000.

64. Véase «Cartografía e Investigación en la Real Biblioteca», *Avisos. Noticias de la Real Biblioteca*, n° 28, 2002.



plataforma de catalogación Guicat, que permite visualizar todo el registro bibliográfico en vez de campo a campo de descripción, como ocurría en Absys, y que asimismo permite tener registros en paralelo. Con tres ámbitos de descripción, registro bibliográfico, de ejemplar y de autoridades, se garantiza una descripción completa. En el bibliográfico se han incorporado a los registros campos específicos del material cartográfico, como el 255 de escala, el 507 de nota a la escala, el 522 de nota sumaria (resumen cartográfico de contenido), el 593 de elementos cartográficos presentes en el documento, así, tipología de representación de relieve (por montes de perfil y por sombreado, por normales o por curvas de nivel), graduación de márgenes, puntos de orientación, flecha de orientación, nudos o rosas con tantos rumbos prolongados o sin prolongar orientados al Norte con lis o flecha, si hay sondas batimétricas, veriles o bancos de arena en caso de cartas náuticas, línea equinoccial o de los Trópicos, etc. El campo 651 de lugar-materia menciona el espacio geográfico representado y la tipología aceptada de |vmapa o plano (el umbral de escala 1:20.000 delimita si es mapa o plano), y si son cartas náuticas o vistas/vistas de ciudades van en un 650 por materia seguido de |zlugar, al no contemplarse como subcampos en catalogación. Según la tendencia actual existente desde fines de los años noventa, no se ha empleado en el registro bibliográfico en pantalla, en este campo 651, el subcampo de siglo tras la mención de materia, en consonancia con los registros de otros grandes centros. En pantalla, la localización temporal se define por el campo 130 y el 260 de mención de edición o ejecución en caso de las piezas manuscritas. En cualquier caso, en pantalla se pueden hacer búsquedas acotando períodos temporales. Los volúmenes impresos, caso de los atlas, se encabezan por el 100 de autoridad y no llevan 130 ni 255, específicos de las hojas sueltas, rollos, esferas, y mapas o planos plegados y de las representaciones manuscritas, catalogadas una a una por ser piezas únicas, pese a que en alguna ocasión formaran volumen. Los atlas impresos se han catalogado igual que cualquier otro volumen impreso, pero se recoge el resto de campos cartográficos. Así, el 507 de mención de escala predominante —sin indicación de la misma, al ser a menudo diversas las escalas por ser diversas las representaciones— o de escalas presentes, hasta seis (si son más se indica «E varias»), y luego los pertinentes 522, 593 y los 650 o 651. En el caso de la cartografía manuscrita son muy escasos los registros no encabezados por el 130 respectivo y sí por el 100, en cosmografías que tienen representaciones u obra homogénea con texto explicativo.

Con respecto al criterio geográfico para el campo de encabezamiento se contempla la mención de país actual; y en el caso de realidades naturales como ríos, golfos, lagos, etc., se alude al río o golfo en cuestión, sin mención del país o territorio vario, por abarcarse con frecuencia más de uno en la representación, en aras de una mayor asepsia descriptiva, si bien el territorio colindante al fenómeno natural se recoge en el 651 respectivo. Las capitales de países van directas, sin indicación de los mismos, por considerarse redundante la inclusión de nación. Los registros de naturaleza militar por representar batallas o sitios de ciudades llevan el subcampo genérico de «Historia militar» y una nota sumaria de 520 sobre la representación, donde se detalla la guerra o campaña militar a la que pertenece. Aparte de los atlas, se ha incorporado así al proyecto, como decimos, la catalogación de volúmenes

WILHELMI SCHICKARDI
LINGUARUM ORIENTALIUM ET MATHE-
SEOS QUONDAM IN ACADEMIA TUBIN-
GENSI PROFESSORIS CELEBER-

RIMI

SUCCINCTA METHODUS
MAPPAS GEO-
GRAPHICAS,
EXPLOSIS CONSUETIS HACTE-
NUS ERRORIBUS, CONSTRUENDI,

*Monstrans etiam Compendia quaedam antea non visa, elevationem
Poli facillimè, satis tamen accuratè inveniendi.*

Emendationis primus est gradus
errorem detexisse.



TUBINGÆ,
Impensis JOHANN-GEORGH COTTE.
Typis JOACHIMI HEINII
ANNO M. DC. LXXIV.

Fig. 18. Wilhelm Schickard, Succinta methodus mappas geographicas..., portada, 1674, RB, Sign. I/D/126, Madrid, Patrimonio Nacional.



impresos con mapas y planos de batallas, sitios o evolución de guerras, por poseer esas representaciones entidad cartográfica y no tener significado de mera ilustración, aunque sean escasas; también los tratados de fortificaciones, por contener a menudo la planta de fortificaciones concretas. Un volumen sobre determinada guerra o campaña que cuenta con un número digno de representaciones es en realidad, entendemos, un atlas militar, aunque no figure la palabra «atlas» en el título. Tratados de cosmografía con representaciones de la Tierra u otros cuerpos celestes los hemos contemplado, caso de los Apianos, Munster, Pomponios Melas, y otros. Con respecto a la Antigüedad, del mismo modo se han incluido las *Geografías* de Estrabón y otras con representaciones, al igual que las geografías bíblicas, muchas veces verdaderos atlas. El mismo criterio se ha tenido con los libros de viajes que, además de descripciones geográficas, contenían mapas, planos o cartas náuticas de viajes terrestres o travesías por los océanos y cuya presencia en el volumen tiene asimismo entidad cartográfica y no de ilustración, y se comenta a menudo en el texto dicha cartografía.

También hay obras de carácter descriptivo con multitud de representaciones, son también en la práctica atlas, aunque no figurara tal palabra en el título. Es el caso, por ejemplo, de *Lo stato presente di tutti i Paesi, e popoli del mondo naturale...*, de Thomas Salmon, con 27 volúmenes que contienen 272 hojas de mapas, planos y vistas, además de otras 332 hojas de grabados calcográficos. Por ello el campo 300 se inicia «1 atlas (27 v.:...)» y lleva el 655 de materia-forma: «Atlas», además del resto de campos cartográficos. En todos los registros de volúmenes, atlas o no atlas, se distingue en el 300 el número de representaciones cartográficas y su naturaleza (mapas, planos o vistas) y el de grabados, y si son calcográficos, xilográficos, litográficos o lo que corresponda, en este caso con las abreviaturas aceptadas, «grab., calc.», «grab., xil.», añadiéndose «col.» si están coloreados. En cambio, no se ha considerado material cartográfico y objeto de descripción historias de Francia o de cualquier nación que lleven mapas, pues esas representaciones sirven como ilustración del texto, que es puramente histórico. En los volúmenes facticios, cuando parte representativa del mismo sea de material cartográfico, se hace un registro-fuente del contenido del volumen y también registro propio de la representación. Pero en la mayoría de los volúmenes manuscritos las representaciones no ocupan la totalidad del volumen y son más bien escasas en él, por lo que entonces no se ofrece registro-fuente, de ahí que hallemos pocos en la base de datos. Con relación a impresos, nos hemos encontrado con obras en varios volúmenes, de texto, y cuyo último cuerpo es un atlas de la obra. Entonces se ha optado por dejar tal cual el registro bibliográfico existente o por crear uno nuevo sin criterio cartográfico, pero en el registro de ejemplar se indica la signatura de dicho atlas y se ha descrito el ejemplar en un registro bibliográfico propio del atlas, con sus campos cartográficos, para darle a ese volumen la significación que tiene de material cartográfico, vinculándole con el primer registro bibliográfico en forma analítica, con un 773, sin registro de ejemplar.

En relación con los otros campos no cartográficos y habituales en cualquier descripción bibliográfica automatizada, se ha incidido especialmente, como señalamos atrás, en los campos 599 de ilustración, por la riqueza visual de muchas piezas y, aparte de recogerse los elementos ornamentales propios (cartelas, filacterias, animales,

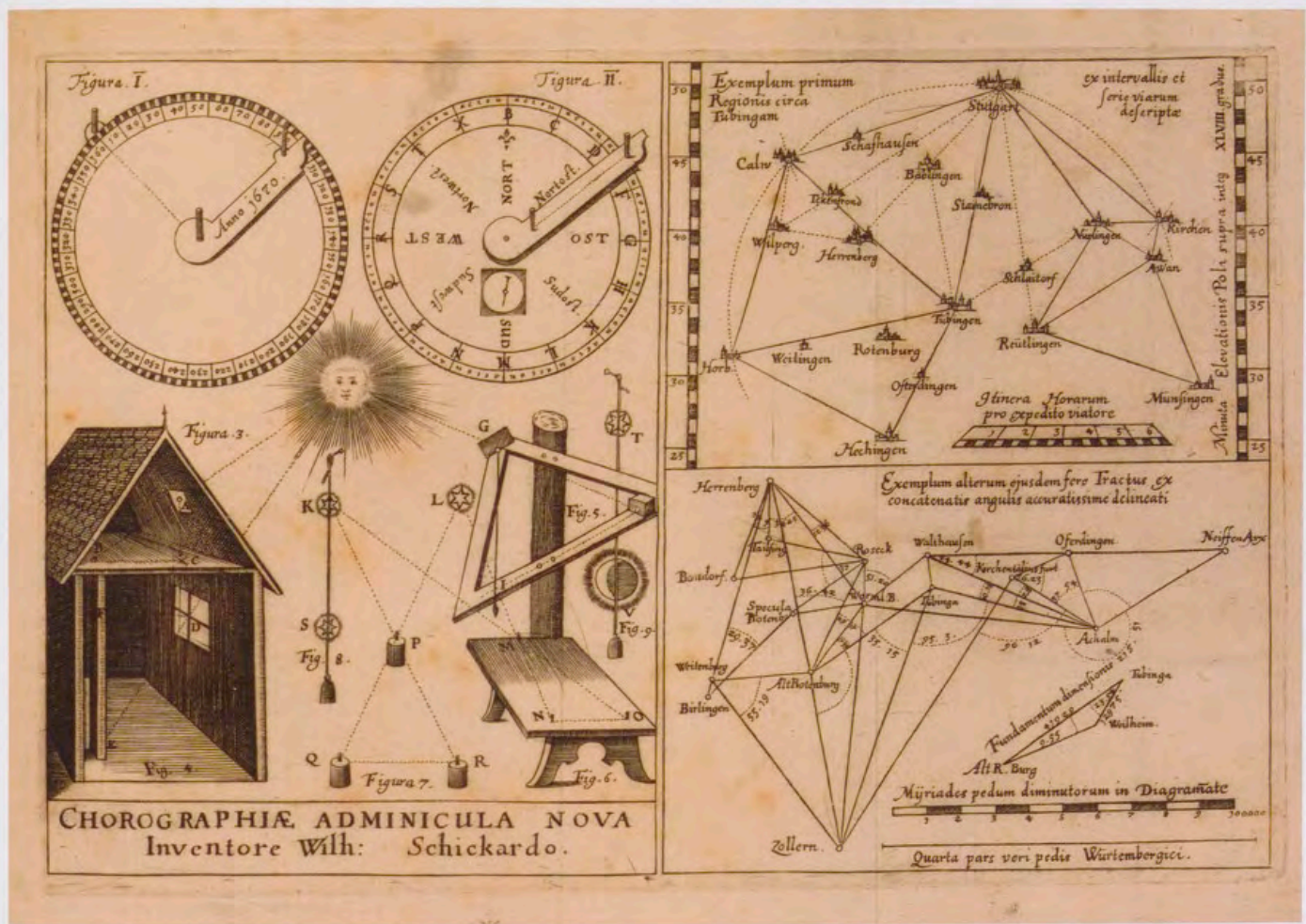


Fig. 19. Wilhelm Schickard, Succinta methodus mappas geographicas..., hoja de grabado, 1674, RB, Sign. I/D/126, Madrid, Patrimonio Nacional.

tipos naturales...), se ha hecho hincapié en los campos 700 de mención de grabador, dibujante o ilustrador, y asimismo en recoger la ilustración de barcos si la lleva. Es política de la Real Biblioteca prestar señalada atención descriptiva al ejemplar, ya sea encuadernación, estado de la pieza si ha tenido restauraciones, presenta manchas o roturas, a su procedencia, si se sabe, y a cualquier elemento relativo a la pieza digno de describirse. El registro de ejemplar tiene un campo común a estas informaciones, el de «Datos de ejemplar», y luego permite adscribir dichos datos a otros campos específicos de poseedor, encuadernador o antiguas firmas, de este modo el investigador puede desde Ibis hacer búsquedas por poseedor o encuadernador, realidad no habitual en los grandes centros de investigación. Con relación a lo que se indica, desde hace unos años la encuadernación es objeto de alto interés descriptivo por la riqueza ligatoria propia de la Real Biblioteca, el más importante centro de España al efecto para los siglos XVIII y XIX, por la categoría y estado de conservación de sus piezas, por lo que se ha creado una base de datos de encuadernaciones y otra base de exlibris, de poseedores, que se van acrecentando, la última cuenta con más de mil poseedores. Millenium supone la catalogación instantánea de registro y su presencia en red, por lo que nada más cerrar el nuevo registro lo encontramos en Ibis, en una progresión agradecida del proyecto de catalogación, el cual se ha querido difundir desde estas páginas, pues la significación de la Colección cartográfica palatina lo merece.

EL ESCAPARATE

Ostentación y devoción en el Madrid barroco (1630-1730)

Amaya Morera Villuendas

Investigadora

Las artes decorativas empiezan a suscitar un gran interés dentro de la historiografía actual como referente de la sociedad que consume dichos objetos suntuarios. Dentro de ellos, cobra especial relevancia el mueble, en tanto que permite profundizar sobre aspectos básicos de la evolución del hombre, en línea con lo que sostiene Deleito Piñuela, para quien lo más característico de la historia de cualquier país es «lo íntimo, lo cotidiano, lo que forma la existencia habitual para el montón anónimo de hombres y mujeres»¹. Si esta cita se completa con la opinión de Dagognet que sostiene que «cualquier objeto encierra una cultura»², no sólo se tomará conciencia de la importancia que adquiere el mueble como método de conocimiento de una época y de las sucesivas etapas que conforman la historia de un país, sino que, como en el caso del escaparate, y por lo que llegó a significar dicha categoría en España, puede comprenderse que un mueble transmita el sentir de toda una época que, en lo que aquí incumbe, se resume en el peculiar entendimiento de la vida que, desde su privilegiada posición real, trasladaron los Austrias menores a la sociedad del siglo XVII.

ORIGEN DE UNA TIPOLOGÍA

Hablamos de un mueble de aparato de diferentes formas y tamaños que presenta, por lo menos, una de sus caras acristalada o, cuando menos, enrejada, destinado a contener objetos decorativos o imágenes religiosas.

No parece a primera vista excesivamente emblemático como para ser objeto de un estudio pormenorizado y, acaso menos todavía, para considerarlo una «elección cultural», pero, sin embargo, se trata de una tipología muy valorada en el siglo XVII en el que nace y se consolida porque es, posiblemente, el mueble que con mayor fidelidad refleja el modo de vida barroco y la transición doméstica que se produce tras la muerte de Carlos II. Su especial atractivo deriva de representar por sí mismo a la sociedad que lo utiliza, hasta el punto de que su gloria y esplendor decaen cuando la Casa de Austria, que lo encumbró, da paso a la Casa de Borbón, que no lo llegó a apreciar del todo. Y es que fue la doble utilidad de la categoría, civil y religiosa, lo que provocó su pleno desarrollo en una sociedad que perseguía por igual la suntuosidad y el fervor religioso. España —Madrid en particular—

1. J. Deleito Piñuela, *También se divierte el pueblo*, Madrid, 1988, p. 292.

2. F. Dagognet, *Éloge de l'objet. Pour une philosophie de la merchandise*, París, 1989, p. 12.



Fig. 1a. Escaparate con el interior pintado, ca. 1600-1620, 90,3 x 53,3 x 41,2 cm, Convento de Santa Isabel, Inv. n° 00630918, Madrid, Patrimonio Nacional.



3. B. Bennassar, *La España del Siglo de Oro*, Barcelona, 1982, ed. de 2004. pp. 124 y 163.

4. T. Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, México, 1974, p. 9, citado en M. L. González, «El almirante de Castilla y la nobleza castellana a fines del siglo XVII», en J. Alcalá-Zamora y E. Belenguier (coords.), *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, vol. I. Madrid, 2001, p. 341.

5. M. J. del Río Barredo, *Madrid, urbs regia. La capital ceremonial de la Monarquía católica*, Madrid, 2000, p. 154.

6. A. López Álvarez, *Poder, lujo y conflicto en la Corte de los Austrias. Coches, carrozas y sillas de mano. 1550-1700*, Madrid, 2007, p. 397.

7. A. Stanhope, *Spain under Charles the Second*, Londres, 1840, p. 18, citado en H. Kamen, *La España de Carlos II*, Leamington, 1980, ed. de 2005, pp. 305 y 330.

8. P. Fernández Navarrete, *Discurso XXXV*, en J. Vega, «Transformación del espacio doméstico en el Madrid del siglo XVIII. Del oratorio y estrado al gabinete», *Revista de dialectología y tradiciones populares*, LX, 2005, p. 169.

9. I. Accati, «Hijas omnipotentes y madres religiosas», en I. Morant (dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina. El mundo moderno*, Madrid, 2006, p. 77.

ofrece durante el siglo XVII un escenario más que apropiado para estos fines cuando, manteniéndose ajena a la realidad que vive, se convierte, en palabras de Bennassar, en una auténtica «fiesta del consumo», al tiempo que se erige en el «laboratorio en el que el nuevo catolicismo forjó sus dogmas»³.

El madrileño del siglo XVII practicaba el requerimiento de que «uno es lo que representa ser» hasta sus máximas consecuencias. Era la demostración, más que la posesión, lo que evidenciaba el rango social y la posibilidad de diferenciarse frente a iguales e inferiores. Un estatus elevado estaba marcado por lo que Veblen define como «consumo ostensible» cuando dice que «para ganar y conseguir estima de los hombres no basta con poseer riquezas y poder. La riqueza o el poder tienen que ser puestos de manifiesto, porque la estima sólo se otorga ante su evidencia»⁴. Ello se traduce en gastar en cosas que no son necesarias sino para aparentar. En el Madrid barroco hay que cuidar esos detalles, supuestamente nimios, pero necesarios para asegurar el reconocimiento de una condición a la que se tiene derecho y se acepta, por tanto, con naturalidad. Que algunos tuvieran para ello que poner censos sobre sus mayorazgos, y que otros celebraran cada ocasión con «gran manirrotura», no eran, en opinión de Del Río Barredo, «sino positivas demostraciones de la voluntad de manifestar su servicio al Rey»⁵, cuyo espacio de poder debía mostrarse como tal, según manifestara Carranza en su memorial de 1623, y diferente había «de ser el adorno público y particular de la Corte de V. M., el mayor Monarca que jamás vio el mundo»⁶, cuya actuación fue emulada por la aristocracia que imitó la forma de vida de los Reyes. Para Kamen, las auténticas extravagancias de la nobleza procedían, casi en exclusiva, de las exigencias de la etiqueta cortesana⁷, porque, ajena a la crisis en que se sumerge el Reino, e incluso a veces a la propia, derrochó en todo aquello que fomentara la apariencia externa, sin pasar por alto que parte del dispendio se dedicó al hogar, donde importan los muebles. Navarrete habla de «escritorios que sirven sólo a la perspectiva y a la correspondencia; tantos y tan variados bufetes; unos embutidos de diferentes piedras; otros de plata; otros de ébano y marfil y otras mil diferencias de madera»⁸; entre ellos se encuentra el escaparate, que fue especialmente favorecido porque permitía exteriorizar la riqueza de sus dueños en un doble aspecto: tanto por la suntuosidad de la categoría en sí misma como por la excelencia de su contenido a base de costosas «alhajas», fundamentalmente de plata, así como de otros objetos de diferente índole, que, a través de las puertas acristaladas, quedaban a la vista y envidia de cuantos lo contemplaran. Cumplía así una función primordial: incorporar la ostentación mundana a la vida doméstica, que en el siglo XVII no es sino un mero apéndice de la vida pública de sus dueños.

La doble naturaleza del escaparate nos enfrenta con el segundo factor que sustenta la sociedad española del siglo XVII y que tanto contribuyó a generar el éxito de la categoría: el comportamiento de una nación que empleó sus creencias como factor adicional de su presentación social. Convertida por Carlos V en el brazo secular de la Contrarreforma y confirmada en esta tarea por Felipe II, España se erige, a través de la Casa de Austria, en protectora de la Iglesia, celosa guardiana de las esencias cristianas emanadas de Roma. Los «Reyes de España», sostiene Accati, «son más que nunca católicos»⁹, hasta el punto de poderse hablar, según Ribot, de un «abso-



Fig. 1b. Imagen de la Virgen en el escaparate, ca. 1600-1620, 90,3 x 53,3 x 41,2 cm, Convento de Santa Isabel, Inv. n° 00630918, Madrid, Patrimonio Nacional.

lutismo confesional»¹⁰. Para Gracián, «la catolicísima Casa de Austria la ensalzó Dios para ensalzar con ella su Iglesia; la levantó Dios para muralla de la cristiandad contra la potencia otomana; la fortaleció Dios para ser martillo de los herejes; la extendió Dios por toda la redondez de la tierra para dilatar por ella su Santa Fe y Evangelio»¹¹. Se fomentó un comportamiento religioso que derivaba del «reconocimiento del catolicismo como elemento integrante de la nacionalidad española»¹², lo que conllevó un auténtico maridaje entre los postulados católicos y la vida del madrileño barroco que incorporó sus creencias al propio hogar. Es aquí donde esa sociedad precisa el escaparate devocional. Al tratarse de un mueble expositor, continuaba el propio comportamiento de la Iglesia, que «practicaba la enseñanza por medio de los ojos»¹³, por lo que, para «magnificar a Dios, imponía la obra de arte como la forma de pedagogía más explícita»¹⁴. En tanto que pieza devocional, testimoniaba la vinculación incondicional de su dueño con los postulados de Roma, que marca las

10. L. Ribot, «Felipe II y la Monarquía católica», en *Felipe II, un monarca y su época*, Cat. Expo., Madrid, 1998, p. 41.

11. B. Gracián, *El Político*, citado en A. Álvarez-Ossorio, «Virtud coronada. Carlos II y la piedad de la Casa de Austria», en P. Fernández Albadalejo, J. Martínez Millán y V. Pinto (coords.), *Política, religión e inquisición en la España Moderna*, Madrid, 1996, p. 45.

12. I. Lozón Urueña, *Madrid, Capital y Corte. Usos, costumbres y mentalidades en el siglo XVII*, Madrid, 2004, p. 247.

13. J. Sánchez Lora, *Mujeres, conventos y formas de religiosidad barroca*, Madrid, 1988, p. 367.

14. B. Bennassar, 1982, ed. de 2004, p. 229 [op. cit. n. 3].



15. J. Schrader, *La Virgen de Atocha. Los Austrias y las imágenes religiosas*, Madrid, 2006, p. 36.

16. J. Gállego, *Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro*, Madrid, 1972, p. 325.

17. F. J. Sánchez Cantón, *Inventarios Reales. Bienes Muebles que pertenecieron a Felipe II*, Madrid, 1956. Las descripciones halladas mencionan exclusivamente «cajas». [●]

18. Archivo General de Palacio (en adelante AGP), Sección Administración General, leg. 902, Guardajoyas de la Reina Margarita, 1612.

19. J. Corominas, *Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, Madrid, 1967. Corominas sitúa la incorporación de la voz «escaparate» al idioma castellano en 1616, por lo que parece lógico deducir que tarde en incorporarse al vocabulario común. Ello no significa, como se desprende de la reciente cita, que el mueble no exista con anterioridad, pero tampoco asegura desde ese momento el empleo de su correcta nomenclatura, por lo que en la documentación consultada son recurrentes las referencias a «escritorio», «estante», «armario» y hasta «caja», con un muy reiterado uso del término «urna», que, sin embargo, tras la minuciosa lectura de cada una de estas anotaciones, enfrentan al lector con lo que realmente son auténticos escaparates. [●]

20. A. González Palacios, «Un adorno vicerreale per Napoli», *Civiltà del Seicento a Napoli*, Cat. Expo., Nápoles, 1984, tomo II, p. 241.

distancias con los reformados mediante la reverencia a imágenes y objetos sagrados, en lo que Schrader ha calificado como un contexto social de «cotización inflacionista de imágenes»¹⁵. Poseer y coleccionar este mueble trasciende la mera ostentación que procuran otras tipologías para convertirse, además, en referente directo de la religiosidad de su dueño, quien, a través de esta categoría y su contenido, puede hacer público alarde de su inquebrantable sumisión a los mandatos de la Iglesia. Se rodea en su vida diaria de la imaginería religiosa que el momento requiere como principal elemento de ornamentación doméstica, valiéndose de las imágenes del escaparate para «figurar la idea de lo trascendente que existe más allá de las apariencias, pero que no cabe expresar sino por las apariencias mismas»¹⁶ (figuras 1a y 1b).

Este mueble, que nace inicialmente con una mera vocación de almacenaje, se advierte por primera vez en el inventario de bienes de Felipe II de 1600, cuando, sin embargo, todavía no puede considerarse categoría de ostentación por la ausencia de maderas nobles empleadas en su ejecución¹⁷, circunstancia que se produce entre la fecha de fallecimiento del Rey Prudente y la de su nuera, la Reina Margarita. El Guardajoyas de esta última, protocolizado en 1612¹⁸, incluye una cita de considerable interés y, además, en un doble sentido. El texto habla de «una urna cuadrada prolongada con cuatro columnas cuadradas de ébano, asidas con sus tornillos y bisagras de hierro con que se arman y con sus vidrieras y con su cornisa, por remates unas piramiditas de bronce dorado, y cuatro bolas debajo de hierro sobre que asienta, y dentro de ella dos caballos sobre pedestal de madera azul y dorado que parecía jaspe». Aunque el calificativo de «urna» pudiera confundir¹⁹, se trata de un escaparate —dotado de vidrieras— de lujosa manufactura, como demuestran su madera de revestimiento —ébano— y adicionales decoraciones —columnas de enmarque, cornisa de remate y pirámides de bronce dorado— que estimaríamos de naturaleza civil al custodiar una figura profana. Pero dicha referencia notarial no sólo ha de valorarse por su trascendencia histórica, como más que posible punto de partida de la categoría en tanto que mueble de ostentación, lo que determina su inclusión en el Guardajoyas de la Reina, sino por un singular hecho que acrecienta su importancia para la historia del mueble de España. Hasta la fecha se ha debatido mucho sobre el posible origen de la tipología. Básicamente, se ha venido planteando si este mueble nace en España o en Italia, donde también se conservan abundantes piezas de esta naturaleza. Dentro de Italia se baraja como foco de partida la ciudad de Nápoles. Y es que, como bien apunta el profesor González Palacios, Nápoles era hacia 1600 «fonte d'arte della Spagna e, in certo senso, la sua seconda capitale», y que «le due capitale non possono separarse affatto nel Seicento almeno nel campo che ci occupa, nè forse in alcun otro». La procedencia del escaparate no se ha determinado con claridad porque, hasta el momento y en palabras de González Palacios, la cuestión se ha venido considerando, cuando menos, «tutt'altro che certa», por tratarse de un mueble cuya esencia encaja en la sensibilidad de ambas capitales²⁰. Esta aseveración es incuestionable, y resulta probable que la relación que se crea históricamente entre Nápoles y Madrid haya motivado la duda de la procedencia del escaparate. Muchos lo consideran italiano atendiendo de un modo casi exclusivo al papel que ocupa Italia en la historia del arte. Los más prudentes, como González Palacios, se han limitado a plantear el interrogante, añadiendo, si acaso, su propia valoración sobre el tema.



Fig. 2. Escapanate con aplicaciones de plata, ca. 1670-1680, 31,2 x 19,2 x 14,8 cm, Monasterio de las Descalzas Reales, Inv. n° 00611435, Madrid, Patrimonio Nacional.

21. M. Riccardi-Cubitt, *Mobile da Collezione*, Londres, 1993, p. 87. Alude, por ejemplo, al *scarabatollo* que realizara Bernini (1598-1680) para la colección de Cosme III de Médicis.

22. Al respecto véanse por ejemplo J. Brown y J. H. Elliott, *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*, Madrid, 1981, y R. Mariblanca, *Historia del Buen Retiro*, Madrid, 2008.

23. Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (en adelante AHPM), 5.412, fol. 1, inventario de bienes de la Reina Isabel de Borbón, 1644: «un escaparate de palo santo con perfiles de marfil y red de cobre plateada; una caja de ébano con tres vidrieras de cristal; un escaparate armario de caoba».

24. AGP, Sección Administración General, leg. 904, relación de lo que recibió José Nieto, Aposentador de la Casa de la Reina Nuestra Señora para el servicio de Su Alteza el Señor Infante Don Fernando, 1658.

25. AGP, Sección Administración General, leg. 905, inventario del Guardajoyas de S. M., 1666; a mero título ilustrativo reproducimos algunas de las referencias halladas. [●].

26. AGP, Sección Registros, caja 246, inventario de bienes de la Reina Mariana de Austria, 1696.

27. AGP, Sección Administración General, leg. 768, expdte. 15, inventario de bienes del Palacio de El Alcázar, 1686. Detalla varios escaparates religiosos en diferentes aposentos a los que se aludirá posteriormente.

28. G. Fernández Bayton, *Testamentaria del rey Carlos II, 1701-1703*, Madrid, 1975.

29. AGP, Sección Protocolos, libro 1, inventario de bienes de la Reina María Luisa de Orleans, 1689.

30. Véanse al respecto, por ejemplo, los protocolos de la Duquesa de Béjar de 1602 (AHPM, 2.187, fol. 1.204), la Duquesa de Frías de 1608 (AHPM, 2.850, fol. 3), la Condesa de Haro de 1609 (AHPM, 1.825, fol. 381) o la Duquesa de Osuna de 1619 (AHPM, 2.664, fol. 706).

Frente a dichas opiniones, esta investigación permite concluir el carácter español del escaparate. Los pocos estudios publicados sobre la categoría que ahora se analiza se han concentrado en la documentación de la segunda mitad del siglo XVII, pero aquí se han mencionado documentos reales anteriores y se ha insistido en la importancia del Guardajoyas de la Reina Margarita de 1612, que es, en definitiva, el que resuelve la cuestión. Además de describir, con su «urna en forma de capilla», uno de los primeros escaparates de envergadura, hay que recalcar que dicho protocolo incluye la cédula de Su Majestad firmada por su real mano y refrendada por Tomás Angulo, por la que se reconoce deber 440 reales al ensamblador Benito Moreno por la manufactura de la pieza citada, en lo que se convierte en un asiento tan inédito como trascendental. Ya no se trata de constatar que la categoría se conserve en España y en Italia, sino que existe una prueba notarial de que uno de los primeros ejemplos que manejamos como incuestionable escaparate se realizó por encargo real en España y fue obra de un español. Por tanto cabe concluir que el escaparate nace y se consolida en nuestro país y, desde aquí, se lleva a Italia, donde, por otra parte, resulta indiscutible que el genio artístico italiano contribuyó a dotarlo de gran parte de la majestuosidad que lo caracterizó y donde, a finales del siglo XVII, sucumbió al barroco decorativo en una serie de piezas en las que se advierte la mano de auténticos genios, artistas que vieron en él un mueble en el que plasmar sus propuestas ornamentales²¹.

EL ESCAPARATE DURANTE EL PERÍODO DE LOS AUSTRIAS

Atendiendo pues a las fechas de fallecimiento de Felipe II y de Margarita de Austria, cabe deducir que el escaparate nace en torno a 1595-1600 para consolidarse a instancias de los sucesivos Monarcas, máxime si recordamos el entusiasmo con el que Felipe IV emprendió la realización y adquisición de obras artísticas que engalanaran sus palacios²². En el inventario *post mortem* de su primera esposa, Isabel de Borbón, de 1644 se halla una de las primeras citas en las que este mueble recibe su correcto calificativo de «escaparate»²³. En la relación de efectos del Infante Don Fernando de 1658 figura por su parte un «escaparate de caoba y perfiles de ébano»²⁴, sin que pasemos por alto el propio Guardajoyas de Felipe IV, protocolizado en 1666, donde también se plantean varias descripciones interesantes²⁵. Más significativo resulta el caso de Mariana de Austria, segunda esposa de Felipe IV, cuya relación de bienes de 1696 relata hasta veintiséis escaparates²⁶, todos ellos de exquisita manufactura y regio contenido, que parece marcar la pauta respecto del papel que se otorgó a este mueble, según se aprecia también en el inventario del Alcázar de 1686, donde proliferan estos muebles en diferentes estancias del Palacio²⁷. Carlos II continuó el gusto impuesto por sus progenitores, él se limitó a coleccionar escaparates religiosos²⁸, mientras que su primera esposa, María Luisa de Orleans, que también favoreció este mueble, parece, sin embargo, haberse decantado por su vertiente civil, atesorando dos ejemplos cuyo ostentoso contenido se detalla minuciosamente en su inventario de bienes de 1689²⁹.

Los primeros escaparates reales parecen repercutir de manera inmediata en la aristocracia, aunque los avances sean tímidos hasta 1625³⁰. Entre 1625 y 1645 se



Fig. 3. Escarapate con aplicaciones de plata, ca. 1670-1680, 35,3 x 18,7 x 14,4 cm, Monasterio de las Descalzas Reales, Inv. n° 00616175, Madrid, Patrimonio Nacional.



Fig. 4a. Escaparate del Ecce Homo, cerrado, ca. 1600-1620, 97,3 x 64,2 x 43,2 cm, Monasterio de las Descalzas Reales, Madrid, Patrimonio Nacional.



Fig. 4b. Escaparate del Ecce Homo, abierto, ca. 1600-1620, 97,3 x 64,2 x 43,2 cm, Monasterio de las Descalzas Reales, Madrid, Patrimonio Nacional.

advierte una demanda creciente de la categoría en su doble vertiente³¹, y, desde entonces, una tendencia generalizada a denominarlo de forma correcta. La Condesa de Montalbo cuenta en 1646 con dos escaparates, uno de estrado, aludiendo a su ubicación, y el segundo «viejo», de manufactura, por tanto, anterior al momento de protocolización del documento. En 1650 constatamos que la Marquesa de Taracena posee otro escaparate con remates de bronce, y en 1654 destaca la «caja de nogal dorado a modo de escaparate para un San Antonio» del Marqués de Cañete, así como «el escaparate de cedro con seis vidrieras» del Marqués de Santo Floro³². La tendencia que se viene advirtiendo se consolida, y 1655 puede considerarse el año de inflexión. El Conde de Amarante cuenta en el momento de su muerte, acaecida entonces, con siete muebles de este tipo³³. El inventario del Marqués de Leganés, también de 1655, incluye ocho referencias a escaparates³⁴. Un año más tarde se encuentran anotaciones significativas: la Condesa de Monclova tenía un escaparate; y la de Montalbo, otro muy lujoso con cerraduras y remates de plata (figuras 2 y 3). El protocolo de la Marquesa de Masibradi incluye tres fundamentales, y la Condesa de Benavente, por su parte, poseía cuatro muebles de esta naturaleza en 1656³⁵. Poco después, en 1659, pueden llegar a predominar numéricamente los escaparates entre las pertenencias de sus dueños, como acontece en el caso de la Condesa de

31. Véanse sobre el particular, a título ilustrativo, los documentos de algunos nobles. [●].

32. Inventarios de bienes: AHPM, 6.569, fol. 156, Condesa de Montalbo, 1646; AHPM, 7.834, fol. 151, Marquesa de Taracena, 1650; AHPM, 6.589, fol. 318, Marqués de Cañete, 1654; AHPM, 9.047, fol. 104, Marqués de Santo Floro, 1654.

33. AHPM, 6.771, fol. 208, inventario de bienes del Conde de Amarante, 1655.

34. AHPM, 6.267, fol. 425, inventario de bienes del Marqués de Leganés, 1655.

35. Inventarios de bienes: AHPM, 8.274, fol. 57, Marquesa de Monclova, 1656; AHPM, 6.472, fol. 342, Marquesa de Montalbo, 1656; AHPM, 6.952, fol. 489, Marquesa de Masibradi, 1656; AHPM, 6.048, fol. 572, Condesa de Benavente, 1656.



Salvatierra, cuyas «cosas de madera» se reducen prácticamente sólo a esta categoría, contando con siete de diferentes formatos y tamaños, dos de ellos realizados a juego y cinco «guarnecidos» de exóticas maderas³⁶.

El escaparate se ha puesto de moda. Se convierte en pieza destacada dentro del mobiliario de sus dueños y se generaliza en el espacio doméstico. La alternativa que ofrece como expositor de los más preciados objetos de sus dueños provoca, por su exuberancia, a los moralistas de la época, como Zabaleta, quien en 1660 lo califica como «alhaja que ni abriga ni refresca, que embaraza y que no adorna, que no es buena para empeñada sino para empeñarse; espectáculo que da vergüenza a los ojos de buen juicio»³⁷. Sus palabras indican lo extendido que estaba el escaparate por estas fechas, cuando puede llegar a ser objeto de la crítica de quien marca el decoro del buen vivir, que repudia el escaparate profano y lo que representa cuando se convierten en pieza esencial del amueblamiento de los palacios, y el número de escaparates que una persona podía llegar a acaparar se multiplica. El recién mencionado ejemplo de la Condesa de Salvatierra así lo atestigua, y se corrobora en la tasación de los bienes de la Marquesa de Montealegre de 1661³⁸, quien acumuló durante su vida un total de once muebles de esta naturaleza, entre los que resaltan, además de una pareja, un importante juego de cuatro piezas civiles; esto previene sobre la admiración y envidia que podían llegar a despertar entre los contemporáneos cuatro escaparates idénticos con interiores repletos de objetos de valor, si, como en este caso, se favorece la vertiente profana del mueble. Junto a ellos, destacan otros supuestos en los que se observa idéntico afán por poseer más y más escaparates para imitar las colecciones de la Casa Real. Muchos documentos hablan de la creciente demanda. Mencionan juegos de hasta doce unidades idénticas, la posibilidad de realizar estos muebles junto con los soportes sobre los que se sustentan, creando así una uniformidad decorativa que redundaba en la importancia del efecto ornamental que se pretende, y también del indistinto uso, civil y religioso del escaparate dentro del Palacio. Especial mención merecen las tasaciones de bienes de la Duquesa de Feria de 1679 y de la Condesa de Oñate de 1684 por cuanto que son los más cercanos a la realeza, llegan incluso a superar las Colecciones de los Monarcas que se han apuntado con anterioridad³⁹. Se sabe que Doña Ana María Fernández de Córdoba, Duquesa de Feria, poseyó dieciséis escaparates religiosos y catorce civiles. Entre éstos se distinguen, además de parejas, juegos más numerosos, en concreto uno de cuatro para libros, pero, sobre todo, uno de ocho piezas idénticas para objetos de plata, detallados de forma minuciosa en la partida de «plata labrada», indicando lo que contenía cada uno de los escaparates en el momento de la muerte de su propietaria. Doña Catalina Vélez de Guevara, Condesa de Oñate, coleccionó por su parte un total de sesenta y cuatro muebles del tipo que nos ocupa. Prácticamente todos ellos fueron escaparates: cuarenta y cinco religiosos, y diecinueve civiles con diferente contenido. Y aunque no sea tan significativo, también cabe destacar el inventario de bienes del Conde de Peñaranda de 1690, que incluye una partida específica destinada a detallar exclusivamente los escaparates que acumuló el Conde a lo largo de su vida. El mueble no se relata entre las «cosas de madera» o «cosas de ebanista», como suele ser lo habitual, sino que ocupa un epígrafe especial, no sólo

36. AHPM, 6.289, fol. 25, inventario de bienes de la Condesa de Salvatierra, 1661.

37. J. Zabaleta, *El día de fiesta por la tarde*, Madrid, 1660, ed. de 1948, p. 71.

38. AHPM, 6.295, fol. 1, tasación de los bienes de la Marquesa de Montealegre, 1661.

39. Tasaciones de bienes: AHPM, 10.902, fol. 492, Duquesa de Feria, 1679; AHPM, 11.162, fol. 1, Condesa de Oñate, 1684.

junto a éstas, sino también junto a las demás partidas que componen el «cuerpo de hacienda» del Conde⁴⁰.

El ejemplo que las clases altas ofrecían a sus inferiores, y el deseo de aparentar que preside la sociedad barroca madrileña, queda patente a través del escaparate cuando su presencia traspasa los inventarios de los más pudientes y prolifera entre las clases menos favorecidas, afanosas por emular a los privilegiados. Desde 1650-1660, cuando el escaparate se convierte en protagonista indiscutible de la moda imperante, es usual encontrarlo en inventarios y tasaciones de bienes de otros estamentos, aunque lo cierto es que su desarrollo parece generalizarse en todo el espectro social en el último tercio del siglo XVII, cuando también se encuentra entre personas de las que sólo se conoce su condición de haber sido vecinos de Madrid y cuyas escasas pertenencias no solían tener excesivo valor⁴¹.

Pero no basta con resumir las numerosas referencias inventariales halladas, porque a la recurrente presencia del escaparate en la documentación hay que añadir la valoración que se le otorgó en función de consideraciones sociales y, significativamente entonces, entendiendo la presencia del escaparate en los ambientes barrocos. Una de las principales características del siglo XVII es la estabilidad de la Corte. Madrid se convierte en el centro de actuación de la Monarquía y todos acuden a la villa para asentarse cerca de sus soberanos. Por ello, es necesario acondicionar el Palacio, dotarlo de la decoración apropiada y encontrar una ubicación fija a los muebles que proporcionen a sus dueños la necesaria comodidad en su ritmo diario. Pero más que hogar el Palacio barroco ha de cumplir una función de representatividad. El linaje, la limpieza de sangre, la situación económica, la trayectoria social e intelectual y otros diversos aspectos se expresan mediante la selección de objetos y su debida presentación, de manera que las estancias constituyen por sí mismas todo un ritual de etiqueta. Resulta indiscutible que la sociedad barroca pretende la correcta presentación de su espacio porque, en definitiva, es la primera percepción que transmite a sus visitantes. Aquí es donde cobra importancia el escaparate, pieza primordial del amueblamiento de la época y cuya ubicación es necesario entender para su plena comprensión durante el reinado de los Austrias menores.

En lo que atañe a la Casa Real, que en realidad aglutina dos casas separadas, la del Rey y la de la Reina, puesto que ambos «séquitos guardaban una severa separación que la arquitectura palacial tenía que respetar»⁴², puede decirse que hablamos de dos espacios diferenciados⁴³, pero en ambos encuentra una privilegiada ubicación el escaparate. Respecto de la Casa del Rey, y tomando como referencia el inventario del Alcázar de 1686 y la testamentaria de Carlos II de 1700, se pueden extraer ciertas conclusiones interesantes. Empezando con el primero, sus folios especifican que en el «Oratorio de la Torre del Despacho» se encontraban «tres cabezas de almas [...] en sus respectivas urnas», un escaparate «con un Santo Cristo de marfil» (figuras 4a y 4b), así como «un ecce homo en un escaparate». Hallar escaparates religiosos en un oratorio es consecuente con la propia idea de disponer de un reducto de recogimiento en Palacio. Sin embargo, no fue este su único emplazamiento. El mismo documento recoge «en la pieza donde duerme SM» otros dos escaparates, también religiosos: uno con «un Niño dormido» y otro con el «Juicio de Salomón». Si esta información se



40. AHPM, 9.859, fol. 557 (2ª foliación), inventario de bienes del Conde de Peñaranda, 1690.

41. Véanse al respecto, por ejemplo, AHPM, 11.755, fol. 658, tasación de bienes de Pedro Carlos Zoelli, 1671; AHPM, 11.814, fol. 456, recibo de dote de Antonio Camano, 1671; AHPM, 8.181, fol. 483, tasación de bienes de Manuela de Salcedo, 1679. En los tres sorprende un mobiliario muy parco, aunque todos ellos incluyen algún escaparate que, sobre todo, resulta especialmente significativo en el caso del documento de Manuela de Salcedo, donde alcanza la cotización más elevada de todos los muebles que a lo largo de su vida adquirió esta vecina de Madrid.

42. J. Sebastián, «Espacios visuales del poder femenino en la Corte de los Austrias», en I. Morant (dir.), 2006, p. 452 [op. cit. n. 9].

43. J. M. Barbeito, *El Alcázar de Madrid*, Madrid, 1992, p. 136, y A. Sánchez Rivero y A. Mariutti (eds.), *Viaje de Cosme III por España y Portugal (1668-1669)*, Madrid, 1927, p. 34.



Fig. 5a. Escarapate del Cristo yacente, cerrado, ca. 1675, 112,7 x 151,2 x 52,7 cm, Monasterio de la Encarnación, Inv. n° 00621723, Madrid, Patrimonio Nacional.

completa con la testamentaria de Carlos II de 1700, nos sumergimos en un «espacio sagrado» más que en una morada regia. El último Austria vivía rodeado de imágenes de devoción. Su inventario confirma la presencia del escarapate religioso, además de en el citado oratorio, en el Relicario, donde, por otra parte, tampoco resulta extraño que figure⁴⁴. Pero el escarapate de esta naturaleza traspasa los espacios de recogimiento de Palacio. Advertimos que en el «Despacho» de Carlos II hay «una Nuestra Señora de las Mercedes» en su escarapate. En la «Librería Alta» encontramos «una caja con un Niño». Hasta un total de trece muebles de esta categoría se relatan en el «Cuarto de SM», de los que por lo menos dos se hallaban en la habitación «donde dormía SM». Otros dos se ubicaron en la más representativa «Pieza de las Furias». El escarapate religioso se manifiesta pues en todas las habitaciones donde el Monarca pasaba largos ratos, fueran estos de trabajo, de representación, de reflexión o de esparcimiento. Así cobraban realidad las palabras de Antonio de Guevara de 1528: «cual fuera el Príncipe será su casa; cual sea su casa, será su corte; cual sea su corte, será su Imperio»⁴⁵, y Carlos II demostraba ser, más que Rey de España, Su Majestad Católica.

En lo que atañe a la Casa de la Reina, el inventario de María Luisa de Orleans de 1689 indica la situación de sus tres escarapates, dos de alhajas y uno religioso «con Nuestra Señora de la Soledad», en la «Torre del Cuarto de la Reina» o «Camarín de la Reina», es decir, en las habitaciones principales del ala femenina de Palacio. Respecto de los escarapates de Mariana de Austria, y según su relación

44. AGP, Sección Administración General, leg. 905, inventario de alhajas y otros efectos del Relicario, 1664-1700.

45. A. Álvarez-Ossorio, 1996, p. 41 [op. cit. n. 11].



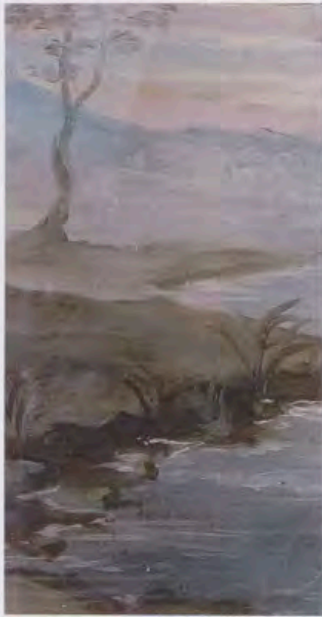
Fig. 5b. Escaparate del Cristo yacente, abierto, ca. 1675, 112,7 x 151,2 x 52,7 cm, Monasterio de la Encarnación, Inv. n° 00621723, Madrid, Patrimonio Nacional.

de 1696, de muchos sólo se sabe que estaban a cargo del Aposentador o del Tapicero. De otros tantos se concreta su ubicación. Como era de esperar, «una urna de ébano guarnecida de bronce y piedras» se halla en el «Oratorio de damas». El Ayudante del Oratorio también da cuenta de «dos escaparates de ébano, uno grande donde está Nuestra Señora de la Asunción, y otro pequeño con un Niño Jesús de plata», así como «dos cuerpos de San Celestino y otro de San Gregorio mártires en sus urnas». Pero el escaparate religioso no sólo se emplaza en el Oratorio. Ya se ha dicho respecto de María Luisa de Orleans, aunque cobra especial importancia en el caso de su suegra. En la «Pieza de la Cámara de Verano» se hallaba «un escaparate, y dentro una Rosalía de plata en el lecho». En la «Pieza de la Torre», insistiendo en la privilegiada ubicación de su nuera, consta que la Reina viuda guardaba trece escaparates, dos de los cuales se conservan en la actualidad, al haber sido el legado que la Reina hizo a los Monasterios de las Descalzas Reales y la Encarnación⁴⁶ (figuras 5a y 5b). Del número total, sólo uno era de naturaleza civil, al que podíamos añadir un segundo que se menciona en el Cargo General de Tapicería de 1701, del que se dice que «estaba en el cuarto de la Reina»⁴⁷. Así se confirma como norma que, no ya sólo la variante civil, sino también la religiosa del escaparate forma parte del amueblamiento de cualquier pieza del Palacio, sea de la Casa del Rey o de la Casa de la Reina.

La nobleza no difiere mucho de este concepto decorativo que puede abordarse desde el inventario de bienes de la Duquesa de Feria de 1679, al que ya se ha aludido antes, y que relata las diferentes estancias que componen su palacio madrileño. Se trata de un complejo entramado de habitaciones, de dimensiones desconocidas, pero que se convierte en un escenario donde el protagonista es el escaparate

46. «Una urna [...] con el remate de concha y ébano, con seis vidrios cristalinos y diferentes figuras y adornos de bronce, y dentro de la urna la efigie de talla de Santa María Magdalena de cuerpo entero, con un crucifijo en las manos [...] que es el legado que hizo la Reina Madre a Nuestra Señora Sor Mariana de Austria». Al ser su sobrina Mariana religiosa del monasterio de las Descalzas Reales, el escaparate en cuestión fue trasladado a ese Patronato Real, donde se conserva actualmente. El mismo documento añade: «una hechura de Cristo crucificado y la peana de ébano muy grande con dos jarras de lo mismo [...] que es el legado que Su Majestad que está en la Gloria hizo al Convento de la Encarnación», donde puede seguir admirándose en la actualidad (figuras 5a y 5b).

47. AGP, Sección Administración General, Furreria, leg. 917, Cargo General de Tapicería realizado por Don Felipe de Torres hasta julio de 1701 en que se jubiló.



en sus diferentes variantes. Al igual que se ha significado respecto del Alcázar, es en el Oratorio donde encuentran una lógica ubicación parte de los escaparates religiosos. Aun así, predomina numéricamente frente a otro tipo de mobiliario en los cuartos de ambos cónyuges. La Duquesa tenía en la Pieza delante de la Alcoba una «urna de San Ignacio» y «una urna de ébano violado, y dentro una Madama». En su Alcoba se halla «una urna de ébano para una Nuestra Señora de marfil»; y en el Peinador, junto a una «urna de concha y ébano, y dentro una Nuestra Señora del Rosario con el Niño», otra «urnilla de ébano, y dentro Nuestra Señora de cartón». En el Guardarropa se relacionan un total de seis escaparates, cinco religiosos y sólo uno de naturaleza civil. En los aposentos del marido se advierte una decoración similar: en la entrada del Dormitorio sólo se cuelga un gran espejo de marco «ondeado» y se sitúa una «urna de palo santo, y dentro Nuestro Señor atado a la columna». En el propio Dormitorio, «un bufetillo de ébano, en que está una urna con San Antonio». Pero el escaparate religioso amuebla asimismo las piezas de aparato de los Fernández de Córdova, simbolizando la unión del linaje con la Iglesia de Roma. Para atestiguar su catolicismo, se decora el Salón Grande con una imponente urna de ébano, «y dentro, una Nuestra Señora y una Santa Ana» y otra, «de peral, con un monte de cartón y algunas figuras con Nuestra Señora del Carmen» que, en este concreto aposento, conviven con un juego de cuatro escaparates de palo santo y una pareja de caoba, que podrían atesorar objetos diferentes de grandes dimensiones o, alternativamente, alhajas como los «ocho escaparates de ébano» que despliega la Duquesa en el Aposento del Patinejo, y de los que el inventario proporciona el correspondiente listado de «bujerías». La colección se completa con la «urna de palo santo para un Crucificado con Nuestra Señora y San Juan» que, junto a ocho espejos ochavados, dos cristalinos y cuatro escritorios de Venecia, constituyen el sobrio, pero lujoso, amueblamiento de la Galería del Salón Dorado.

En iguales términos cabría analizar las viviendas de otros grupos sociales, de los que, por lo que a la baja nobleza respecta, podría considerarse el protocolo de Gregorio Altamirano de 1679⁴⁸. El documento relaciona las posesiones de este caballero de Santiago dentro de las diferentes habitaciones que componen su hogar madrileño. Supuestamente, las visitas entrarían por la Galería Baja, la primera pieza que se relata, donde serían recibidas por un primer escaparate de naturaleza religiosa que se distingue en un aposento con bufetes y escritorios, y lo que parece ser paredes revestidas de cuadros y espejos. Dos escaparates civiles se relatan en la Pieza que sale del Dormitorio y en el Dormitorio. En la Galería Alta, igual que en la Baja, encuentran su espacio dos «escaparates de peral con vidrios cristalinos llenos de barros, cosas de porcelana y azabache». Los escaparates predominan en el amueblamiento del Dormitorio Alto de este caballero. Respecto de los religiosos cabe significar «dos urnas grandes de ébano con un ecce homo y María», «otras dos urnas iguales, algo menores, con un Niño de Pasión y un San Juanito» (figura 6), «otra urna más pequeña con un Niño», y «otras dos urnas iguales de caoba con bufetes de nogal, la una con un San Pedro, la otra con una Santa Teresa». En el mismo Dormitorio se describen «dos escaparates de caoba con sus alhajillas de plata». El último escaparate, religioso en este caso, se situó en el Salón Alto de la casa.

48. AHPM, 11.485, fol. 238, inventario de bienes de Gregorio Altamirano, caballero de Santiago, 1679.



Fig. 6. Escaparate con el interior pintado, ca. 1660-1690, 135,2 x 78,3 x 41,7 cm, Monasterio de la Encarnación, Inv. n° 00622469, Madrid, Patrimonio Nacional.

EL ESCAPARATE DURANTE EL PERÍODO DE LOS BORBONES

En el momento de mayor esplendor del escaparate fallece Carlos II y, por expreso deseo del Monarca, se encomienda la Corona de España a una dinastía diferente⁴⁹. Felipe V llega de Versalles, donde su abuelo había instaurado, a través de las manufacturas reales que él protegía, un auténtico arte monárquico que contribuyera a ensalzar su prestigio político. El Rey había recibido precisas instrucciones de su abuelo: «sed buen español, ese es ahora vuestro primer deber; no parezcáis sorprendido por las extrañas apariencias que encontréis, ni os burléis en absoluto de ellas»⁵⁰. Sin embargo, ni a Felipe V ni a su primera esposa le gustaron nuestras tradiciones. Los dos pilares de la sociedad barroca, esa ostentación y devoción de las que se ha hablado, se ven afectados de forma diferente con la llegada de los Borbones.

Respecto del lujo, no puede decirse que la debilitada situación económica de España determine un comportamiento menos dispendioso por parte de los más pudientes. El propio Felipe V se ha criado, según Bottineau, «en el convencimiento de que Dios quería que la corte de los reyes fuera deslumbrante y magnífica»⁵¹.

49. R. García Cárcel, *Felipe V y los españoles*, Barcelona, 2002, p. 70.

50. M. A. Allo Manero, «El canto del cisne del barroco efímero madrileño», en *El arte en la corte de Felipe V*, Cat. Expo., Madrid, 2002, p. 289.

51. Y. Bottineau, *El arte cortesano en la España de Felipe V (1700-1746)*, Madrid, 1986, p. 80.



Fig. 7a. Escaparate, ca. 1740-1760, 77,4 x 68,3 x 44,5 cm, Monasterio de las Descalzas Reales, Inv. n° 00611702, Madrid, Patrimonio Nacional.

Las grandes familias del Reino siguen gastando en aquello que causa admiración y despierta envidia, pero canalizan ahora ese gasto en adquirir «lo moderno». Sin gran simpatía hacia Francia, lo cierto es que la mayoría de la nobleza castellana quedó deslumbrada por la imagen de los nuevos soberanos, y aceptó de buen grado la novedad⁵². Al ser el lujo un concepto fluctuante, en cada momento histórico difiere el entendimiento que la sociedad hace del objeto suntuario, y siempre es la posesión de la novedad lo que afirma la distinción y superioridad de clase⁵³. Y ahora lo nuevo y lo moderno es lo que proponen los franceses que, sobre todo, en lo que afecta a la vestimenta y el mobiliario supone mucho más que una mera demostración de alcurnia porque, aun promoviéndose el lujo, para Sánchez Blanco «por encima de la vana ostentación, se busca la utilidad y la comodidad», un término de nueva acuñación y de enorme repercusión⁵⁴.

Tampoco puede decirse que España deje de ser católica. Los Borbones lo eran, y aunque mantuvieron las tradiciones austríacas⁵⁵ entendían la religión como algo íntimo que sólo se manifestaba en público cuando lo exigía la etiqueta cortesana.

52. M. Ortega, «Las edades de las mujeres», en I. Morant (dir.), 2006, p. 335 [op. cit. n. 9].

53. L. Fontaine, «The circulation of luxury goods in eighteenth-century Paris; social redistribution and alternative currency», en M. Berg y E. Eger (eds.), *Luxury in the Eighteenth Century. Debates, Desires and Delectable Goods*, Nueva York, 2003, p. 89.

54. F. Sánchez Blanco, *La mentalidad ilustrada*, Madrid, 1999, p. 190.

55. J. Schrader, 2006, p. 112 [op. cit. n. 15].



Fig. 7b. Escaparate, ca. 1740-1760, 77,4 x 68,3 x 44,5 cm, Monasterio de las Descalzas Reales, Inv. n° 00611702, Madrid, Patrimonio Nacional.

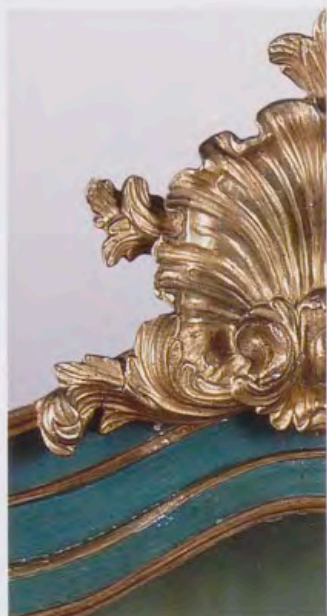
Ahora bien, el rigor del siglo XVII, o mejor dicho, el entendimiento de la religión se suaviza. El siglo XVIII se conoce como el Siglo de las Luces, quizá para destacar el oscurantismo de épocas anteriores. Ya a finales de la centuria se cuestionan valores tradicionales que ponen en evidencia lo que Paul Hazard ha denominado «la crisis de la conciencia europea»⁵⁶. Frente a la cultura barroca o de la Contrarreforma, basada en la revelación, lo sobrenatural y el dogma, surge una propuesta alternativa que impone nuevas concepciones ideológicas y que reprochó a sus antecesores haberle legado una sociedad llena de fanatismos e ilusiones⁵⁷. Sin embargo, la España ilustrada no quiso romper con el catolicismo, como recuerda de modo certero Bocanegra⁵⁸. Pretendió conciliar razón y moral despojando al Evangelio de supersticiones y de miedos para presentarlo como un acicate de elevación espiritual, de modo que las creencias de una persona se convirtieran en experiencias privadas.

Parece pues que, a nivel doméstico, la ostentación y devoción del Barroco dan paso a dos nuevas propuestas: la comodidad y la privacidad. Dice Sarti que mientras el siglo XVII se inclinó por la ostentación frente a la comodidad, durante los prime-

56. P. Hazard, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, 1988, citado en J. M. Bocanegra Garcés y otros, *Ciencia y sociedad en el siglo XVIII*, Málaga, 2003, p. 30.

57. *Ibidem*, p. 30.

58. *Ibidem*, p. 64.



ros años del siglo XVIII se invierten los términos, al favorecerse el confort por encima de la pompa⁵⁹. Ese confort plantea toda una serie de experiencias que culminan en la nueva intimidad doméstica. Y es que a finales del siglo XVII se había descubierto el gusto por la soledad que hasta entonces se venía considerando contraria al ser humano⁶⁰. Esa soledad que García Morente califica como «la forma más perfecta de la vida privada», impone que en el Palacio del siglo XVIII lo privado se oponga a lo público⁶¹. De este modo, Blondel planteó una nueva disposición palaciega dividiendo las habitaciones en función de su uso, sistema que Felipe V puede aplicar no ya sólo en el Palacio de La Granja, sino también en el de Madrid, cuando se planea su reconstrucción tras la quema del Alcázar en la Nochebuena de 1734⁶². Como es lógico, esas nuevas estancias precisan un mobiliario correspondiente y acorde al acontecimiento que en ellas se desarrolle, sea éste de gala, meras reuniones familiares o de amigos, o tal vez sólo el ansiado refugio personal. Nuestros muebles barrocos no gustaron a los Monarcas, que suspiraban con nostalgia por su mobiliario de origen, al que se unieron las propuestas británicas que combinaron el refinamiento del mobiliario aristocrático francés con la mera utilidad⁶³. Pero en el cambio de amueblamiento de las nuevas estancias no se produce una ruptura cualitativa a nivel técnico sino a nivel utilitario. El cambio obedece a la necesidad de esa nueva sociedad que se ve invadida por lo que Talleyrand calificó, tras la Revolución Francesa, como «dulzura de vida»⁶⁴. Los muebles se liberan de las exigencias de la etiqueta y cada uno de ellos estará orientado a una función concreta. Algunos mantendrán su condición protocolaria de antaño, pero serán más los que, aportando mayor ligereza en sus formas y proporciones, procuren a sus dueños el adecuado confort en su vida doméstica.

Y en esta disposición ya no tiene cabida el escaparate. Felipe V marcó la pauta. A pesar de las recomendaciones de su abuelo y de su prudencia por no herir «lo español», no quiso verse rodeado por lo que él consideraba como obsoletas alhajas e imágenes en su vida diaria, por lo que muy pronto, en 1701, ordenó el traslado de los escaparates de los Austrias a la casa de hospedaje de los señores embajadores⁶⁵. En esas habitaciones de invitados encuentra un significativo destierro el escaparate que, al quedar fuera del círculo de la Corte, queda fuera de lo que la sociedad interpretará como moderno. De hecho, la lectura de los protocolos reales del siglo XVIII corrobora este extremo. El propio inventario de Felipe V de 1747 demuestra que el número de escaparates palidece frente a otras tipologías, de manera significativa respecto de sillerías (juegos de canapés, sillones, sillas y taburetes), consolas, rinconeras, mesas de todo tipo, tocadores, cornucopias o espejos de madera tallada y dorada⁶⁶. Pero, sin duda, lo más importante de las descripciones de los escaparates que todavía se advierten es que se trata de piezas ya conocidas, en lo que parece ser la conservación de muebles que no se desechan por su valor histórico y simbólico, al haber sobrevivido no ya sólo a un cambio dinástico, sino, más especialmente, a la quema del Alcázar. «Un escaparatillo de ébano ondeado con sus vidrieras, y en él el Palacio de Madrid» proviene del Guardajoyas de Felipe IV de 1666, y «un escaparate de palo santo cerrado todo de vidriera cristalina, que contiene un reloj de pedrería» procede de la colección de escaparates de la Reina Mariana de 1696, de la que, no sin dificultad, se identifica algún otro ejemplo entre los bienes de Felipe V. Los restantes asientos

59. R. Sarti, *Europe at home. Family and material culture, 1500-1800*, New Haven, 2002, p. 134.

60. Ph. Ariès, «Pour une histoire de la vie privée», en Ph. Ariès y G. Duby (dirs.), *Histoire de la vie privée. De la Renaissance aux Lumières*, París, 1986, p. 12.

61. M. García Morente, *Ensayo sobre la vida privada*, Madrid, 1992, p. 49.

62. J. A. Blondel, *Architecture Française*, París, 1752, citado en W. Rybczynski, *La casa. Historia de una idea*, Madrid, 2003, p. 99.

63. M. Praz, *An Illustrated History of Interior Decoration*, Londres, 1964, citado en ibidem, p. 127.

64. E. Lucie-Smith, *Furniture, a concise history*, Londres, 1987, p. 93.

65. AGP, Sección Administración General, leg. 917, Cargo General del Oficio de Tapicería, 1701.

66. AGP, Sección Registros, Testamentaria de Felipe V, 1747.

describen con sus maderas —ébano, cocobolo— y demás materiales —concha, bronce y hierro— muebles trasnochados, incluso, en alguna ocasión, maltratados. En el caso de la segunda esposa del primer Borbón la situación es todavía peor para el mueble que nos ocupa. En todo el inventario de bienes de Isabel de Farnesio de 1747, protocolizado cuando fallece Felipe V y ella mantiene su residencia en el Real Sitio de San Ildefonso, del que fue su principal precursora, no se hace mención a escaparate alguno, ni en su versión civil ni tampoco en la religiosa⁶⁷. Los escaparates disminuyen, cuando no desaparecen del todo, en la documentación real de la segunda mitad del siglo XVIII. Los únicos ejemplos que se detallan son los heredados de soberanos precedentes. Buena prueba de ello sería el inventario de bienes de la Reina María Amalia de Sajonia de 1760, pero, sobre todo, el de Carlos III, que se protocoliza en 1789 en el Palacio Nuevo de Madrid⁶⁸, definitivamente inaugurado en diciembre de 1764, treinta años después de la quema del Alcázar. Es cierto que en ese copioso documento encontramos catorce escaparates, pero, frente a la detallada descripción de antaño, éstas son ahora muy someras, más incluso que en tiempos de su padre. En pocos casos se identifican piezas anteriores; una «urna de ébano de Portugal conteniendo el Juicio de Salomón» concuerda con el escaparate que describe el inventario del Alcázar de 1686, donde disfrutaba de una privilegiada ubicación en la «pieza de la cámara donde duerme SM». Aunque resulte imposible identificar la mayoría de los restantes ejemplos, sí se desprende del documento de Carlos III que se trata de escaparates antiguos por los materiales que detallan, cuya estética barroca «a la española» estaba más que superada cuando se acondicionó el Palacio Nuevo.

Así se produjo el declive del escaparate. La categoría fue rechazada por la Casa Real. Su antigua y valorada estética resultaba pesada para los nuevos ambientes que sucumbieron a la luz y el color. Desde que en 1706 la fábrica sajona de Meissen se hiciera con el secreto de la porcelana, no hay Corte europea que no suspire por estas delicadezas que no hay que importar ya, necesariamente, desde el Lejano Oriente y que desplazarán a las alhajas de plata y tradicionales objetos decorativos españoles encontrando, sobre repisas o bajo campanas de cristal, nuevas formas de exposición al margen del escaparate, cuyo bastidor de madera limita su plena admiración.

Parece que la única función que mantiene la categoría sea como expositor de imágenes religiosas. Por ello hay un intento por adaptarlo al «mobiliario de la moda», pero, curiosamente, no al más lujoso, aquel que con sus «guarniciones de maderas finas» se cotizaba por encima de los demás (figuras 7a y 7b). Porque los esfuerzos son insuficientes desde el momento en que la sociedad interioriza la religión, y las creencias de una persona dejan de ser objeto de ostentación. El escaparate religioso permanece como mueble primordial de los recintos sagrados, pero en los profanos deja de amueblar las estancias de aparato para quedar relegado a la intimidad. Y, desde luego, invertir en algo que permanece oculto no es rentable cuando se pretende alardear de una supuesta modernidad que considera el escaparate un mueble de otra época y de otra dinastía.

Cuando el 1 de noviembre de 1700 se despidiera el Duque de Abrantes de la Casa de Austria, bien pudo haber completado su misiva al embajador alemán, añadiendo también su adiós al mueble que aquélla encumbró porque, en definitiva, el escaparate fue el mueble de una dinastía: la de los Austrias.



67. AGP, Sección Patrimonios, San Ildefonso, caja 22.182, inventario de bienes de Isabel de Farnesio, 1747.

68. AGP, Sección Histórica, caja 148, leg. 15, inventario de bienes de María Amalia de Sajonia, 1760. F. Fernández-Miranda (ed.), *Inventarios Reales. Carlos III, 1789-1790*, Madrid, 1988.

VIAJE A TIERRA SANTA A TRAVÉS DEL OBJETIVO DE LOS BONFILS Álbum con vistas de los Santos Lugares dedicado a la Reina María Cristina por el Procurador General de Tierra Santa Fray Antonio Cardona

Reyes Utrera Gómez

Patrimonio Nacional

INTRODUCCIÓN

En el siglo XIX el atractivo de lo exótico, el interés por las tierras desconocidas y la aventura de atravesar nuevas fronteras contribuyeron enormemente a aumentar la popularidad de los temas orientales, primero en la pintura y escultura, y desde finales de los años cuarenta será la fotografía la que proporcione la oportunidad de ver la auténtica «realidad de Oriente» mejor que cualquier interpretación artística. Oriente empezaba a ser descubierto certeramente tanto por artistas y literatos como por fotógrafos que se desplazaban para trabajar tanto *in situ* como a través de la modalidad del retrato de estudio, generando ello la demanda de los primeros álbumes fotográficos con imágenes de tan seductor escenario. Las mejoras en el transporte y en la organización turística, con la aparición de los primeros *tours* en 1841 de la mano de Thomas Cook, propiciaron el desarrollo del nuevo mercado.

Los inicios de la historia de la fotografía en Oriente Próximo los encontramos en un grupo de audaces individuos que fueron capaces de producir los primeros exitosos daguerrotipos en las difíciles condiciones de aquella zona. Es el caso de los franceses Frédéric Goupil-Fesquet y Horace Vernet y del suizo Pierre Gaspard G. Joly de Lotbinière, quienes apenas tres meses después de la aparición del daguerrotipo realizaron las primeras tomas, y configuraron los primeros *souvenirs* de vistas pintorescas. Son conocidos también los daguerrotipos de los hermanos escoceses George y Thomas Skene Keith, quienes pasaron cinco meses en Palestina con su padre, conocido pastor, y tomaron vistas daguerrotípicas de los Santos Lugares mencionados en la Biblia que ofrecían la prueba de la validez de las profecías del Antiguo Testamento. Estos trabajos se conocen por los grabados que sirvieron de ilustración al libro de su padre, Alexander Keith, *Evidence of the Truth of the Christian Religion Derived from the Literal Fulfilment of Prophecy; Particularly as Illustrated by the History of the Jews, and by the Discoveries of Recent Travellers* (1844).



Fig. 1. Entrada de los peregrinos en Belén el día de Navidad, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10215091, Madrid, Patrimonio Nacional.

Desde finales de la década de 1840 hasta 1860 se ha considerado la Edad de Oro de la fotografía en Oriente, generándose entonces diversos corpus fotográficos reconocidos como verdaderos monumentos en la historia de la fotografía. Este periodo empieza con los fotógrafos que se sirvieron de los primeros negativos de papel para trabajar en Oriente Próximo, y cuando termina ya se habían sustituido los calotipos por el proceso del colodión húmedo utilizando los negativos de cristal. El arquitecto francés Pierre Trémaux está considerado como el primero que realizó calotipos en el Medio Oriente, y planeó la edición de un monumental libro ilustrado con calotipos originales hechos desde sus negativos; no obstante, su proyecto *Voyages au Soudan Oriental, dans l'Afrique Septentrionale et dans l'Asie Mineure, Exécutés de 1847 à 1854*, nunca se llegó a completar. Los pocos ejemplos de su obra que se conservan no están en buenas condiciones, lo cual indica sus limitaciones técnicas, aunque sus *Viajes* fueron los primeros trabajos ilustrados sobre Egipto, Palestina y otras áreas de Oriente Próximo; con posterioridad la zona sería fotografiada en este mismo periodo por otros profesionales mejor dotados. George Wilson Bridges (1788-1863), escritor, fotógrafo y pastor protestante, inició en 1846 un *grand tour* de siete años por el Mediterráneo,



Fig. 2. Encuadernación del Álbum de Tierra Santa, RB, Sign. FOT/892, Madrid, Patrimonio Nacional.



Fig. 3. Portada del Álbum de Tierra Santa, RB, Sign. FOT/892, Madrid, Patrimonio Nacional.

durante el que hizo alrededor de 1.700 fotografías. Maxime Ducamp viajó a Oriente en 1849-1850 en compañía del novelista francés Gustave Flaubert, y el resultado de este viaje fue la edición en Lille, por Blanquart-Evrard, de un magnífico álbum¹ con 125 positivos a la sal hechos desde los negativos realizados durante el viaje, y que está considerado como uno de los mejores trabajos de la fotografía europea del siglo XIX. El pintor y arqueólogo Auguste Salzman pasó varios meses en Jerusalén en 1854 fotografiando su arquitectura, y en un segundo

1. *Egypte, Nubie, Palestine et Syrie*, 1852.



Fig. 4. Vista general de Lydda, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10214969, Madrid, Patrimonio Nacional.

viaje tomó fotografías de toda Tierra Santa². Louis de Clerq se unió a un viaje a Siria en 1859, y producto de ello fue su *Voyage en Orient 1859-1860*, publicado en seis volúmenes con 222 positivos realizados por Blanquart-Evrard, enormemente valorados en la actualidad. Otra de las grandes figuras de este periodo fue el inglés Francis Frith, quien en 1862 publicaría su emblemática obra *Egypt and Palestine photographed and described by Francis Frith*. Frith fue el primer empresario fotográfico que se estableció, con la empresa F. Frith & Co., como productor y promotor de vistas arquitectónicas de Oriente a gran escala.

La apertura del Canal de Suez en 1869 y la proliferación de los viajes organizados generaron el paulatino establecimiento de estudios fotográficos y en consecuencia una apertura de este mercado. Figuras como J. Pascal Sebah, los Bonfils, Henri Béchard o Mendel John Diness compitieron en este nuevo negocio turístico con imágenes de similares estilos y composición, cada vez más demandadas. Hacia 1880 se inició un lento declinar de la mayoría de ellos, consecuencia de la expansión de la fotomecánica y de la posterior introducción de la cámara Kodak, mucho más sencilla de usar y que cerró de manera definitiva esta época de oro de la fotografía en Oriente.

2. Jérusalem: étude et reproduction photographique des monuments de la Ville Sainte, depuis l'époque judaïque jusqu'à nos jours, 1856.

3. Por veneración a San Francisco de Asís, el Custodio de Tierra Santa es siempre un italiano (bulas de Clemente VI *Gratia Agimus* y *Nuper Carissimae*), y junto a él actuaban un vicario francés y un procurador español. El procurador financiero, jurídico, administrativo y político de Tierra Santa, con rango de plenipotenciario, fue siempre un franciscano nombrado por España. La defensa de la gestión concreta que este procurador asumía era sostenida por el Real Patronato de los Santos Lugares, según quedó establecida también en la bula *Gratia Agimus*, dictada el 21 de noviembre de 1342.

4. RB, FOT/892. Álbum con vistas de Tierra Santa dedicado a la Reina María Cristina por el Procurador General de Tierra Santa Fray Antonio Cardona, 1891.

5. El Álbum de Tierra Santa presenta una encuadernación en piel granate con decoración de hierros dorados, guarnecido en la cubierta con placa de madera de borde moldurado, con decoración de marquetería formando espigas, que da paso a un enmarque en forma de cenefa calada de motivos vegetales en nácar, que inscribe un registro central sobre madera de palo de rosa, en cuyo centro se dispone el escudo real en nácar. Lleva un cierre de metal calado en forma de aldaba de perfiles sinuosos, guardas forradas en muaré de seda rosa, portada litografiada, y 199 páginas de cartón marfil con enmarques litografiados y canto dorado que alojan los 199 positivos fotográficos.



Fig. 5. Torre de los Cuarenta Mártires en Ramallah, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10214972, Madrid, Patrimonio Nacional.

ÁLBUM DE TIERRA SANTA

Toda la riqueza religiosa, cultural, paisajística y humana de Tierra Santa la encontramos plenamente documentada en uno de los más extensos y preciados álbumes de la Real Biblioteca, recibido en el entorno áulico como regalo del Procurador General de Tierra Santa³, Fray Antonio Carmona, a la Reina María Cristina de Habsburgo⁴ y presentado con una exquisita encuadernación⁵ (figuras 2 y 3).

A la emblemática saga fotográfica de los Bonfils debemos esta completa serie integrada por 200 vistas fotográficas positivadas en papeles a la albúmina que constituye un documento gráfico de primer orden. La importancia de este álbum estriba tanto en su autoría como en la minuciosa labor recopilatoria que aporta. Nos encontramos ante una de las más reconocidas firmas que, creada en los albores del hecho fotográfico, supo transmitir la pasión del nuevo medio a la siguien-



Fig. 6. Cuarta Estación de la Vía Dolorosa en Jerusalén, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10214991, Madrid, Patrimonio Nacional.

te generación, dando lugar a uno de los estudios fotográficos de mayor reconocimiento y envergadura de los que se instalaron en Oriente Próximo. Su fundador, Félix Bonfils (St. Hippolyte du Fort, 1831-Líbano, 1885), iniciado en las artes de la encuadernación, abandonó el sur de Francia y se instaló en el Líbano en 1867 con su mujer Marie Lidia Cabanis y sus dos hijos. En esta tierra, ya conocida por Félix Bonfils, tras haber prestado allí el servicio militar en las Fuerzas Francesas Expedicionarias en 1860, el matrimonio fundó la empresa fotográfica Maison Bonfils, que llegó a convertirse en uno de los estudios más conocidos y prolíficos de su tiempo, con posteriores establecimientos en El Cairo, Alejandría, París, Londres, Jerusalén, Damasco y Suiza⁶. Félix fue el primer fotógrafo francés y uno de los primeros europeos en asentarse en Oriente Próximo. Sus trabajos demuestran un particular interés por la fotografía de arquitecturas históricas a través del Próximo Oriente, Egipto y Grecia. El papel desempeñado por su mujer constituye otros de los hitos dentro de la historia de la fotografía, ya que Lidia Cabanis (1837-1918) fue la introductora del género del retrato en Oriente Próximo⁷. Su hijo Adrien (1861-1929), al término de sus estudios y tras un breve aprendizaje con su padre, se inició también en las expediciones fotográficas, y en 1885, a la muerte de Félix, asumió el control de la firma Bonfils hasta 1916⁸.

6. D. M. Haller, *In Arab Lands: The Bonfils Collection of the University of Pennsylvania Museum*, The American University in Cairo Press, El Cairo, 2000.

7. En Oriente Próximo se inició la práctica de que los retratos femeninos fueran realizados sólo por mujeres. Hasta 1939 en Bagdad y hasta 1942 en Amman, se mantuvo esta costumbre en orden a salvaguardar la intimidad de la vida familiar. La mayor parte de las mujeres fotógrafas eran cristianas armenias, normalmente emparentadas con los propietarios de los estudios. [●].

8. Adrien Bonfils fue dejando el negocio a principios de siglo en manos de Abraham Guiragossian, quien a partir de 1916 pasó a dirigir la casa fotográfica como Sucesor de la Casa Bonfils hasta 1938, año en que se disolvió finalmente la compañía.



9. F. Bonfils, *Souvenirs d'Orient: Album Pittoresque des Sites, Villes et Ruines les Plus Remarquables de la Terre-Sainte, Alais (Gard), Chez l'auteur, 1878.*

10. «The philosopher and the scholar will wish to stop and reflect before these old traces of vanished ages, which relate history better than does history itself and reveal to us so much of the mysteries about empires, religion and human races...». Georges Carvet, 1877.

11. C. E. S. Gavin, «Bonfils and the Early Photography of the Near East», *Harvard Library Bulletin*, vol. 26, n° 4, octubre de 1978, pp. 442-470.

12. Aunque destacados profesionales de los inicios del hecho fotográfico como Frédéric Goupil, Joly de Lobtinière, Francis Frith, Charles Foster o Louis de Clercq dejaron testimonios gráficos de excelente calidad, previamente al paso de los Bonfils por Oriente, existe unanimidad entre los historiadores en considerar el corpus fotográfico de esta firma como el más profundo y temprano estudio sistemático y descriptivo de Oriente Próximo.

13. «No te harás escultura, ni imagen alguna de nada de lo que hay arriba en el cielo, o aquí abajo en la tierra, o en el agua debajo de la tierra. No te prostraras ante ellas ni les darás culto.»

14. *Remembrances of the Near East. The Photographs of Bonfils, 1867-1907*, con textos de R. Sobieszek y C. E. S. Gavin, Cat. Expo., Rochester, 1980.

Adrien aún consiguió mejorar las habilidades paternas, añadiendo la visión artística de su madre a la mirada objetiva de su padre.

Se ha discutido mucho sobre los trabajos llevados a cabo por esta ilustre saga de fotógrafos, y si en algo coinciden todos los historiadores del tema en cuestión es que ver las imágenes de la firma Bonfils es hacer un *tour* completo por Oriente Próximo, por sus antiguas ruinas y monumentos, sus gentes y ciudades en la mitad del siglo XIX, pues resultan estéticamente atrayentes, históricamente interesantes e intelectualmente sugestivas por su modernidad. Es un viaje que consigue recrear los últimos vestigios del Imperio Otomano, antes de su absorción por la colonización europea al término de la Primera Guerra Mundial. Bonfils no fue solo un buen fotógrafo de una época y de una geografía religiosa, cultural y humana, en la que compartió su actividad con más de un centenar de reconocidos profesionales. Su producción fue excepcional y así fue reconocido ya entonces por sus contemporáneos. En 1877, en el prefacio del álbum fotográfico *Souvenirs d'Orient*⁹, publicado por Bonfils, el escritor G. Charvet, fundador de la Sociedad Científica y Literaria de Alès, alababa la importancia de esta obra aludiendo a su enorme utilidad como instrumento para la reflexión y estudio de filósofos y eruditos sobre la historia de estos lugares¹⁰. Señalaba también con entusiasmo que la colección de fotografías de Oriente realizada por Félix Bonfils, sin comparación posible con otros repertorios de la época por su perseverancia, sería recordada como una de las más considerables conquistas pintorescas, artísticas y científicas de nuestra época.

Sin embargo, el pleno reconocimiento de la magnitud de la obra de la saga Bonfils no se llegó a alcanzar hasta que tuvo lugar la fortuita explosión acaecida en 1970 en el Museo Semítico de Harvard, que puso al descubierto, mientras se llevaban a cabo las labores de revisión de los daños, la existencia de cientos de cajas bien precintadas que albergaban 28.000 fotografías, la mayor colección de fotografía antigua sobre Oriente, conservadas en prístino estado gracias al efectivo precinto que las había salvaguardado los últimos 90 años de los nocivos efectos de la luz y del clima. Entre ellas se encontraban negativos de vidrio, vistas estereoscópicas y 800 positivos en tono sepia de la firma Bonfils. El conservador de dicha institución Carney E. S. Gavin, muy impresionado por el corpus de la firma Bonfils, llevó a cabo la más rigurosa investigación en torno al legado de esta saga familiar¹¹, gracias a lo cual esta firma ha pasado a constituir uno de los capítulos más sugerentes de la historia de la fotografía, además de erigirse como instrumento imprescindible para el estudio arqueológico de la civilización semítica. Gavin ha destacado el valor de estas pioneras vistas de Oriente¹², por proporcionar las primeras imágenes certeras de una región tan enraizada en la más rigurosa tradición del aniconismo, pues judíos, primeros cristianos y musulmanes, fundando su práctica en una estricta interpretación del primer mandato del Decálogo¹³, evitaban por respeto todo tipo de representación. De ahí que la profesión de fotógrafo en esta zona fuese durante décadas una profesión étnica, preferentemente reservada, aparte de los diferentes casos de europeos afincados, a los armenios, quienes regentaron la mayor parte de los estudios y establecimientos de suministros fotográficos¹⁴.

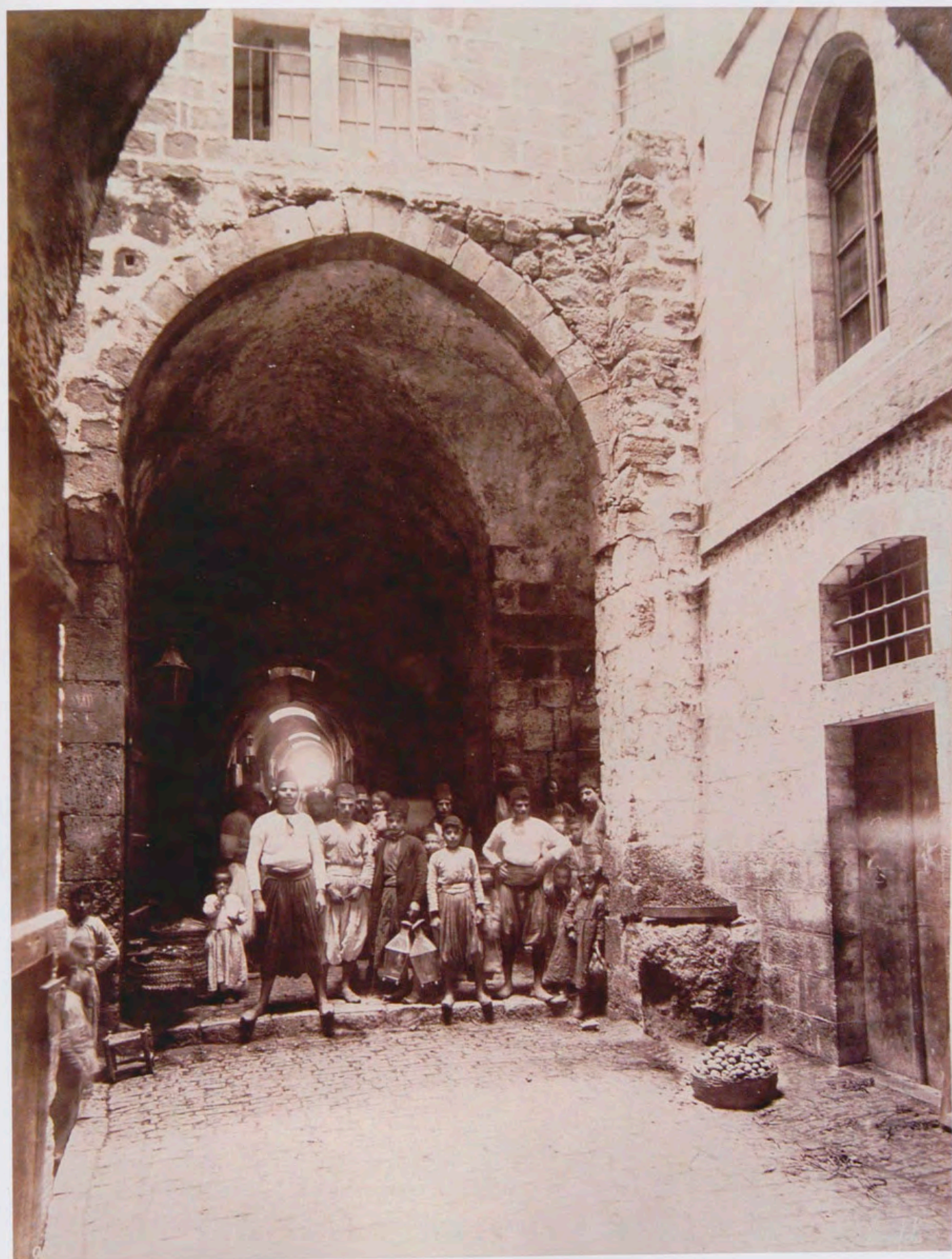


Fig. 7. Séptima Estación de la Vía Dolorosa en Jerusalén, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10214994, Madrid, Patrimonio Nacional.



Fig. 8. Novena Estación de la Vía Dolorosa en Jerusalén, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10214996, Madrid, Patrimonio Nacional.

La vasta producción fotográfica que la firma llevó a cabo en la segunda mitad del siglo XIX llegó a satisfacer las inquietudes artísticas, científicas, históricas y turísticas con enorme éxito, por el profundo conocimiento de las gentes, lugares y culturas de Oriente Próximo que albergaban¹⁵. En el Álbum de Tierra Santa, el objetivo de Bonfils registra sistemáticamente todos y cada uno de los lugares emblemáticos por la huella de los Profetas, Jesucristo, la Virgen María y los Apóstoles; las espléndidas vistas panorámicas de ciudades como Beirut son francas instantáneas de un viejo mundo antes de su más completa transformación¹⁶. Encontramos también imágenes ya históricas de construcciones arquitectónicas que se han ido deteriorando o incluso han desaparecido, o que han sido reconstruidas después de que el objetivo de Bonfils las captara. Son meticulosos y cuidados los enmarques de las escenas, con ocasionales posados de individuos que desean producir un efecto artístico, o sugerir la escala. A pesar de la prefe-

15. El Museo de la Universidad de Pennsylvania empezó la colección de estas imágenes poco después de su fundación en 1887. [●].

16. La mayor parte de los peregrinos de los más diversos orígenes y épocas que han dejado escritas sus impresiones sobre Tierra Santa coinciden en destacar tanto la aspereza de este Santo Lugar como la necesaria guía de la Fe. [●]



Fig. 9. Fachada del Santo Sepulcro en Jerusalén, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10214983, Madrid, Patrimonio Nacional.



Fig. 10. Vista de Jerusalén desde el Monte de los Olivos, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10215058, Madrid, Patrimonio Nacional.

17. Allí San Pedro resucitó a la viuda Tabita (Hechos, 9:36-42).

18. Población cuyos habitantes se convirtieron a la fe cristiana al ver el milagro que San Pedro obró en esta ciudad, curando la parálisis de Eneas.

19. Ramallah es la ciudad antigua de Arimathías. [📍].

20. Donde Jesús fue convidado a las bodas de Nataniel.

21. Cafarnaún se menciona varias veces en el Evangelio, como el lugar de numerosos milagros y sermones. [📍]

22. Emaús, situada entre Jerusalén y Tel Aviv, destaca por las ruinas de una iglesia del siglo XII. Tras su resurrección, Jesús se apareció a dos de sus discípulos en el camino a Emaús: «Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos» (Lucas, 24:13-15).

rencia por las vistas arquitectónicas, el paisaje también está bien representado en la producción de la familia Bonfils. El álbum empieza recogiendo varias vistas de la ciudad de Jaffa¹⁷, una sugestiva panorámica e interesantes secuencias del zoco y de sus alrededores, y tras una curiosa instantánea tomada a lugareños en la población de Lydda (figura 4)¹⁸ el autor nos introduce en la entonces bella ciudad de Ramallah¹⁹; con varias panorámicas, nos deja el interesante testimonio de la ya desaparecida Torre de los Cuarenta Mártires (figura 5), una muestra de la bella arquitectura que se va desmoronando y cae en ruinas, dedicada, según el historiador Baronio, a los cuarenta cristianos que, después de haber sufrido martirio en presencia de Agrícola, fueron transportados a esta población. La torre tal y como se ve en la imagen es ya solo el minarete de una mezquita abandonada, y que con anterioridad fue el campanario de un monasterio. Chateaubriand nos cuenta en su relato sobre Tierra Santa que en este lugar se detuvieron San José, la Virgen y el Niño Jesús durante su huida a Egipto.

La cámara de Bonfil recoge puntualmente la singular secuencia de Santos Lugares como Nazaret, Jericó, Caná²⁰, Cafarnaún²¹, Betania, Emaús²², el río Jordán, el lago de Tiberíades²³, el monte Tabor²⁴, Cesárea²⁵, etc., que evocan pasajes que remueven recuerdos de historias universalmente conocidas que trascienden



Fig. 11. Valle de Josafat, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10215048, Madrid, Patrimonio Nacional.

a la fascinación histórica por su carácter divino; pero sobre todo Jerusalén, epítome de la Ciudad Santa, constituye uno de los principales capítulos de esta compilación. A ella accede el fotógrafo por cada una de las puertas abiertas en la muralla de la ciudad antigua que fue construida, sobre las obras de fortificación de Adriano, por Suleimán el Magnífico entre 1536 y 1542, y que el propio dirigente otomano diseñó con la misma forma: un arco cortado por un dintel recto o ligeramente curvo decorado con una inscripción árabe. A partir de ellas los Bonfils recogen, cual penitente, cada uno de los Santos Lugares objeto de la piedad de todo peregrino. Se reproducen en un ambiente lúgubre y solitario todas y cada una de las estaciones de la Vía Dolorosa por la calle de la Amargura hasta la cumbre del Calvario²⁶. Empezando por la Primera Estación, en la que podemos contemplar el Pretorio o Palacio Real, convertido en cuartel turco, en cuyo patio interior Pilatos tenía su tribunal de justicia. Desde ella se recuerda el interrogatorio, los azotes, la coronación de espinas y las burlas a que fuera sometido el Hijo de Dios. La Segunda Estación se registra frente al arco del Ecce Homo, desde donde desciende la Vía Dolorosa, hasta llegar a la primera Caída de Jesús, señalada por una columna, junto a la cual los franciscanos erigieron una pequeña capilla en la que se sitúa la Tercera Estación. La iglesia armenia de Nuestra Señora del Pasmo conmemora el encuentro de la Virgen con su Hijo en la Cuarta Estación (figura 6). Por su sencillez, la capilla de Simón Cirineo, erigida por los franciscanos para recordar la acción del campesino que ayudó a llevar la Cruz de Cristo, casi pasa inadvertida, a pesar de la estrechez del tramo de la vía que acoge la Quinta Estación. La siguiente Estación se encuentra en el lugar en que la piadosa mujer enjugó el rostro del Maestro, en plena ascensión al Calvario, y donde los griegos levantaron la iglesia de la Santa Verónica. La

23. Donde Jesucristo obró muchos milagros: «Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran bonanza» (Mateo, 8:26); «Y a la cuarta vigilia de la noche vino Él hacia ellos, caminando sobre el mar» (Mateo, 14:25).

24. «Y sucedió que, mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante y he aquí que conversaban con él dos hombres, que eran Moisés y Elías» (Lucas, 9:29-30).

25. Cesárea fue construida por el rey Herodes el Grande en el sitio que ocupaba una antigua ciudad denominada «Torre de Estrato». [●].

26. Las catorce estaciones del Vía Crucis, que recorre un itinerario similar al que hizo Jesús desde el Pretorio al Gólgota, donde se medita y reza sobre los diversos momentos importantes de ese recorrido de aproximadamente una hora —entre las once y las doce de la mañana—, que tardaría Cristo en efectuarlo, se situaron en la propia Vía Dolorosa en el siglo XV, aunque se practicaba ya, de una forma u otra, desde los primeros siglos del cristianismo.



Fig. 12. Muro de las Lamentaciones un viernes, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10215021, Madrid, Patrimonio Nacional.

27. «La Iglesia del Santo Sepulcro, compuesta de otras muchas, edificada sobre un terreno desigual y alumbrada con profusión de lámparas, es sobremanera misteriosa, y en toda ella reina una oscuridad que favorece la devoción y el recogimiento del alma», *Itinéraire de Paris à Jérusalem / par M. [François René] Chateaubriand, précédé de notes sur la Grèce et suivi des voyages en Italie et en France...*, París, Firmin Didot, 1863. «Una emoción artística sería tal vez, en tal sitio, no sólo inútil, sino hasta sacrílega. Porque aquí nuestros ojos, no se alzan del suelo y no buscan los resplandores de los nimbos, sino las huellas de sus pies descalzos, las huellas de su cuerpo herido, las huellas de su sangre redentora», E. Gómez Carrillo, *Jerusalén y Tierra Santa*, París, 1912.

28. «casas de piedra en forma de cubos y sobre cada cubo una cúpula de poca altura. Todas las casas de Oriente se construyen con cúpula, según dicen, para uniformar la temperatura, pues el aire, demasiado caliente, sube a la cúpula y se queda allí...», J. Joërgensen, *Viaje a Tierra Santa*, Madrid, 1924.

Séptima Estación (figura 7) registra la Puerta Antigua o Judiciaria, lugar donde se cree fue fijada la sentencia de muerte contra Jesús, cuyo testigo recoge la capilla de la Columna de la Sentencia, levantada por los franciscanos. A pocos pasos de la Puerta Judiciaria, la cámara registra la Octava Estación, recordatorio del encuentro de Cristo con las mujeres de Jerusalén, que, impresionadas, lloraron al verle. La iglesia de los Coptos (figura 8), señalada por una columna junto a la puerta, acoge la Novena Estación en recuerdo a la tercera Caída. Las últimas cinco Estaciones se registran dentro del vasto complejo de edificios agrupados en torno a la gran basílica del Santo Sepulcro²⁷ (figura 9), edificada por Santa Helena y varias veces reconstruida en el curso de los siglos, cuya histórica fachada, erigida en 1149, se captura en solitario y con posterioridad animada por los puestos de vendedores de objetos religiosos que ya entonces proliferaban por doquier.

Las vistas de la ciudad de Jerusalén (figura 10) en medio de la desolada, árida y pedregosa campiña reflejan a la perfección el paisaje modesto elegido por el Mesías para su Encarnación. Sus calles, tal y como el objetivo de los Bonfils las captó, estrechas y tortuosas, de planos desiguales, empedradas de malas baldosas o guijarros, alternando en parte con roca y espacios de tierra, muchas abovedadas²⁸ y



Fig. 13. Iglesia de Santa Ana en Jerusalén, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10215017, Madrid, Patrimonio Nacional.

con sus casas de piedra tosca y pesada factura, y en muchos casos con humilde animación, siguen siendo las mismas que en los tiempos remotos configuraron la auténtica fisonomía de la ciudad.

No descuida el fotógrafo casi ninguno de los parajes donde se desarrollaron episodios mencionados en las Sagradas Escrituras, como el estanque de Siloé, donde, tal y como relata el Evangelio de San Juan (cap. 9), Jesucristo sanó a un hombre ciego de nacimiento; el valle de Josafat (figura 11), al que dedica varias secuencias, que se adaptan a la perfección al destino misterioso y formidable que su expresivo nombre y la creencia universal le asignan²⁹. El valle también llamado del Cedrón³⁰ sirvió siempre de cementerio de Jerusalén, y en él Bonfils registra los monumentos de los siglos más remotos, grandes monolitos de granito que presiden la asamblea de las piedras sepulcrales y que son los sepulcros de Zacarías, de los Beni Hazir y de Absalón³¹. Además, una excelente panorámica muestra las

29. «Y se ve ante uno el abismo de sombra donde aguardan tantos miles de muertos [...] en espera de que suene la hora de la alegría y del espanto con el clamoroso estampido de la trompeta del Juicio Final...», P. Loti, *Obras Completas*, «Jerusalén», Empresas Editoriales, S.A., México, 1945, p. 722.

30. Santo Tomás Moro, en las notas que escribió en su prisión de 445 días en la Torre de Londres con el título *Sobre la tristeza de Cristo*, centradas en la oración del Huerto de los Olivos, nos informa de que el nombre común del Cedrón, del torrente y del valle, significa *tristeza*, o también *negra* o *ennegrecido*.

31. Se trata de uno de los monumentos mejor conservados de Israel, de elegante factura que manifiesta la unión de los gustos arquitectónicos egipcio y griego. Configurado sobre una base paralelepípeda, casi enteramente excavado en la roca en la que descansa un cimborrio que termina en una cubierta de forma de flor invertida, que da lugar a una original cúpula cóncava.



Fig. 14. Lugar de la lapidación de San Esteban, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10215039, Madrid, Patrimonio Nacional.

solitarias vertientes de este sagrado paraje bíblico lleno de misterio y ausente, casi por completo, de vegetación, con multitud de ruinas y cavernas sepulcrales. Las tomas del monte Sión, donde se celebró la Última Cena, registran la tumba de David, con una magnífica vista que muestra el edificio que fuera su palacio y sepulcro, así como los exteriores y detalles del interior de la iglesia de la Dormición de la Virgen.

Los principales ejemplos de arquitectura islámica quedan fielmente recogidos con vistas de los exteriores y detalles del interior de las mezquitas de Al-Aqsa y de Omar. En esta última se registra tanto la belleza exterior de la construcción octogonal, única en su forma, como el sagrado interior con detalle de la roca donde el patriarca Abraham intentó el sacrificio de su hijo.

Incluye este registro de imágenes uno de los aspectos centrales de la vida religiosa judía, al mostrar una imagen del lugar más sagrado para ellos, el Templo, tan a menudo construido y reconstruido, para estar destinado a no volverse a edificar. Éste se muestra con una ilustrativa vista de la sección sur del Muro de las Lamentaciones, con la oración de las mujeres (figura 12).

El fotógrafo introduce además detalles de la diminuta isla cristiana inserta en el barrio musulmán conocida como el barrio de Betesda, con ruinas y monumentos muy interesantes desde el punto de vista religioso y arqueológico. Entre ellos destacamos la Piscina de Betesda, también conocida como el Estanque Probático, aludiendo a los baños para purificar las ovejas antes de sacrificarlas, y lugar de la curación del paralítico, hecho éste que quedó registrado con la reproducción en varios idiomas del relato del Evangelio de San Juan³², así como la iglesia de Santa Ana, uno de los mejores ejemplos de la arquitectura cruzada en Tierra Santa (figura 13).

32. En la Piscina de Betesda Jesús curó al paralítico durante el Sabat: «Jesús le dice: "Levántate, toma tu camilla y anda". Y al instante el hombre quedó curado, tomó su camilla y se puso a andar. Pero era sábado aquel día» (Juan, 5: 8-9).

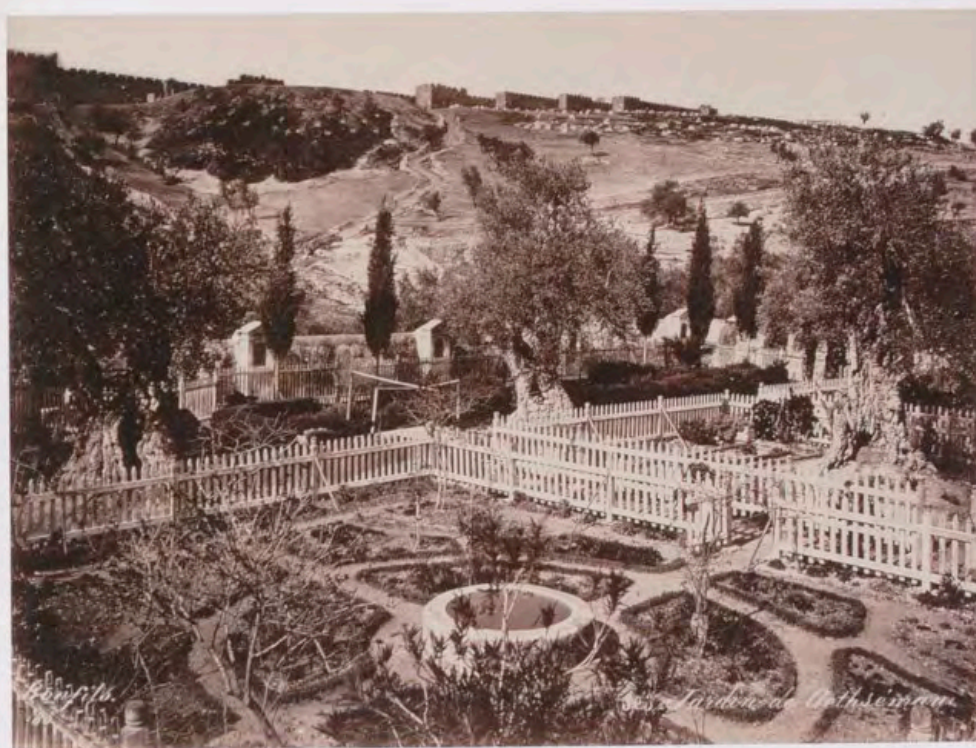


Fig. 15. Jardín de Getsemaní, RB, Sign. FOT/892, Inv. n.º 10215057, Madrid, Patrimonio Nacional.

Entre los itinerarios que los Bonfils incluyen a extramuros de la Ciudad Santa destacan las interesantes vistas del paraje escenario de la lapidación de San Esteban, primer mártir de la Iglesia católica (figura 14); el Monte de los Olivos, con detalles del Jardín de Getsemaní, custodiado por los franciscanos, que permiten ver cómo se encuentran cercados los olivos milenarios³³ (figura 15) con objeto de impedir que los peregrinos arranquen sus ramas; una magnífica vista de la pequeña ciudad de Nazaret —que en arameo y árabe significa «la guardiana»—, seguida de detalles de la basílica de la Anunciación y de la iglesia de San José; las tres vistas del monasterio de San Saba Abad, en las que impresiona la aspereza y soledad del estéril paraje en el que se asienta el cenobio en torno a la tumba del santo³⁴; y Betania³⁵, con la vista de un pueblecillo de mísera apariencia, donde yacen hacinadas no más de una veintena de humildes casas, y en cuya parte más alta se divisan los soberbios restos de la fortaleza y abadía fundada por la reina Melisenda y dedicada a San Lázaro.

Mención aparte merecen las hermosas y limpias vistas dedicadas a la ciudad cuna de la Cristiandad, pues se desprende de ellas tanto la paz y quietud que reina en su emplazamiento como el gozo que provoca la extraordinaria afluencia de peregrinos que inundan las plazas y calles de Belén³⁶ en fecha tan emblemática como es la del Nacimiento de Cristo (figura 1).

Sorprenden, por la belleza y frondosa vegetación de los parajes que dibuja en su curso, las tomas del mítico río Jordán, que en ocasiones aparecen animadas por beduinos pertrechados con armas, que descansan a sus orillas. Realiza también el fotógrafo, a orillas del río, una curiosa toma con expedicionarios acampados en este paraje (figura 16), no lejos de donde acuden los peregrinos a rememorar la inmersión de Jesús y su bautizo de manos de su precursor. Todas las crónicas escritas sobre

33. M. Ordóñez y Ortega, *Una misión diplomática*, Madrid, 1882. El autor, a propósito de los ocho árboles que se conservan en el Huerto de los Olivos, se pregunta si son los mismos a cuya sombra descansaron Jesús y sus Apóstoles, y a continuación expone el razonamiento que Chateaubriand relata en su *Itinerario de París a Jerusalén*: «Un escritor francés dice sobre el particular: el olivo es inmortal, porque renace de su tronco. Los del Huerto de su nombre en Jerusalén pertenecen cuando menos a los tiempos del Bajo Imperio, y he aquí una prueba de ello: en Turquía, los olivos que encontraron los musulmanes al invadir el Asia, pagan al fisco una cantidad insignificante, mientras que los que se plantaron después de la conquista pagan la mitad de sus frutos; ahora bien, los ocho olivos que hemos mencionado solo pagan la exigua cuota señalada a los que se encontraron en la época de la toma de Jerusalén».

34. «Aquí perseveran hoy algunos monjes de dicha orden, los cuales hacen rigurosísima y asperísima penitencia, tanto que pone miedo y espanto. No comen jamás sino unas habas o garbanzos cocidos en agua. Ayunan siete cuasmas al año con tanto rigor, que no comen sino a puestas de sol, y esto tan poco y malo, que es mayor penitencia comerlo», carta del Padre Neret, escrita con motivo de su peregrinación a Tierra Santa en 1718.

35. «Jesús que adoraba las aldeas, tenía por Betania un cariño especial. En sus viajes a Jericó deteníase siempre aquí. Una antigua capilla benedictina arruinada y medio enterrada, señala el lugar donde se alzaba la casa de sus amigas Marta y María», E. Gómez Carrillo, 1912 [op. cit. n. 27].

36. Belén, el lugar de nacimiento de Jesucristo, es desde hace siglos un destino de primordial importancia para los peregrinos cristianos: «Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento» (Lucas, 2:4-7).



Fig. 16. Río Jordán, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10215080, Madrid, Patrimonio Nacional.

37. R. F. Chateaubriand, 1863, pp. 38-39 [op. cit. n. 27].

38. S. Eijan, *Manual de los devotos de los Santos Lugares*, Barcelona, 1912.

39. M. Ordóñez y Ortega, 1882 [op. cit. n. 33]: «Sobre la formación de este mar interior, que mide unas catorce leguas de longitud y cuatrocientas cincuenta y cinco de anchura, la tradición religiosa es bien explícita. Donde hoy yacen sin movimiento, sin brisas, sin oleajes el agua tranquila del lago, se extendía una feraz vega, y plantados entre sus vergeles, aparecían aquí y allí las cinco ciudades de Pentápolis. Los habitantes de Sodoma y Gomorra por sus vicios, por su soberbia, por su poco celo religioso se hicieron acreedores a un ejemplar castigo. Así las dos orgullosas ciudades quedaron sumergidas; enterradas por aquella losa de aguas».

Tierra Santa tanto en el siglo XIX como todavía en los primeros años del XX coinciden en que la peregrinación al Jordán era en aquellos tiempos la más peligrosa de cuantas se realizaban por Palestina, a causa de ser las márgenes de aquel río sagrado territorio dominado por los beduinos. Razón por la cual estas expediciones solían hacerse en forma de grandes caravanas e incluso con escolta de soldados a caballo. Chateaubriand relata en su crónica que los guías, a pesar de ir bien armados, se negaban a salirse de la ruta ordinaria, por temor a una emboscada³⁷. Y es que eran tales los peligros que, para evitarlos, en lo posible se pedía escolta a los propios beduinos, para lo que al efecto se firmaba en Jerusalén, en presencia del cónsul y aun a veces del Bajá, un contrato solemne entre el *dragoman*, que representa a los peregrinos, y otro representante cualquiera de las tribus beduinas³⁸.

Tres miradas también dedica al mar Muerto³⁹ en las que impresiona la quietud del paraje que hace honor a su nombre con sus aguas pesadas, plomizas y sin movimiento alguno, extendiendo su misterioso sudario por encima de los reinos sumergidos de Sodoma y Gomorra, entre los desiertos que se extienden al pie de las montañas de Judea y del Mohab (figura 17). En una de ellas se registra con nitidez la franja de leños de ramas y árboles arrojados a la orilla, despojados de corteza y casi petrificados en los baños químicos.



Fig. 17. Mar Muerto y montañas de Judea, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10215083, Madrid, Patrimonio Nacional.

De enorme elocuencia resulta el trágico montón de piedras, único vestigio de la ciudad de Cafarnaún. En otro tiempo famosa por su trigo, y próspera y floreciente por el paso de las caravanas que iban de Damasco a Egipto, y ahora convertida en un inmenso campo de soledad, en el que se esparcen, entre los árboles silvestres de la llanura, enormes basamentos y grandes capiteles, así como los rotos muros de la sinagoga del Centurión, identificados en 1866 por el explorador británico capitán Charles W. Wilson⁴⁰. Similar impresión producen las imágenes de Jericó, en las que sólo podemos ver algunas chozas de aspecto miserable, hechas de piedra y techadas de pasto (figura 18), cuya indigencia impone, al recordar el cumplimiento de la maldición del caudillo israelita⁴¹. El paisaje baldío, únicamente apto para el pastoreo, sin cultivo ni vegetación alguna, en nada recuerda a la «Ciudad de las palmeras»⁴², ni a la fertilidad que antaño llegó a inmortalizar sus míticas rosas.

Llama la atención el considerable número de vistas acuáticas, a pesar de la escasez de este recurso en la región. En especial resulta refrescante la vista del paraje con río en el valle del Antilíbano, en la que, debido a la lentitud de las exposiciones, la sensación borrosa del agua en rápido movimiento imparte una atmósfera etérea a la escena. En este contexto también destacan las impecables

40. F. Romero Hernández, *Memorias y reflexiones de un jurista a propósito de una peregrinación a Tierra Santa*, Málaga, 2010, pp. 19-20: «A pocos metros de estas ruinas estaba la casa que se decía de Pedro y donde se produjo, según la tradición, la curación de la suegra del apóstol. Cafarnaún es uno de los lugares que de manera más expresiva identifican la faceta de los prodigios y signos de Jesús. En Cafarnaún Jesús fue buscado por sus familiares (Mc., 3:31-35) y ante los que le oían dijo: *Mirad, mi madre y mis hermanos. Pues el que cumple la voluntad de mi padre del cielo, ese es mi hermano, hermana y madre.*»

41. «¡Maldito sea delante de Yahveh el hombre que se levante y reconstruya esta ciudad!» (Jos., 6:26).

42. Jue., 3:13.



Fig. 18. Vista general de Jericó, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10215072, Madrid, Patrimonio Nacional.

43. En la antigüedad cananea fue Reccath o bien Kinerot, y en los tiempos de Cristo, Tiberíades era una ciudad moderna, no terminada, que el fastuoso Herodes Antipas reconstruyó al estilo grecorromano. En el Evangelio de San Juan aparece por primera vez designada con su nombre actual (Juan, 6:23).

44. P. Loti, 1945 [op. cit. n. 29]: «en medio de este país en que no aparece ningún rastro humano, él habla silenciosamente de Cristo, como las tumbas abandonadas y mudas recuerdan a los muertos [...] La impresión que domina aquí [...] es la de una paz serena, superior, que había empezado a invadirnos desde la proximidades de este lugar, desde las silenciosas alturas de Hattin. Parece como si Jesús hubiera dejado aquí la suprema paz emanada de Él...».

45. Véase Inv. n° 110215138.

46. Juan, 6:1-15.

47. Véanse Inv. n° 10215070-71, 10215084, 10215097 y 10215100.

48. Véase Inv. n° 10215045.

vistas dedicadas a la ciudad y al lago Tiberíades⁴³ (figura 19), irisadas por una tenue neblina que le confiere un indescifrable misterio, a la vez que ayudan al recogimiento⁴⁴, y de las que solo quedan las ruinas de la que fuera capital de Galilea, fundada por Herodes Antipas en recuerdo de su protector el emperador Tiberio, sobre la antigua aldea de Rakkat. Queda en cambio en las imágenes de Tiberia⁴⁵ el aspecto de la ciudad judía con la misma fisonomía que tuviera en otro tiempo, con sus humildes viviendas amontonadas alrededor de las sinagogas, siendo además la única de las poblaciones que subsistió de entre las que animaban las márgenes del lago, pues de Cafarnaún, Magdala o Betsaida solo queda el recuerdo en campos desolados. Las diferentes vistas dedicadas al Tiberíades recuerdan perfectamente el escenario en que tuvo lugar el milagro de los panes y los peces referido en el Evangelio de San Juan⁴⁶.

De una minuciosa observación de las escenas paisajísticas se desprenden intervenciones en los negativos con técnicas de recorte sobre la línea del horizonte, secundando la técnica iniciada por su compatriota Le Gray en la década de los cincuenta⁴⁷. En ocasiones la manipulación llega a extremos de introducir figuras, cuya desproporción salta a la vista⁴⁸, mientras en otras como las dedicadas al monte Tabor la intervención del fotógrafo resalta la redondeada



Fig. 19. Vista del lago Tiberíades, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10215138, Madrid, Patrimonio Nacional.

cima de su cúspide, otorgándole una suerte de aureola que le confiere una poética visión (figura 20).

El anticuario Gérard Levy, custodio de una de las colecciones fotográficas más importantes sobre Tierra Santa, y Yeshayahu Nir, catedrático del Instituto de Comunicación de la Universidad Hebrea de Jerusalén, mantuvieron opiniones diferentes respecto a las personas que aparecen fotografiadas en los repertorios de los Bonfil. Para Levy, la mayor parte de los individuos que posan en sus tomas fotográficas procedían de las clases más humildes de la sociedad y el fotógrafo los equipaba con los atuendos típicos del lugar y les pagaba por posar en ellas. Sin embargo, el catedrático Nir, a tenor de los estudios realizados por judíos ortodoxos de Jerusalén, mantenía que los tipos que animaban las fotografías de Bonfils eran personas desconocidas que en muchos casos ignoraban que estaban siendo fotografiadas.

La ingente producción fotográfica de esta casa hace imposible distinguir con claridad la obra de los tres autores, por el complicado sistema numérico y de signaturas empleado, sin fecha alguna. En base a la datación de nuestro álbum en 1891, lo más probable es que la mayoría de las imágenes fueran realizadas por Adrien Bonfils entre 1877 y 1890.



Fig. 20. Monte Tabor y llanura de Esdrelón, RB, Sign. FOT/892, Inv. n° 10215126, Madrid, Patrimonio Nacional.

49. C. E. S. Gavin, 1978, p. 448 [op. cit. n. 11].

50. Editada en Londres en 1874 por The Religious Tract Society.

51. C. E. S. Gavin, 1978, p. 459 [op. cit. n. 11].

* Mi agradecimiento a Nieves Velasco, Pilar Conde y César Jiménez, sin cuyos trabajos de inventario, revisión y digitalización respectivamente no habría sido posible este artículo, así como a la colaboración del personal de la Real Biblioteca, especialmente de Arancha Domingo, y de Sonsoles Martí Presas y Miriam Fernández Moreno, del Servicio de Documentación.

Existen numerosos testimonios que avalan la trascendencia de esta serie fotográfica; entre ellos no podemos dejar de aludir al del profesor Beaumont Newhall, uno de los más eminentes historiadores americanos de la fotografía, quien en el año 1975, mientras preparaba la exposición *Visions of the Past: Archaeological Photography in the Semitic Museum*, afirmó que la única certeza acerca de Bonfils es que fue un auténtico genio⁴⁹. G. Charvet afirmaba en 1878, a partir de la edición de estos repertorios, que aquellos que por razón de salud o de fortuna no podían permitirse el viajar a países tan lejanos, estaban de enhorabuena porque desde ahora también podrían contemplar toda su riqueza histórica, arqueológica y artística, sin tener que abandonar sus rutinas. La literatura de viajes de aquella época tampoco dejó de aludir a ella, como hizo el reverendo Samuel Manning en su obra *Those Holy Fields: Palestine Illustrated by Pen and Pencil*⁵⁰, en la que explicaba que muchas de las ilustraciones de su libro fueron tomadas de fotografías de los Bonfils de Beirut. Otra excelente muestra de la atracción de estas series fue el interés que despertaron en Jordania entre los arqueólogos, como guía para la restauración de los vestigios de la época romana. Por último, no queremos dejar de señalar que a estas míticas imágenes también se le dieron usos ajenos a cualquier utilidad científica, como fue la reproducción de algunas de las vistas de Belén como imágenes de devoción para ilustrar las tarjetas de Navidad⁵¹.

Crónica Cultural

PATRIMONIO NACIONAL PRIMER TRIMESTRE DE 2011

EXPOSICIONES

EXPOSICIONES DE BELENES EN PATRIMONIO NACIONAL

Patrimonio Nacional clausuró las tradicionales exposiciones de Belenes instaladas en el Palacio Real de Madrid, Monasterio de la Encarnación y Convento de Santa Isabel.

En la Exposición del Palacio Real de Madrid, ubicada este año en el Salón de Alabarderos, se presentaron como novedad

150 tallas del Niño Jesús, la mayoría inéditas, de gran valor, procedentes del Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid.

CONFERENCIAS

PINTURA DE LOS REINOS. IDENTIDADES COMPARTIDAS EN EL MUNDO HISPÁNICO

Con motivo de la Exposición *Pintura de los reinos. Identidades compartidas en el mundo hispánico*, se han llevado a cabo

distintos ciclos de conferencias en varias sedes –Palacio Real de Madrid, Museo del Prado y Real Academia de la Historia–, impartidas por académicos de universidades españolas, europeas y americanas.

SEMINARIO CIENTÍFICO

CONSERVACIÓN Y ARQUEOLOGÍA DEL LIBRO

En el ámbito científico, Patrimonio Nacional ha celebrado el seminario



titulado *Conservation and the archaeology of the book*, a cargo del profesor Nicholas Pickwood, Director de Ligatus, una nueva Unidad de Investigación de la Universidad de las Artes de Londres.



MÚSICA

CICLO DE MÚSICA DE CÁMARA

Bajo la Presidencia de Honor de Sus Majestades los Reyes, se han celebrado, con la Colección de Stradivarius del Palacio Real, tres conciertos de Música de Cámara, en el Salón de Columnas.

El primero a cargo del Cuarteto Brodsky de Londres. Los invitados principales fueron los Conservatorios y las Escuelas Superiores de Música.

El segundo, interpretado por el Cuarteto de la Filarmónica de Berlín *Philharmonia Quartett Berlin*, estuvo dedicado al ámbito museístico y artístico. Acudieron gran número de Directores de museos, galerías y fundaciones dedicadas al mundo del arte.

En el tercero, a cargo del Cuarteto Kopelman de Moscú, se ofrecieron obras de Franz Schubert, Krzysztof Penderecki y Dmitri Shostakovich.

ACTIVIDADES EDUCATIVAS

NEPTUNO EL DETECTIVE Y EL MISTERIO DE CERES

Por tercer año se han puesto en marcha los programas educativos *Neptuno el*



Detective y El Misterio de Ceres, organizados por Patrimonio Nacional, en los Jardines de los Reales Sitios de La Granja de San Ildefonso y Aranjuez.

Esta iniciativa, con una innovadora metodología participativa, pretende acercar a los niños y jóvenes al Arte, Historia, y Educación medio-ambiental, del patrimonio de los Reales Sitios.

ÚLTIMAS PUBLICACIONES

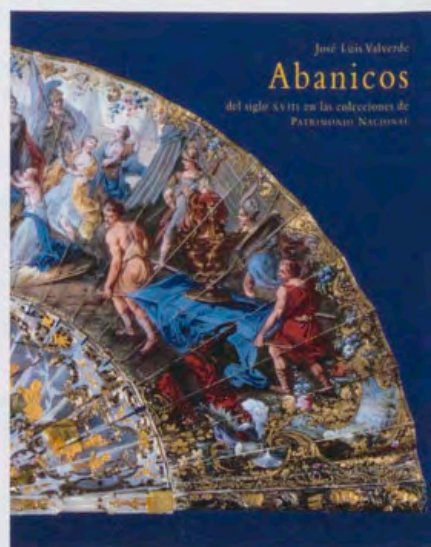
José Luis Valverde, *Abanicos del siglo XVIII en las colecciones de Patrimonio Nacional*, Madrid, Patrimonio Nacional, 2010, 328 pp., 27 x 24,5 cm

En esta monografía se estudia la Colección de abanicos del siglo XVIII de Patrimonio Nacional. Su autor, José Luis Valverde, es Conservador y Jefe de

Servicio de Conservación en nuestra Institución. La obra aúna el rigor científico y la amenidad divulgativa, combinando texto e ilustraciones para desvelar, por primera vez en la historia, una de las Colecciones más desconocidas y sugerentes de Patrimonio Nacional.

La primera parte del libro aproxima al lector al apasionante mundo del abanico. Su autor comienza describiendo la trayectoria de este artilugio desde sus orígenes hasta el siglo XVIII. El abanico se diversificó tanto en sus tipologías como en el uso y significados que se le atribuían, hasta convertirse en un objeto suntuario codiciado en todas las Cortes europeas. A continuación se analiza la elaboración del abanico, los materiales y las técnicas empleadas en los varillajes y países. El siglo XVIII representó el momento de mayor riqueza y exquisitez de la manufactura, en la que participaron especialistas de los géneros más diversos.

Con gran acierto, José Luis Valverde se explica este espectacular desarrollo por la acogida social que tuvo, como parte del ajuar femenino asociado a la moda, a la galantería y a los rituales de costumbres del período Rococó y Neoclásico. Se ofrece por ello una perspectiva del contexto en el que el abanico tuvo un papel relevante, como «cetro de poder» y vehículo de lenguajes de la mujer, en un momento en el que su iniciativa estaba relegada por las rígidas reglamentaciones sociales.





Abanico de El rapto de Europa, ca. 1740, Palacio Real de Madrid.

La segunda parte del libro se centra en la comprensión de los fenómenos culturales del siglo XVIII a través de los abanicos de la Colección de Patrimonio Nacional. Destaca el autor la importante labor de coleccionismo de la Reina Isabel de Farnesio, cuya admiración por los países pintados hizo que se enmarcaran como auténticas obras de arte. El máximo esplendor del abanico coincide con el período Rococó, en el que la gracia y el refinamiento se aplicaron sobre varillajes muy elaborados y países complejos de contenido mitológico, literario, bíblico y de la Antigüedad, muy bien representados en la Colección. En el capítulo se explica la evolución formal del abanico, en consonancia con las distintas tendencias de las áreas manufactureras. Una de las derivaciones del Rococó es el estilo chinesco, que nace de la fascinación que los europeos tuvieron por el Extremo Oriente. El autor relaciona las inquietudes culturales con los géneros artísticos y más en concreto con los abanicos, sobre los que se despliega un amplio repertorio ornamental.

El desgaste del Rococó desencadena una reacción que pondera los valores de la Antigüedad clásica, la mesura, el orden y el triunfo de la razón. No ajenos a esta corriente, los abanicos experimentan un refrenamiento en el estilo Luis XVI, aún

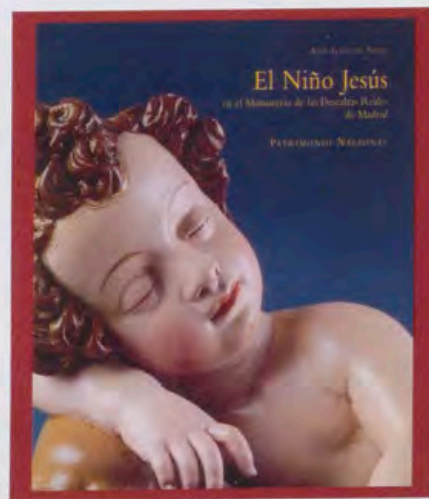
preñado de la galantería amorosa, y finalmente se amoldan al lenguaje ornamental neoclásico. Valverde se apoya en los escasos pero significativos abanicos de la Colección que se elaboraron para los viajeros y mecenas del *Grand Tour*.

La última parte del libro consiste en un impecable catálogo en el que se analizan individualmente los ciento sesenta abanicos y los veintidós países de abanico del siglo XVIII en las Colecciones de Patrimonio Nacional. Además de su procedencia y datación, en cada ficha se describen por separado el varillaje y el país, y se incluyen interesantes observaciones sobre su iconografía, tipología e historia. Gracias al esfuerzo de su autor, se expone por primera vez un cuerpo catalográfico con la identificación, clasificación e interpretación de los abanicos del siglo XVIII de Patrimonio Nacional. Su lectura atraerá no sólo al lector especializado, sino al curioso y al aficionado por estas singulares obras de arte «de abrir y cerrar».

Ana García Sanz, *El Niño Jesús en el Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid, Madrid, Patrimonio Nacional, 2010, 484 pp., 27 x 24 cm*

El singular conjunto de tallas del Niño Jesús que alberga el Monasterio de las Descalzas Reales, posiblemente la

Colección más importante de las conservadas en nuestro país, es objeto de profundo estudio en esta publicación de la Conservadora de Patrimonio Nacional Ana García Sanz. El libro nos descubre un repertorio excepcional por la calidad y cantidad de las piezas que lo conforman; dividido en nueve partes, además de una introducción y un epílogo, tiene como objetivo la revalorización de las imágenes del Niño Jesús, que a menudo han sido consideradas obras menores, y poner de manifiesto cada uno de los diferentes aspectos que confluyen en ellas. La imagen del Niño se nos presenta en esta obra como el reflejo de las distintas formas de sentir la espiritualidad en la historia, además de abordarse la evolución estética de las imágenes a lo largo de los años y la manera en que los escultores la acometen. Esa amplitud estilística está muy bien desglosada, al



atender las numerosas variantes correspondientes a costumbres locales y permitir recuperar devociones puntuales hoy en desuso.

Tras analizar las fuentes de inspiración religiosa y literaria de las representaciones del Niño Jesús y su desarrollo iconográfico, la autora estudia las normas establecidas por y para los escultores en los tratados artísticos y, basándose en el



Escuela sevillana, Niño Jesús meditando, siglo XVIII, Monasterio de las Descalzas Reales.

conjunto de las Descalzas Reales, los aspectos técnicos de la creación de estas piezas y los diversos materiales empleados en ellas (que van desde la madera y el marfil hasta el yeso y el barro, más otros complementarios para las pelucas, dientes, uñas y ojos).

Seguidamente García Sanz se ocupa de las imágenes del Niño como documentos de gran valor para conocer diversas vertientes de la vida de la época. En el ámbito conventual, abundan los testimonios sobre su participación en muchas de las celebraciones de la comunidad; y en el doméstico, sabemos igualmente de su constante presencia en oratorios, capillas, altares y escaparates privados. Y lo mismo cabe afirmar del entorno de la Corte y de las celebraciones de carácter público, como las escenificaciones de la Navidad. La autora analiza también la rica indumentaria de estas piezas y el mobiliario específico en que se exponían y veneraban.

Se estudian después con detalle los numerosos modelos iconográficos,

como, entre otros, el popular *Salvator Mundi*, con el orbe en una mano; el Niño Jesús triunfante sobre la muerte y el pecado, de pie y con los brazos abiertos; el Niño en la cuna; los llamados pasionarios, los disfrazados, etc.

El gran número de piezas, más de un centenar, que se conservan en las Descalzas Reales no obedece exactamente a un afán coleccionista, sino que es expresión de un sentimiento religioso. Era común que las mujeres que profesaban en la comunidad de Clarisas fundada por Juana de Austria aportaran, como parte de su dote, una escultura del Niño Jesús, costumbre que explica la formación de esta Colección; esta publicación, derivada del estudio y catalogación de esta importante Colección, será sin duda una herramienta muy útil para los investigadores.

María Luisa López-Vidriero (dir.),
Catálogo de la Real Biblioteca. Tomo XVI: Cartografía Manuscrita, 2011,
420 pp., 24 x 17 cm

Esta nueva entrega de la colección «Catálogo de la Real Biblioteca», que nació a principios del siglo XX gracias al Conde de las Navas, mantiene el propósito de su fundador de dar acceso público a bienes culturales de carácter nacional, en este caso mostrar la rica Colección cartográfica de la Real Biblioteca, unos 7.000 registros entre manuscritos e impresos. En este Catálogo se evidencia la importancia de la cartografía manuscrita en el legado bibliográfico aportado a la Biblioteca por los Borbones, desde el primero de ellos, Felipe V, en el que estuvieron incluidas piezas relevantes procedentes de colecciones nobiliarias y particulares de siglos anteriores, que ingresaron como colecciones en la de los Reyes de España. El gran volumen de piezas dispersas en

la Colección de cartografía manuscrita, de los siglos XVI al XX, ha sido rigurosamente ordenado en esta obra por un grupo de expertos, bajo la dirección de María Luisa López-Vidriero, Directora de la Real Biblioteca, y la coordinación del Titulado Superior de Fondos Bibliográficos de Patrimonio Nacional, Responsable de Materiales especiales de la Real Biblioteca, Valentín Moreno. La catalogación de los fondos ha sobrepasado los criterios descriptivos someros y sus dificultades específicas para mostrar a los interesados la riqueza visual de estas piezas en detalladas fichas, haciendo especial hincapié en las menciones de autoría, los resúmenes de contenido, tipología, bibliografía, etc. Este tomo, ideado para convertirse en una obra de referencia y consulta para los investigadores que pretendan explorar esos fascinantes fondos, está ilustrado con los ejemplares más significativos de la Real Biblioteca. Asimismo, los índices de Lugar, de Autores, de Materias, Onomástico de Personas y Entidades, Cronológico, de Poseedores y Topográfico que se incluyen son una herramienta imprescindible para todo investigador.



Actos Oficiales

PATRIMONIO NACIONAL PRIMER TRIMESTRE DE 2011

PASCUA MILITAR



LOS REYES y los Príncipes, durante el acto.

VISITA OFICIAL DEL PRESIDENTE DEL ESTADO DE ISRAEL,
SHIMON PERES



LOS REYES acompañados por Sus Altezas Reales los Príncipes de Asturias y el Presidente de Israel.

ENTREGA DEL «PREMIO EUROPEO CARLOS V 2010»
AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FRANCISCO JAVIER
SOLANA MADARIAGA



SU ALTEZA REAL el Príncipe de Asturias hace entrega del premio a Francisco Javier Solana.